

El tizón encendido

Protesta social, conflicto
y territorio en la Argentina
de la posdictadura

Fernando Stratta
Marcelo Barrera



Buenos Aires, 2009

El tizón encendido - 1ª 1a ed. - : El Colectivo, 2009.

Stratta, Fernando; Barrera, Marcelo;

132 p., 21 x 15 cm

ISBN: 978-987-1497-23-2

1. Ensayo. I. Título

CDD

Fecha de catalogación: 01/10/2009

Diseño de tapa: Alejandra Andreone

Diagramación interior: Pablo Solana

Fotos de tapa: Sub (Cooperativa de fotógrafos) y Prensa de Frente

Cuadros, gráficos y tablas: Alejandra Andreone

Editorial El Colectivo

www.editorialelcolectivo.org

editorialelcolectivo@gmail.com



Copyleft



Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido** o **Creative Commons**. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: Sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Índice

Presentación	11
Prólogo	13
Introducción. El territorio y su ¿secreto?	19
Capítulo 1. Apuntes para una definición del territorio	23
Capítulo 2. Racionalidades socioespaciales	35
Capítulo 3. El escenario de los años 90: las transformaciones estructurales	43
Capítulo 4. Nuevas formas del espacio público	61
Capítulo 5. Itinerario del conflicto	69
Capítulo 6. Defender la ciudad	81
Capítulo 7. Inscripción territorial. Del repliegue a la identidad	93
Conclusiones. Luchas prefigurativas y formas emancipatorias.....	103
Apéndice	109
Bibliografía	125

Índice de cuadros y gráficos

Cuadro 1. Modelo de acumulación y conflicto social	60
Cuadro A. Participación del salario en el ingreso nacional (PBI). Años 1950-2003. En porcentaje	112
Cuadro B.1. Población de la Región Metropolitana de Buenos Aires, por partidos. 1970-2001	113
Cuadro B.2. Población de la Región Metropolitana de Buenos Aires, por partidos. 1970-2001. En porcentajes (base 1970=100)	116
Cuadro C.1. Unidades industriales y personal empleado en la Región Metropolitana de Buenos Aires (por partidos) y total del país	118
Cuadro C.2. Unidades industriales y personal empleado en la Región Metropolitana de Buenos Aires (por partidos) y total del país. En porcentajes (base 1974=0)	121
Cuadro D. Evolución índice de desempleo en Capital Federal, Área Metropolitana y total del país. 1981-2003	123
Mapa 1. Progresión poblacional de la RMBA. Años 1970-2001	83
Mapa 2. Aumento de la población en la RMBA, según porcentajes. Años 1970-2001	84
Referencias. Región Metropolitana de Buenos Aires	111
Gráfico 1. Crecimiento porcentual de población en Capital Federal y conurbano, por partidos. Años 1970-2001	124

*A la memoria de mi abuelo Gregorio Barrera
A mis padres, quienes me han impulsado
y alentado siempre en mis proyectos
A mi hermano Mariano, con quien hemos
discutido calurosamente éste y otros textos
A Silvia, por su presencia irremplazable*
Marcelo

A Juana, Eva y Carolina
Fernando

Ellos están allí entre las altas barrancas.
En lo hondo. Ellos viven allí. Con el sueño amenazado
y un posible abrir de ojos aún más trágico que el de las albas habituales
sorprendido en su inocencia por un castigo todavía más incomprensible.

Ellos están allí porque solamente allí pueden estar.
Porque solamente allí pueden plantar sus latas y sus lonas.
Olvidados como los otros, desconocidos como los otros,
los del horror lento o rápido o brutal de aquí y de allá...

Ellos están allí entre las altas barrancas. Ellos viven allí.
Y una mañana cualquiera, ellos mismos, y acrecidos de otras aguas,
de lo hondo, y con los hombros ligeros esta vez, a pesar de todo,
y libres esta vez, y para siempre, de la infame bolsa familiar,
ellos, ellos, con otras manos y otros gestos, subirán, oh, subirán,
hacia su día...

Juan L. Ortiz

Presentación

El texto que presentamos a continuación es parte de un trabajo realizado, casi en su totalidad, entre los años 2003 y 2005. El contexto de producción de estas páginas remite entonces a un período en el que aún resonaban los ecos de un ciclo de alta conflictividad –que tuvo epicentro en las jornadas del 19/20 de diciembre de 2001– en donde las organizaciones de base con arraigo territorial lograron un fuerte impulso, producto de un largo proceso de acumulación social y política. En ese marco, los trabajadores desocupados desempeñaron un papel destacado en la protesta social.

La recomposición de la hegemonía del bloque dominante, sumado a la instrumentalización de una política dirigida a la cooptación de un amplio espectro de organizaciones populares, vuelven otro el contexto de lectura de este escrito. Si bien las organizaciones territoriales continúan siendo espacios de gestación de poder popular, han perdido visibilidad pública y fuerza como “atractores sociales”, mientras que otros sectores de la clase trabajadora adquirieron mayor dinamismo confrontativo. Decidimos mantener, sin embargo, el sentido original de la mayor parte del texto, concientes de haberlo escrito al calor de procesos sociales en permanente disputa. Las frases que, devoradas por la coyuntura, hacen notar esta disonancia, se inscriben en las consideraciones a las que hacemos referencia.

Todo texto (individual o colectivo) es producto de múltiples esfuerzos que permiten su emergencia. En tal sentido, ésta, como toda obra, es deudora, a veces de forma conciente y otras inconciente-

mente, de otras voces diversas a la de sus autores (concepto, el de autor, que bien hacía Michel Foucault en cuestionar por su carácter irreal).

Este libro jamás hubiera sido posible sin el aliento constante y la generosidad infinita de Miguel Mazzeo, *alma pattern* del proyecto original. Para nosotros (y para muchos otros/as que comienzan a empuñar las “armas de la crítica”) su voz es una fuente inagotable de saberes eruditos y populares, legitimados y no, pero sobre todo una compañía cálida llena de integridad y audacia creadora.

El Centro Cultural de la Cooperación nos brindó apoyo económico a través de una beca de investigación en el Departamento de Estudios Políticos, al tiempo que allí encontramos un espacio fraterno donde discutir las ideas que circulan en este trabajo. Agradecemos especialmente las sugerencias y comentarios críticos de Javier Arakaki, Ariel Arana, Julio Gambina, Eduardo Raíces y Beatriz Rajland, con quienes debatimos frecuentemente algunos de los ejes e inquietudes que se fueron sucediendo a medida que avanzábamos. Por cierto, nuestro reconocimiento no los inculpa de los desaciertos de este trabajo.

Alejandra Andreone y Pablo Solana fueron pacientes al momento de dar forma al desprolijo entramado de cuadros, gráficos y citas. Con ellos, nuestro sincero agradecimiento a los compañeros y compañeras de la editorial El Colectivo.

Pretendemos, por último, que nuestro trabajo sea apenas un pequeño aporte que atice la memoria histórica de las clases subalternas, memoria que las clases dominantes se esfuerzan por impedir. Porque, como advierte Rodolfo Walsh, si las luchas deben comenzar en el vacío, se pierde la experiencia colectiva que contienen y transmiten.

Fernando Stratta y Marcelo Barrera
Buenos Aires, septiembre de 2009

Prólogo

Con *El tizón encendido* Marcelo Barrera y Fernando Stratta nos convocan a superar las nociones más renombradas y estancadas del territorio, en particular las específicamente descriptivas, descendientes tanto de la geografía como de la política (positivistas). Los autores plantean que el territorio es algo más que el escenario estático y neutral de la lucha de clases. Para ellos es, básicamente, una relación social. En efecto, se ubican en una línea de pensamiento que ya tiene sus anales.

Lo verdaderamente original –y en esto radica lo medular del aporte de los autores– consiste en superar el dogmatismo, el neoempirismo (con arraigo en el progresismo académico) y todos los formatos teóricos o “científicos” de la despolitización de la pobreza para presentar a la territorialidad subalterna ya no como puro sitio de disolución, fragmentación, espontaneidad, irracionalidad, campo de la ideología, o, en el mejor de los casos, como sitio generador de singularidad o lazos “situacionales”. Por el contrario, en este esbozo la territorialidad subalterna emerge en sus posibilidades disruptivas como espacio de resistencias a los modos de la territorialidad neoliberal capitalista y sus procesos de mercantilización, como sitio de recomposición de lazos sociales opuestos al lazo social general impuesto por el capital, como lugar donde la cultura tiene un resto y las identidades plebeyas un destino.

Hablamos de cultura en el sentido que le asignó hace muchos años Samir Amín, es decir, como el modo que tiene un grupo hu-

mano de organizar la distribución de los valores de uso (y no los de cambio). En este sentido la territorialidad de los subalternos despliega valores y cosmovisiones cualitativamente diferentes a las del capital y contribuye a anular las funciones reproductivas que el capital le asigna a la superpoblación relativa. Esta territorialidad permite a los subalternos constituirse en sujetos, autoafirmarse y diputar un espacio de legitimación. Por mi cuenta agrego: la territorialidad subalterna con sus prácticas heterodeterminadas es un fermento para pensar una nación popular y democrática. Se trata de un espacio con potencialidad contra-hegemonica y de una zona de claridad teórica para pensar una política de liberación.

Así, la experiencia de algunas organizaciones populares de Argentina dejan entrever algunas lógicas que refutan las articulaciones populistas y muestran que no necesitan un “significante vacío”, un caudillo y una elite que manejen la retórica, para articular sus “demandas equivalenciales”.

En los pasajes más compactos de este trabajo, en forma directa o indirecta, los autores atisban en la territorialidad subalterna una idea de comunidad (fundada en experiencias concretas) que se aleja de todo funcionalismo, organicismo y paternalismo. Es decir, una comunidad de emancipación, que en algunos aspectos podría asimilarse a una actualización de la idea del contrato social.

También la territorialidad subalterna se les presenta a los autores como la posibilidad del desarrollo de una “conciencia de la autonomía de la clase”, una conciencia que ratifica la capacidad de los subalternos en la creación de una nueva sociedad (que no será resultado de una catástrofe del capital, ni resultado de la toma del poder y la mera administración del Estado por parte del pueblo).

Se trata nada más y nada menos que de una conciencia de la necesidad y la posibilidad de transformar las relaciones sociales. Conciencia que se adquiere creando nuevas relaciones sociales en territorialidades acotadas pero con proyección. Esta conciencia de la autonomía de la clase exige inventar desde el tejido social asociativo, desde las luchas y los espacios prefigurativos, en fin, desde la cotidianeidad, nuevas y originales formas de convivencia. Esta conciencia no puede ser el resultado de la adquisición de un saber ilustrado sino de la experiencia de la lucha de clases, de la praxis. Así se vislumbra un círculo virtuoso: acción, conciencia, acción.

En efecto, la formación de la conciencia crítica de lo real por parte

de los sectores populares es el componente esencial de la lucha por la hegemonía. La conciencia carece de toda entidad por fuera de la práctica, en términos marxistas, la conciencia es el ser consciente y el ser de los hombres es su proceso de vida real. El concepto de praxis, remite una totalidad que involucra conciencia y práctica.

La territorialidad subalterna emerge principalmente como espacio donde es posible imaginar y comenzar a crear un mundo distinto, como lugar donde es posible el ejercicio de aquellas subjetividades afines a la autoactividad. Sin dudas, los órganos afines a ese espacio no son, no pueden ser, apéndices decorativos de una burocracia o una vanguardia.

Lo autores se muestran partidarios de la construcción de espacios sociales y políticos donde no acontecen las lógicas internas y burocráticas del capitalismo. Exagerando un poco podríamos decir: espacios donde el socialismo acontece embrionariamente. Indirectamente proponen una crítica radical a la política del mero propósito que es uno de los puntos de coincidencia más importantes entre la izquierda tradicional y la burguesía. Del mismo modo sugieren algunas líneas para cambiar las formas de cambiar.

Los autores remiten al proceso histórico que hizo factible la conformación de esta territorialidad subalterna como usina de voluntades colectivas y campo donde se fortalece lo autogestivo, donde se potencia el carácter solidario de las relaciones en el marco de la sociedad civil y donde se hace evidente la ilegitimidad del poder. O sea, la territorialidad subalterna conjuga necesidad, práctica común y repertorios, además de amor, afecto, seguridad emocional y un conjunto de elementos que hasta hace algunos años la sociedad capitalista reservaba para la familia.

Asimismo, los autores nos muestran algunos hitos en el desarrollo del poder de rechazo y del gesto de negarse a reproducir el orden dominante. Sin descuidar la mención de antecedentes, el sindicalismo de base de los 70 o las tomas de tierra en los 80, en Quilmes y La Matanza, por ejemplo.

Las formas de acción colectiva de los sectores populares, más allá de los condicionamientos históricos que las tornan irrepetibles y de las intermitencias, remiten a una trayectoria y a una experiencia siempre susceptible de ser resignificada y utilizada. En este sentido cobra importancia la memoria de esas luchas y los procesos de aprendizaje colectivo que refuerzan la identidad de las

víctimas y colaboran con la eficacia de las acciones. No casualmente, desde el poder, siempre se trata de "borrar", esa memoria. También desde el poder se trata de implantar un sentido común que establece que todo depende de las decisiones de los poderosos, que las luchas populares son inoperantes y que los intereses de clase y los debates ideológicos no existen. En suma, todo dependería de que los gobernantes sean honestos y eficientes (o al menos el segundo de los términos) y que en reconocimiento a esas cualidades la población obedezca diligentemente sus dictados. Por tanto la acción colectiva, cualquiera sea su orientación, aparece como un sinsentido cuyo único efecto sería un trastocamiento del imperio de la ley y el orden, lo que es visto como un bien en sí mismo, independientemente del contenido de esa ley y ese orden y de quiénes lo produzcan.

Con la sentencia "la fábrica es el barrio", se ha caracterizado un aspecto clave de la realidad de los 90. Ante el achicamiento del mundo de la fábrica o ante el incremento de su carácter opresivo, el barrio (y otras territorialidades subalternas) ofrecieron y ofrecen a la porción más castigada de las clases subalternas la posibilidad de compartir el rechazo a todo lo que las determina; suministran una trinchera para sostener el compañerismo, la confianza y los sueños.

Como los autores puntualizan, este trabajo fue instigado por un contexto de crisis de la dominación burguesa y de recomposición popular, un momento de alza de las luchas sociales (2000-2003), y de alto grado de visibilidad pública de un conjunto de organizaciones e iniciativas populares que, además, llegaron a convertirse en potentes atractores sociales y políticos. En algún sentido, este trabajo también puede considerarse como expresión de ese ciclo de luchas, pero también es algo más que eso. Es uno de los escasos trazos orientado a recordarnos que las condiciones para una teoría fecunda sólo pueden ser provistas por una praxis popular intensa y variada (y por el diálogo entre las diferentes praxis populares).

En contra de lo que hoy se plantea desde los ámbitos más subordinados a las modas y al poder, ya sean académicos o periodísticos; en contra de lo que propone una política de superestructuras (que por encima de la retórica y las definiciones rutilantes está estandarizada y es indefectiblemente reformista) este trabajo no perdió vigencia. Ocurre que en la actualidad, en Argentina, son pocos los intelectuales que pueden identificarse con una narrativa que re-

mite a una deriva social que tiene como escenario el subsuelo y que además es concebida como preludio. A partir del reflujo posterior a 2003 y del retorno de buena parte de la izquierda a los fetiches tradicionales y opacos, la reflexión crítica sobre los espacios desarrollados en los años previos al kirchnerismo suele ser considerada como simple exageración de señales de fermentos pasajeros.

Lo nuevo está, sigue allí, pero pocos lo visitan. Lo nuevo está, un tanto difuso, y pocos lo ven, pocos tienen la capacidad para interpretar sus signos. Menos capacitados aún están los convencidos de que en materia emancipatoria ya está todo inventado y que los bolcheviques son insuperables (y así sólo nos restaría intentar la imitación más fiel o la adaptación más adecuada). La narrativa a la que nos referimos además es riesgosa porque es afín con la apuesta, el experimento, la prueba, y porque propone partir de la realidad pero sin someterse a ella.

Reacios a que su producción se vea moldeada como mercancía, indóciles al trato burocrático de las instituciones culturales previsibles tentadas por compromisos abyectos, poco predispuestos a beneficiar una generalidad abstracta que mate a la praxis, y asumiendo un lugar mucho más dialéctico que el de los núcleos sectarios y elitistas, los autores de este trabajo asumen la búsqueda de un modo de ser orgánicos de las clases subalternas sin considerarse a priori la “expresión” de su punto de vista. Lejos de toda pose narcisista, sus saberes son puestos en juego en la construcción colectiva de un proyecto y de un gran relato popular.

Miguel Mazzeo
Lanús Oeste, 22 de enero de 2009

Introducción

El territorio y su ¿secreto?

A primera vista, el territorio parece un objeto evidente y trivial. Pero analizándolo detenidamente vemos que es un objeto intrincado, lleno de “sutilezas metafísicas y de resabios teológicos”. Al igual que la mercancía, magistralmente desnudada por el autor de *El Capital*, el territorio se nos aparece como portador de una vida propia, enseguida su imagen nos remite a metáforas vivas y siluetas en movimiento. Sin embargo, más allá de la superficie terrestre, detrás de sus rugosidades topográficas, se despliega la configuración y organización de un espacio social, se produce en su interior la articulación de relaciones sociales con su asiento material, y su inteligibilidad. Así, el territorio contiene, pero ocultando, un sin fin de relaciones sociales.

Una vez despojado de su “misticismo naturalista”, el territorio deja de comportarse como un objeto “físicamente metafísico”, ya no se incorpora utilizando sus patas por sobre el suelo, ni se pone de cabeza frente a todas las demás mercancías; comienza a bailar, pero ya no vitalizado por un impulso auto-gestado, sino por el fragor y la periodicidad de las luchas materiales y simbólicas que se libran en su interior, las cuales le otorgan su razón de ser, la posibilidad de su existencia, su vida como tal.

Puede afirmarse entonces que el territorio es un hecho y un espacio social, y por lo tanto, un campo de batallas físicas y simbólicas que se libran por su apropiación. Luchas que los sectores subordinados libran contra las clases dominantes para la obten-

ción de un espacio vital que les permita (re)crear las condiciones materiales de existencia. Enfrentamientos que implican incluso el peligro de exponer el cuerpo, y por lo tanto también la propia vida, pues “poner el cuerpo, es sinónimo de arriesgarlo, poner en suspenso el instinto de conservación vital” (López, 1997: 72). Exposición corporal necesaria en la lucha por la apropiación real de un derecho material, el de la conquista de un espacio vital (entendido como conjunto de tierras junto con su riqueza).

El objetivo de este trabajo es dar cuenta de las características de una nueva territorialidad de impronta contra-hegemónica impulsada desde las clases subalternas, la cual es un emergente de un proceso de reorganización político-social iniciado a fines de la última dictadura militar por parte de ciertos sectores del campo popular.

A comienzos de los años 80, con la experiencia de las tomas de tierra, fundamentalmente en los partidos del sur y el oeste del conurbano bonaerense, se inicia un sostenido camino de reconstitución de la densidad asociativa de estos sectores, humus indispensable de toda acción colectiva.

A lo largo de este escrito hemos apelado a diversos tópicos que creíamos necesarios para el estudio y comprensión de la noción de territorio. A riesgo de parecer fragmentarios, dimos forma a un conjunto de apartados que, si bien constituyen pequeños ensayos inacabados y fugaces en sí mismos, creemos encuentran correspondencia en su conjunto de tal manera que esos esbozos se imbrican al avanzar la lectura.

Así, al comienzo del trabajo, adelantamos una definición conceptual del territorio, para luego centrarnos en los aspectos más generales y marcar los impactos que produjeron las transformaciones –tanto globales como locales– acaecidas con la crisis y posterior caída de los Estados de Bienestar, y el consiguiente avance (incluso en su poder devastador) de los denominados procesos neoliberales o neoconservadores.

Más adelante, en cambio, se analizan las particularidades que asumieron los procesos colectivos de resistencia, enfrentamiento y recomposición de las clases subalternas frente a la expropiación a que fueron sometidos, para finalizar esbozando los límites y las potencialidades de dichas experiencias.

Según una imagen que viene de la tradición de los montes santiagueños, durante la noche mantener un tizón encendido permite

a la madrugada siguiente encender las pequeñas ramas que continuarán con el calor de nuevos fogones. Retomando esta alegoría, creemos que las experiencias de construcción de base con arraigo territorial aparecen como un tizón encendido que prende la llama para recomponer el tejido social largamente devastado durante las últimas décadas. El territorio, así, se constituye como motor indispensable en la recomposición del campo popular.

Capítulo I

Apuntes para una definición del territorio

Si la gente en su vida diaria, al perpetuar su existencia biológica, procrear la vida y “hacer historia”, expresa las condiciones sociales de su existencia, debe haber algún mecanismo social por medio del cual las relaciones sociales se expresan en la conducta individual y colectiva. Por lo tanto, a menos que se empiece con el individualismo ahistórico de la teoría económica burguesa, es evidente la necesidad de explicar la forma en que las relaciones sociales se convierten en la fuerza y el obstáculo de las vidas individuales.

Adam Przeworski

Cuando los economistas clásicos restringían el proceso económico a las relaciones sociales de cambio (el «mercado») nos remitían al campo de las «leyes naturales» para buscar y encontrar las explicaciones del proceso económico y, con ello, encubrían la territorialidad social que permitía objetivar la explotación capitalista: las relaciones sociales de producción, las cuales objetivaban en el proceso de trabajo las relaciones entre «expropiado» y «expropiador» como relación social entre «no iguales». Eran estas relaciones sociales las que sí creaban las condiciones de explicación, y explotación, del proceso productivo capitalista

Juan Carlos Marín

ELEMENTOS PARA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DEL TERRITORIO

Según la Real Academia Española, el territorio remite a tres definiciones: como una parte de la superficie terrestre perteneciente

a una nación, región, provincia, etc.; como un término que comprende una jurisdicción; y por último, como la demarcación sujeta al mando de un gobernador nombrado por el gobierno nacional.¹ Abrir el juego de lectura con una definición enciclopédica de nuestro objeto de estudio puede aclararnos todo un espectro del cual buscamos deliberadamente distanciarnos. Son una pléyade de disciplinas las que abordan bajo diversas miradas el territorio. Sin embargo, no es nuestro interés el campo de análisis de la geografía positivista, en tanto ésta comprende sólo la exteriorización cartográfica del territorio, la “superficie terrestre”, sus clasificaciones y accidentes. Tampoco la morfología social, ligada a la sociología organicista del siglo XIX, en tanto búsqueda de los condicionamientos que el ambiente físico ejerce sobre los individuos, sobre sus acciones y movimientos.

Desde un lugar más cercano a nuestro interés, la sociología urbana ha dado buenos estudios acerca de las transformaciones económicas en el espacio y la reestructuración de las ciudades, poniendo de relieve las luchas por los trazados, las apropiaciones y el control de las circulaciones. Asimismo, creemos necesario incorporar el aporte de los geógrafos sociales brasileiros, quienes vinculan de un modo indisoluble el espacio y las relaciones sociales que en él se desenvuelven, con lo cual logran escapar de un reduccionismo naturalista que ve sólo las apariencias físicas del territorio, sus condicionamientos externos, su materialidad mineral.

“el territorio no puede ser entendido como equivalente, como igual al espacio, como proponen muchos geógrafos. En ese sentido, es fundamental comprender que el espacio es una propiedad que el territorio posee y desenvuelve. Por eso, es anterior al territorio. El territorio, a su vez, es un espacio transformado por el trabajo y, por tanto, una producción humana, por lo tanto, espacio de lucha de clases o fracciones de clases siendo, en consecuencia, el lugar de lucha cotidiana de la sociedad para su devenir” (Oliveira, 2001).

Los cambios producidos en el territorio tienen una manifestación material en el lugar, la distribución de los espacios y los cuerpos, los flujos, las formas de arquitectura que cada organización social define o elabora. Pero también existen cambios en las formas en que los sujetos se relacionan, formas de sociabilidad que, si bien pueden expresar transformaciones espaciales, se instalan en un plano

diferente del material. La transformación de las relaciones sociales que componen un territorio tiene una expresión material.

Así, por ejemplo, podemos observar que en las ciudades posmodernas² la centralidad que adquiere la circulación y la comunicación de determinados puntos en la metrópolis –y no de cualquiera, por cierto– se expresa en un complejo entramado de vías de comunicación rápida como las autopistas; pero al mismo tiempo esa centralidad de la circulación de los flujos tiene por correlato una temporalidad acelerada, constante, un tiempo que debe ser completamente aprovechado, fraccionado microscópicamente, un tiempo-mercancía pasible de ser consumido. Esa materialidad espacial y esa temporalidad se traducen, a su vez, en una subjetividad particular, en una forma de relacionarse entre los hombres que imprime todas sus prácticas y con éstas su cosmovisión, su forma de percibir el mundo.

Sin embargo, es necesario advertir que los modos de organización territorial han ido mutando a través de la historia. Podemos tomar el caso de las organizaciones comunales precolombinas para señalar una noción del espacio discontinua, una temporalidad otorgada por los ciclos de las estaciones que marcan los ritmos para el cultivo de la tierra y una forma de relacionarse entre los hombres y con la naturaleza antropológicamente diferente. Cada sociedad articula un territorio de tal manera que en él se expresan a través de su praxis.

A su vez, es necesario diferenciar el territorio como extensión de tierra, pero también como forma de vida y organización social. Esta distinción entre forma y contenido da cuenta, en conjunto, de los aspectos materiales y simbólicos que se disputan. “El territorio es el lugar donde se construye la cultura, donde se produce y reproduce la intersubjetividad y la visión del mundo, donde se tejen las relaciones sociales y la posibilidad de futuro y, por ello mismo, donde adquiere concreción la autonomía” (Ceceña, 2004: p 12).

El territorio es en sí mismo la organización económica, política y social que adopta un espacio, por lo que en su génesis se articulan el desarrollo de múltiples relaciones sociales junto a su asiento material; aquello definido como lo estrictamente natural, el suelo y sus minerales. Es decir “la totalidad de las relaciones sociales establecidas *en* y ordenadoras *de* dicho geoterritorio fuera del cual no tiene existencia y al cual incorporan, no como *continente* sino como *com-*

ponente” (Nievas, 1991: 81). Así, lo social y lo natural no sólo no se excluyen sino que se imbrican dialécticamente en la conformación territorial. El aspecto territorial juega un papel central en la conformación identitaria de los sujetos y de los grupos sociales de los que forman parte. “El fuerte anclaje que tiene el territorio en las personas, está dado porque ese territorio no es el terreno, sino las relaciones sociales que allí se asientan y lo articulan, lo integran como paisaje en la necesaria relación hombre-naturaleza, de la que no puede prescindir. Y las relaciones sociales son, se sabe, la humanización misma del hombre” (Ibíd.:80). Sin las relaciones sociales el territorio se desvanece y resquebraja como una hojarasca. Sostenemos que por sobre su apariencia inmóvil, camufladas en el territorio perviven relaciones sociales que son el *humus*, el nutriente que alimenta la vida del espacio social. Para nuestra concepción, no existe territorio sin esas relaciones sociales.

Sólo a instancias de dar una definición analítica, podemos distinguir algunos elementos que hacen a la totalidad del territorio:

- a- relaciones sociales*, entendidas como las diversas formas de vinculación que los sujetos-cuerpos adoptan para la reproducción de su vida material.
- b- sujetos*, la constitución de un territorio produce-requiere conjuntamente para llevarse a cabo, la conformación de sujetos-activos que se autoconstituyen en la propia construcción territorial.
- c- tiempo*, todo territorio instituye un tiempo propio que convive en pugna con el tiempo socialmente dominante. Esta temporalidad es la que condiciona el movimiento de los cuerpos, pero también la circulación de los objetos, de la producción, de las mercancías.³
- d- Espacio geográfico*, el espacio físico que contiene, limita y posibilita el despliegue de relaciones sociales. El espacio geográfico deviene condición y límite para la acción de los sujetos.
- e- técnicas*, las formas de hacer que se emprenden en un espacio, relacionadas a la producción de las condiciones materiales de vida.

Es decir que el territorio es el resultado de las formas de vinculación entre distintos sujetos, en un espacio específico y con una

temporalidad propia, desde donde se produce y reproduce la vida a partir de determinadas técnicas.

De esta manera declaramos que el nuestro es un enfoque relacional que privilegia, por sobre todo elemento, el conjunto de relaciones sociales que se desenvuelven en un espacio. Por esto mismo será necesario diferenciar qué tipo de vínculo o entramado social predomina para establecer las formas que adopta un territorio determinado.

El trabajo de Jean Piaget *El criterio moral en el niño*, tomando los estudios de psicología genética, distingue fundamentalmente dos formas de relación social. Por un lado, aquellas que se desarrollan a partir de las *relaciones de presión* y dan lugar a la heteronomía del sujeto; pero también, aquellas que surgen de las *relaciones de cooperación* y respeto mutuo, desde donde se construye la autonomía del sujeto. Así, desde las primeras formas surgen relaciones sociales “heterónomas, individualistas y dóciles”; y desde las segundas pueden devenir relaciones sociales “autónomas, solidarias y críticas”.⁴

Cuando en un espacio geográfico se establecen como hegemónicas determinado tipo de relaciones sociales, comienzan a configurarse en un movimiento dialéctico las características (técnicas, temporales, espaciales y de los sujetos) del territorio. En este sentido creemos que el trabajo de construcción de relaciones sociales que involucren la autonomía y solidaridad de los sujetos son la condición de posibilidad para constituir nuevas territorialidades desde las clases subalternas.

Sostenemos que una determinada relación de fuerzas sociales se expresa en un territorio. Asimismo, toda fuerza social expresa una territorialidad. Por lo tanto, entendemos al territorio en constante movimiento, fluctuante, continuamente en producción y en lucha permanente por lograr la hegemonía de una forma de sociabilidad. El espectro de relaciones sociales que se manifiesta en un territorio no puede acotarse a aquellas que expresan antagonismos, sino que simultáneamente se juegan vínculos solidarios, fraternales, ligados a una mutua cooperación. No pensamos el territorio y las relaciones sociales que éste contiene partiendo de un marco interpretativo que tiene a la guerra por núcleo explicativo excluyente, donde se priorizan las nociones de enfrentamiento o posición, y por lo tanto se reduce todo a una cartografía bélica. En síntesis, buscamos estudiar el territorio en términos de relaciones sociales complejas, lo cual implica abarcar la totalidad de expre-

siones posibles, antagónicas y solidarias, dóciles y críticas, heterónomas y autónomas.

NUEVAS Y VIEJAS TERRITORIALIDADES

Hacemos nuestra la noción de *proceso de territorialización* utilizado por Carlos Walter Porto Gonçalves (2001) para dar cuenta de las transformaciones que se producen en el espacio a través del tiempo. Sólo para dar un ejemplo, el proceso de territorialización iniciado en el Renacimiento lleva aparejado todo un bagaje de signos novedosos que buscaban imponer nuevos sentidos en la sociedad. No es casual por lo tanto que palabras como “geógrafo” aparezcan por primera vez en 1537 (en idioma francés y portugués) así como “territorio” y “región” irrumpen a lo largo de los siglos XV y XVI. Los albores del mercantilismo ven constituirse un saber geográfico que busca realizar nuevas marcas en la tierra, delinear nuevos límites, configurar los territorios de los nuevos Estados. Podemos decir entonces que la construcción del Estado moderno lleva inscrita en su frente la noción de territorio en tanto dato esencial de la regulación económica y política, ya que de su manejo dependen volúmenes y flujos, costos y precios, distribución y comercio.

Al mismo tiempo, es pertinente diferenciar las clases o fracciones de clases que impulsan estos procesos de territorialización, ya que no todas participan de la misma forma. En la transición de la Edad Media al Renacimiento, la monarquía y la burguesía mercantil dinamizan una nueva forma de apropiación del espacio (una nueva forma de crear sentido) con los sistemas unificados de peso y de medidas, la aparición de un saber geográfico y la moneda expandidos por el Estado que son, en conjunto, condición de posibilidad de la expansión del capitalismo mercantilista. El proceso de territorialización iniciado en el Renacimiento es constitutivo-instituyente de una nueva territorialidad (capitalista) a partir de una apropiación material y simbólica del espacio.

La relación entre el espacio y el modo de producción capitalista es abordada desde el punto de vista de los estudios urbanos por diversos autores. Maria de Souza señala que la *ciudad* es el lugar de acumulación técnica (tekne, en griego, significa trabajo). Al mismo tiempo puede hablarse de la *ciudad capitalista* como un tipo específico históricamente determinado, definido por el carácter de mer-

cancia que adquiere progresivamente el espacio urbano. Pero también puede verse en la ciudad el *locus* de acumulación capitalista donde se concentran los medios de producción, fuerza de trabajo y mercado de consumo.

La geo-grafía, como acto de marcar-la-tierra, de apropiarse material y simbólicamente del espacio, es un saber eminentemente ligado al terreno político y al proceso de creación de un magma de significaciones. Nos interesa el estudio geográfico en tanto comprende la representación de la acción de los sujetos en el espacio, bajo la certeza de que toda sociedad funda un orden de significaciones, normas, reglas y valores, es decir, funda un *ethos* que le da sentido a sí misma y a sus prácticas. Es desde este lugar que comprendemos al territorio, no como un dato de la naturaleza sino como resultado de un proceso de institución librado en el seno de las luchas sociales; camufladas en el territorio perviven las relaciones sociales como una suerte de nutriente de las raíces que más tarde alimentarán la vida del espacio social. No existe territorio sin esas relaciones sociales y éste constituye, actualmente, un ámbito manifiesto de las luchas de clases.

Según Michel Foucault, el “territorio, es sin duda una noción geográfica, pero es en primer lugar una noción jurídico-política: lo que es controlado por un cierto tipo de poder” (Foucault, 1992: 102). En la propia Constitución Argentina no hacemos más que corroborar una noción de territorio en la que se articulan, a la vez, una dimensión geográfica (límites de extensión) y una dimensión legal (soberanía de aplicación de la ley sobre ese espacio). Si bien en la Carta Magna no hay una definición *strictu sensu*, se puede desglosar una concepción de territorio en varios de sus artículos. Así, por ejemplo, en algunos se acentúa un aspecto **geográfico** (Art.13.-: “Podrán admitirse nuevas provincias en la Nación; pero no podrá erigirse una provincia en el territorio de otra u otras...”; Art. 14.-: “Todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos (...); a saber (...) de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino”); al tiempo que en otros se refuerza el carácter **legal** de la concepción (Art.9.- “En todo el territorio de la Nación no habrá más aduanas que las nacionales, en las cuales regirán las tarifas que sancione el Congreso.”; Art.15.-: “(...) Y los esclavos que de cualquier modo se introduzcan quedan libres por el sólo hecho de pisar territorio de la República”).

El esfuerzo por estudiar el poder no en el ámbito superestructural, sino mucho más diseminado capilarmente en las relaciones sociales, nos lleva a ver en el territorio un espacio privilegiado en la producción y reproducción de un orden social determinado. El territorio para Foucault está atravesado por dispositivos de poder, por tácticas y estrategias que se despliegan a través de implementaciones, de distribuciones, de divisiones y de controles. Sostenemos entonces que cada formación social tiene su correlato en una determinada forma de expresarse en el lugar. Dicho en otros términos, toda organización social dialoga a través de una metáfora espacial.

A diferencia de algunos filósofos que atribuyen a hombres y mujeres una propensión natural para clasificar las cosas –una condición *a priori* según la cual se aprehende lo real–, desde una visión más sociológica consideramos a las categorías de pensamiento inexorablemente vinculadas al fondo social que las constituye. Las funciones cognitivas están marcadas por el contexto en que se producen. Al respecto, en un conocido pasaje, Marx (1975: 9) afirmaba que “no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia”.

De la misma manera puede decirse que toda organización territorial está marcada (grafiada) por la sociedad que la produce, por condicionamientos económicos y culturales. Cabe preguntarse entonces por el tipo específico de espacialidad que es peculiar en cierto momento histórico, teniendo presentes tanto la progresiva racionalización de los métodos de producción y las transformaciones en la relación entre el capital y el trabajo, como así también las condiciones técnicas que posibilitan este proceso. No obstante, afirmamos con Longdon Winner⁵ que cada período técnico se corresponde con un cambio general en las relaciones sociales. No apostamos a ningún salmo economicista para descubrir revelaciones de ningún tipo, puesto que comprendemos los procesos sociales en su múltiple condicionamiento material y simbólico. Si aceptamos, con Carl Jung, que el hombre es un *animal simbólico* podemos afirmar que sus relaciones entre sí y con la naturaleza son mediadas por significados que crea y que dirigen sus prácticas. Esto lleva aparejado una concepción de la ideología no como mera apariencia (como falsa conciencia a ser despolvada de velos distorsionantes) sino también como materialidad. En tanto la ideología produce símbolos que forman parte de la vida, aparece

como realidad y es vivida como tal. Podemos decir con William Blake, “todo lo que puede ser creído es una imagen de la verdad”. Por lo tanto “la ideología es un nivel de la totalidad social y no solamente es objetiva, real, sino que crea lo real. Siendo en el origen un real abstracto, se manifiesta cada vez más como real concreto, en la medida que la vida se complejiza” (Santos, 2000: 106 y 107). Es esto lo que nos lleva a pensar que en cada nueva transformación de la división social del trabajo se renuevan los universos simbólicos.

Estudiamos los cambios en el sistema de producción para dar cuenta de las distintas formas de relaciones sociales que suponen, su entroncamiento con la constitución de diferentes subjetividades, como también de una particular apropiación del tiempo y el espacio. Así, por ejemplo, el frenesí de la circulación capitalista se expresa en el modo que asume el tiempo en la actualidad. Si la máxima de Benjamín Franklin hacia el siglo XVIII postulaba “piensa que el tiempo es dinero”, bajo las condiciones técnicas de nuestra época podría reformularse así: “piensa que el capital es tiempo”.

Para evitar confusiones en su utilización, precisaremos de manera breve los términos que comúnmente se utilizan cuando se alude a las diversas dimensiones territoriales. Es así que cuando nos referimos al *lugar*, estamos pensando en un espacio restringido, delimitado, dentro del cual se desenvuelve la vida de un grupo; el lugar mantiene una íntima ligazón con lo cotidiano porque se encuentra presente de un modo constitutivo y se confunde en la vida de quienes lo habitan; hace alusión, por usar términos más a la moda, a lo local; pero fundamentalmente el lugar se vive como referencia identitaria porque constituye una experiencia concreta. Siguiendo a Norma Giarraca, el lugar nos ubica en el mundo de vida de los sujetos y puede comprenderse como marca de experiencias en los territorios (2003, 15). Es decir que podemos comprender al *territorio* como una “suma de lugares marcados por los hombres” y como tal es un lente privilegiado para abordar los procesos de reproducción de la vida social.

Al tratar el *espacio*, en cambio, hablamos de una extensión más dilatada, que contiene límites más amplios a los del lugar. Principalmente el espacio hace referencia a una abstracción. Es por esto que en la actualidad, cuando el capitalismo hace de la desterritorialización (del capital, del consumo, de la cultura) su principio, pueda hablarse de ciber-espacio, espacio-publicitario, espacio-virtual, para dar cuenta de este fenómeno.

Ahora bien, cuando se habla de “deslocalización de la producción” a partir de un nuevo paradigma tecnológico, se apunta muchas veces a comprender este proceso como una volatilización del territorio, como si este último, de un momento a otro, pudiera desaparecer y no quedar en él sino rastros, vestigios, escombros dignos de mausoleo. Sostenemos, por el contrario, que la deslocalización nunca puede ser total pues la producción requiere de un territorio para efectivizarse.

Una idea bastante difundida en nuestros días afirma que la globalización de capitales es un fenómeno financiero que los convierte en espectros difuminados, volátiles y de una misteriosa vida propia. Sin embargo, debe hacerse notar que el capital no deja de arraigarse geográficamente para producir. Autores como Manuel Castells, al hablar de la “nueva economía” la definen como “centrada en el conocimiento y en la información como bases de la producción, como bases de la productividad y bases de la competitividad, tanto para empresas como para regiones, ciudades y países”. A Castells el desarrollo tecnológico le permite inferir que la producción se sustenta fundamentalmente en una comunicación virtual: “Esta economía tiene una base tecnológica. Esa base tecnológica es tecnologías de información y comunicación de base microelectrónica y tiene una forma central de organización cada vez mayor, que es internet. Internet no es una tecnología, internet es una forma de organización de la actividad. El equivalente de internet en la era industrial es la fábrica: lo que era la fábrica en la gran organización de la Era Industrial, es internet en la Era de la Información. La nueva economía no es las empresas que hacen internet, no son las empresas electrónicas, son las empresas que funcionan con y a través de internet” (Castells, 2000). En el lenguaje profuso y modernizado de Castells no existen hombres arraigados en territorios, sino sólo redes virtuales que operan de forma divina. Las herramientas tecnológicas hacen sufrir de amnesia a Castells y olvidar a los sujetos que materializan la acción.

El dato de la volatilidad del capital sólo nos habla de su capacidad de movimiento y de la facilidad con la que cambia de manos, pero nada nos dice sobre la reproducción de su valor. La producción de plusvalía que el capital obtiene del trabajo necesita aferrarse al territorio.

En la actualidad, las transformaciones en el sistema económico mundial, con la expansión a escala planetaria de las relaciones capitalistas de producción a través de la incorporación de nuevos mer-

cados y la internacionalización creciente de la producción, traen aparejada una nueva forma de territorialidad, una nueva modalidad de creación de sentido en el espacio.⁶

“Como la circulación prevalece sobre la producción propiamente dicha, los flujos se han vuelto más importantes en el proceso global de la producción (...) La propia estructura geográfica se define por la circulación (...) De ahí esa voluntad de suprimir todo obstáculo a la libre circulación de las mercancías, de la información, del dinero, con el pretexto de garantizar la libre competencia y asegurar la primacía del mercado, convertido en un mercado global” (Santos, 2002: 227 y 232).

Esta forma de organizar el espacio social –donde la circulación se convierte en un dato central– es producto de un proceso de territorialización que viene consolidándose a partir de la segunda mitad del siglo XX, y que funda lo que podemos denominar como una territorialidad neoliberal. Algunas de las consecuencias de esta nueva lógica de organización del territorio, tanto a nivel de organización del trabajo como de disposición de los cuerpos, serán abordadas en los capítulos siguientes.

Notas

1-Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Tomo II, Espasa Calpe, Madrid, 1992.

2- Por ciudades posmodernas hacemos referencia a los grandes centros urbanos mundiales que se constituyen en nodos de interconexión de flujos económicos, migratorios, culturales y simbólicos en los cuales toman un carácter homogéneo los modos de vida.

3- Emile Durkheim, en uno de sus últimos trabajos nos advierte sobre el carácter eminentemente social de categorías como la de tiempo, ya que constituye “un marco abstracto e impersonal que envuelve no sólo nuestra existencia individual, sino la de la humanidad (...) No es *mi tiempo* el que está así organizado; es el tiempo tal como es pensado de manera objetiva para todos los hombres de una misma civilización. Esto, por sí sólo, ya basta para intuir que una organización tal ha de ser colectiva. Y, en efecto, la observación establece que estos puntos de referencia indispensables en base a los cuales son clasificados en el tiempo todas las cosas son tomados de la vida social. Las divisiones en días, semanas, meses,

años, etc., corresponden a la periodicidad de los ritos, fiestas y ceremonias públicas. Un calendario da cuenta del ritmo de la actividad colectiva al mismo tiempo que tiene por función asegurar su regularidad” (Durkheim, 1998: 9).

4- Sobre los tipos de relación social a partir de la lectura piagetiana, seguimos a J.C. Marín (1979) y D. Feierstein (2000). Junto a estos autores, comprendemos al genocidio argentino durante la última dictadura militar como un proceso social que intenta quebrar *relaciones sociales autónomas* (en tanto relaciones solidarias de clase), transformándolas en *relaciones sociales heterónomas*.

5- “... las innovaciones tecnológicas recuerdan los actos legislativos o políticos que establecen un marco para el orden público capaz de resistir durante generaciones. Por ello, la misma atención que se da a las reglas, documentos y relaciones políticas debe ser otorgada también a cosas como la construcción de carreteras, la creación de redes televisivas o el diseño de trazos aparentemente insignificantes en nuevas máquinas”. Winner, L: *Do artifact have politics*, Open University Press, Milton Keynes, 1985, Filadelfia, citado en Santos (2000), pág. 253.

6- Para Carlos Porto Goncalves (2001) nos encontramos en una nueva tensión de territorialidades, una nueva territorialidad que se instituye. Renato Ortiz (1997), desde otro lugar afirma que toda raíz requiere un suelo para fijarse, siendo el arraigo fruto de una cultura cuyo territorio se encuentra cartografiado. La fluidez que caracteriza la circulación financiera, el dato de la movilidad moderna, es suficiente para este autor para afirmar que en las sociedades contemporáneas viven una territorialidad desarraigada, una territorialidad dilatada como expresión de otro territorio.

Capítulo II

Racionalidades socioespaciales

Hay, por ejemplo, “racionalizaciones” de la contemplación mística, como las hay de la economía, de la técnica, del trabajo científico, de la educación, de la guerra, de la justicia y de la administración (...) Procesos de racionalización, pues, se han realizado en todas partes y en todas las esferas de la vida. Lo característico de su diferenciación histórica y cultural es precisamente cuáles de estas esferas, y desde qué punto de vista fueron racionalizadas en cada momento.

Max Weber

El surgimiento de la sociedad capitalista, y el paulatino socavamiento de la sociedad feudal, trajo aparejado un proceso de racionalización que alcanzó a distintas esferas de la vida. Se asiste entonces a una racionalización de la economía, pero también de la religión, de la política y, en un sentido más laxo, de las relaciones sociales.

Fue Max Weber uno de los primeros en tratar de forma extensa el proceso de racionalización que implicaba el desarrollo del capital. Lo que va extendiéndose a los distintos dominios de la sociedad es el sometimiento a los criterios de un tipo de actividad racional con respecto a un fin. Según Milton Santos (2000), este proceso de racionalización ha llegado al punto de atravesar el propio espacio y estaría instalándose en el mismo medio de vida de los hombres, es decir, en el medio geográfico. El largo proceso de *desencantamiento del mundo* del que hablara Weber, mediante el cual las explica-

ciones del mundo terrenal van perdiendo todo contenido mágico, llegaría entonces a ser un desencantamiento del espacio.

La tesis sostenida por Santos es en principio discutible, en tanto supone que anteriormente el territorio no ha sido atravesado por distintas racionalidades que respondían a las necesidades históricas particulares. De todas formas, creemos que el proceso de territorialización por el que estamos atravesando, es decir, la institución de la actual territorialidad capitalista, se caracteriza por una fuerte racionalización del espacio y su fin es la obtención de mayores cuotas de plusvalía.

Sin embargo, la racionalización del espacio es un proceso totalmente desigual y discontinuo. Esto se observa particularmente en las grandes ciudades (rígidas por su alto nivel de capital fijo instalado) donde, ante los imperativos de competitividad que aceleran la modernización de ciertas áreas en detrimento del resto, conviven edificios inteligentes, vías rápidas de comunicación y transporte, con estructuras marginales heredadas de otras épocas, otras relaciones sociales, otras formas de reproducción del capital. El contraste más a mano para ejemplificarlo es echar una mirada a la zona de Retiro y Puerto Madero en la Capital Federal. “Lo que se logró con la aplicación de políticas de liberalización y desregulación –y con la consecuente reducción de las intervenciones e inversiones públicas– fue *consolidar a la maximización de la plusvalía urbana como principal criterio urbanístico*; con ello se contribuyó decisivamente a *mejorar las condiciones para la afirmación de una lógica estrictamente capitalista en la producción y reproducción metropolitana*” (Mattos, 2000, subrayado en el original).

Algunos estudios llegan a afirmar que las nuevas tecnologías de información y comunicación dan lugar en los grandes centros urbanos al desarrollo de un “modelo celular en red” que tiende, por un lado, a la dispersión territorial y, a su vez, a la concentración de las funciones de comando y coordinación. La imagen para describir este fenómeno es la de un archipiélago de islas urbanas interconectadas. Cambia así el concepto de ciudad fordista, sistema compacto y autocentrado que se expande como una mancha de aceite, y comienza a configurarse un nuevo tipo de ciudad caracterizada por el entrecruzamiento múltiple de redes. “El concepto clave es precisamente el de isla. El término no es casual

puesto que se trata de auténticas islas integradas a distancia al circuito de las autopistas (...) El resultado es una ciudad no sólo extensa, sino también segmentada, donde la diversidad entre las varias unidades no sólo es fuerte y visible sino que es además enfatizada como principio organizador de la nueva ciudad” (Améndola, 2000).

Apelar a la metáfora reticular para dar cuenta de las transformaciones geográficas tiene por virtud señalar la interconexión y dependencia de las grandes metrópolis, los centros económicos mundiales; pero, por sobre todo, permite pensar los espacios “en blanco” de esa red, las zonas que ese circuito no abarca y que son geográficamente mayoritarias, las partes que se derraman y se pierden entre los intersticios de la malla global. La actual territorialidad capitalista se desarrolla dividiendo zonas de inclusión y exclusión; el neoliberalismo articula globalmente territorios, al mismo tiempo que desarticula otros del mercado mundial. Extensas zonas territoriales quedan por fuera de esa interconexión mundial y es, por tanto, necesario dar cuenta de ello. No hay un tiempo global, único y uniforme, como tampoco hay un espacio global uniforme. Cuanto más, podemos hablar de espacios mundializados o espacios de globalización conectados en red. La red no sustituye los territorios ni los lugares: se inserta, acentúa las polarizaciones, las interconexiones, y funciona a nivel mundial y a nivel de los lugares. Lo global y lo local son aspectos diferentes de un mismo fenómeno.

Entre otros procesos (como la disminución del trabajo socialmente necesario, o el incremento de la plusvalía relativa), la acumulación del capital lleva inscrita en su lógica de desarrollo un aumento relativo del “capital constante” (el que se invierte en medios de producción y no cambia de magnitud en el proceso de producción) sobre el “capital variable” (el que se invierte en fuerza de trabajo y cambia de valor en el proceso de producción). Este aumento progresivo de la *composición orgánica del capital*⁷ explica en parte el crecimiento en términos absolutos, pero también relativos, de la población excedente relativa.

“...la acumulación capitalista produce constantemente, en proporción a su intensidad y a su extensión, una *población obrera excesiva para las necesidades medias de explotación del capital*, es decir, una población obrera *remanente* o *sobrante* (...) Al producir la acumulación

del capital, la población obrera produce también, en proporciones cada vez mayores, *los medios para su propio exceso relativo*" (Marx, 1999:553-54).

Es esto mismo lo que se observa en relación al "desarrollo crecientemente desigual" de las regiones en el capitalismo. En las actuales condiciones de desarrollo de las fuerzas productivas –con la mundialización de las relaciones capitalistas de producción– el capital anexiona y desarrolla vastas zonas de territorio, al tiempo que crea sus propias "zonas excedentes", en constante aumento absoluto y relativo.

David Harvey (2004) señala que las contradicciones internas de la acumulación del capital, que producen periódicamente crisis de sobreacumulación, buscan resolverse mediante la expansión geográfica y, cuando ésta encuentra límites, a través de intentos de acumular mediante la desposesión.

Acordamos con Ana Esther Ceceña en señalar el trazado de una nueva organización del espacio, relacionada fundamentalmente a los cambios tecnológicos, pero también económicos de las últimas décadas: "una vez conformado y generalizado un nuevo paradigma tecnológico y retrasadas las líneas principales de la valorización del capital y de sus mecanismos de dominio, el diseño de una *nueva geografía*, correspondiente al nuevo momento tecnológico y a sus búsquedas, se ha constituido en el campo privilegiado de disputa" (Ceceña, 2001: 7). En este sentido pueden observarse las estrategias de redefinición de las relaciones continentales que lleva adelante Estados Unidos, fundamentalmente a partir del Plan Colombia⁸ y el Plan Puebla-Panamá⁹, los ejercicios militares de la Triple Frontera¹⁰ y de los intentos por instaurar el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Sin embargo, más allá del uso político estratégico de los espacios geográficos, las nuevas condiciones tecnológicas abren un proceso de lucha por la instauración de una *nueva territorialidad capitalista*, una nueva cosmovisión que abarque en su totalidad las dimensiones de la vida social, una visión del mundo que busca tornarse hegemónica.

Podemos hablar de una geografía neoliberal en las grandes ciudades del mundo (los "nodos" de la red global) si pensamos en la proliferación de "no-lugares", para usar un término de Marc Auge. Es decir la aparición y multiplicación en el espacio urbano de gran-

des centros comerciales, cerrados, imponentes arquitecturas a modo de fortalezas, preparados para saciar consumidores, como el Mall o el Shopping Center. Así:

“El shopping es una ciudad donde la ciudad no entra. Pero, por otro lado, es una ciudad sin los problemas de la ciudad. Hay de todo en su interior. Además de tiendas, hay calles, plazas, bancos para sentarse, cines (...) Mas lo que atrae en el shopping, lo que fascina, es aquello que no tienen. No hay suciedad ni mal olor en el shopping. No hay congestionamientos ni peleas. No hay pueblo en el shopping (...) En una palabra, podemos afirmar, el shopping es una segregación urbana acabada. Excluye de su espacio todo lo que recuerde la condición material real de la vida de los trabajadores y de las capas populares” (Pinheiro, 2002: 20)

Sólo es necesario circular por los contornos de cualquier metrópolis (siempre conectados a través de una vía rápida de comunicación, un corredor periférico, una autopista) para asistir a la experiencia religiosa del encuentro de uno de estos templos modernos del capitalismo global. Echando mano a una imagen prestada, se puede decir que

“De la misma forma en que las catedrales destacaban la importancia de la Iglesia Católica en la ciudad romántica y medieval, estos artefactos urbanos pueden ser observados como la expresión simbólica del principal protagonista de la sociedad capitalista globalizada: las corporaciones y conglomerados multinacionales” (De Mattos, *op. cit.*).

En el nuevo paisaje urbano, las mecas del consumo se erigen como los lugares de adoración y divinidad por excelencia. Pero, hay que decirlo, es ésta una adoración a la que le han arrancado todo carácter sobrenatural, una divinidad que ha perdido todo camino de búsqueda de lo absoluto, un ceremonial –el del consumo– al que no le quedan vestigios donde el hombre pueda expresarse a sí mismo. El culto en esta fase del capitalismo se convierte así en un momento desacralizado, efímero, instantáneo, individual y paranoico. Tendremos que admitir que, así como el valeroso guerrero Aquiles no es compatible con la pólvora y el plomo, así como Júpiter claudica ante el pararrayos; de la misma manera, las actuales sedes para religarse al consumo carecen de toda espiri-

tualidad y son dominadas, cada vez en mayor grado, por la mercancía.¹¹

Ahora bien, frente a la racionalidad dominante, hegemónica, que en el espacio urbano se trasluce como una nueva geografía neoliberal, existen áreas donde se instalan contra-racionalidades que, desde el punto de vista geográfico, se localizan en la periferia de los grandes centros urbanos. Es a partir de estas zonas caracterizadas por su incapacidad de subordinación completa a las racionalidades dominantes desde donde surgen, como respuesta, reagrupamientos de las clases subalternas.

“El hecho de que la producción limitada de racionalidad esté asociada a una producción amplia de escasez conduce a los actores que están fuera del círculo de la racionalidad hegemónica al descubrimiento de su exclusión y a la búsqueda de formas alternativas de racionalidad, indispensables para su supervivencia. La racionalidad dominante y ciega acaba por producir sus propios límites” (Santos, 2000: 263).

Sin caer en postulados simplistas y sobre todo políticamente poco enriquecedores (como lo es suponer que cuanto más adversas son las condiciones de vida de quienes están “excluidos”, existen mayores posibilidades de que estos sectores asuman una conciencia de clase), puede reconocerse en la experiencia de la subalternidad un potencial creador para construir caminos alternativos donde se resignifiquen los saberes acumulados por los sectores populares.

Notas

7-Mencionemos que es el incremento en la composición orgánica del capital (la relación entre capital constante y variable) lo que anuncia la tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

8- El **Plan Colombia**, firmado en 1999 por los gobiernos de Andrés Pastrana (Colombia) y Bill Clinton (Estados Unidos) con el supuesto objetivo de combatir el narcotráfico, constituye un pilar de la geopolítica de dominación hegemónica estadounidense sobre el continente Latinoamericano, a partir de la militarización y la represión de la población civil en la región.

9- El **Plan Puebla Panamá** (PPP) se presentó en el año 2000 como complemento

del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) firmado en 1993 por Canadá, Estados Unidos y México. Su principal objetivo consiste en apoderarse de las enormes riquezas de biodiversidad de la selva Lacandona, los Chimalapas de Oaxaca y el Corredor Biológico Mesoamericano que llega hasta Panamá. Sus efectos más evidentes son la depredación de la naturaleza, el abaratamiento de la fuerza de trabajo y el componente militar bajo el mando de Estados Unidos.

10- La **Triple Frontera** que comparten Argentina, Brasil y Paraguay ha sido testigo en las últimas décadas de numerosos “ejercicios militares” por parte de Estados Unidos, actualizados en la amenaza del terrorismo y la “guerra preventiva”, eufemismos para legitimar las intervenciones armadas directas. La zona se destaca por su ubicación estratégica con vistas a un potencial control militar del sur del continente, así como por su riqueza en biodiversidad y una de las mayores reservas subterráneas de agua dulce del mundo como el Acuífero Guaraní.

Ver: <http://www.visionesalternativas.com/militarizacion/geoestrategia/geoestrat.htm>

11- “Se sabe que la mitología griega no fue sólo el arsenal del arte griego, sino la tierra misma que lo nutrió. La forma de ver la naturaleza y las relaciones sociales, que inspira la imaginación griega y constituye por ello el fundamento de la mitología griega, ¿es compatible con los *selfactors* (máquinas de hilar automáticas), las vías férreas, las locomotoras y el telégrafo eléctrico? ¿Qué es Vulcano en comparación con Roberts and Co., Júpiter comparado con el pararrayos y Hermes frente al Credit Mobilier? Toda mitología esclaviza, domina las fuerzas de la naturaleza en el dominio de la imaginación y por la imaginación, y les da forma: desaparece, pues, cuando esas fuerzas son dominadas realmente” (Marx, 1975: 224).

Capítulo III

El escenario de los años 90: las transformaciones estructurales

En el fondo todos nosotros somos seres colectivos, que no tenemos ni representamos más que muy pocas cosas que pueden ser consideradas como nuestras, en el propio, en el verdadero sentido de la palabra.

Johan Wolfgang Goethe

La nueva fábrica es el barrio.

Consigna de la CTA

RÉGIMEN SOCIAL DE ACUMULACIÓN, NUEVA TERRITORIALIDAD Y CONFLICTO SOCIAL

Desde mediados de la década del 70 se produjeron en el país cambios estructurales que expresaron un cambio en las relaciones de fuerza en detrimento de las clases subalternas. En tal sentido, las políticas neoliberales fueron la línea de continuidad entre la última dictadura militar (1976-1983) y los gobiernos democráticos que le siguieron. En efecto: “Los cambios experimentados en la centralización del capital y la concentración de la producción y de los ingresos durante los años 90, solamente pueden ser comprendidos a partir de las transformaciones impuestas en el patrón de acumulación por la dictadura militar. Se trata del reemplazo de un modelo centrado sobre la industrialización substitutiva por otro modelo que puede caracterizarse como un modelo de valorización financiera¹²” (Arceo y Basualdo, 1999: 39).

A partir del golpe de 1976 se establecieron las primeras bases de un nuevo régimen social de acumulación¹³ que en lo fundamental se sustentaba en una valorización financiera del capital, lo cual generó una reestructuración regresiva de la industria (Azpiazu y Nochteff, 1995). El objetivo de las Fuerzas Armadas fue el disciplinamiento de la sociedad. Para ello la Junta Militar optó por una estrategia dual: por un lado la aplicación sistemática del terrorismo de Estado, la prohibición y/o la regulación de las capacidades y actividades de las organizaciones corporativas y políticas de los sectores populares, y por el otro se inclinó por la aplicación de una reforma económica que elimine las condiciones funcionales que tiendan al desarrollo de estas últimas.

De allí que el programa económico (atento al proyecto político) aplicado a partir de 1976 se propuso como objetivo dar fin al régimen social de acumulación sustentado en el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), surgido luego de la crisis del 30 pero expandido y consolidado en el período de la posguerra, el cual dado su carácter mercadointernista -protegido y dinamizado por el sector público- permitió el fortalecimiento de las organizaciones corporativas y nucleamientos colectivos de base de la clase trabajadora (y con ello el aumento de las demandas populares como también la posibilidad de una mayor radicalización del conflicto social y la orientación ideológica de los actores). En efecto, en el período 1930-76 el conflicto social tiene como sujeto antagónico a la clase obrera industrial, la cual posee como espacio nodal de socialización política, organización y expresión a la fábrica: la manifestación de octubre de 1945, la toma del frigorífico Lisandro de la Torre en el año 1959, la insurrección popular que constituyó el “Cordobazo” en 1969 son sus hitos más evidentes.

El deseo presente de desterrar el viejo régimen de acumulación entroncó perfectamente con el ideario de los miembros liberales de la “alianza liberal-militar” (Canitrot, s/f: 24) que sustentó el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Los mismos abogaban por la implementación de un sistema económico de libre mercado, el cual era pensado “como condición necesaria para la existencia de una sociedad disciplinada¹⁴” (Canitrot, 1981: 133). La estrategia principal de la política económica adoptada para instaurar una economía de libre mercado se estructuró en torno a dos ejes: la apertura y liberalización de la economía, llevadas a cabo

mediante una gama de mecanismos, entre los que se destaca la drástica reducción de los aranceles de importación a la oferta de bienes industriales que competían con la producción nacional; y la desregulación del mercado de capitales, la cual se realizó mediante un conjunto de medidas parciales aunque las disposiciones más relevantes se adoptaron en el marco de la denominada “Reforma financiera” que liberalizó las tasas de interés bancarias y el mercado cambiario, lo que provocó una fuerte revalorización de la moneda local que generó un profundo retraso cambiario¹⁵ (Basualdo, 2006).

Asimismo se asiste a un exorbitante crecimiento de la deuda externa (dado que el Estado abasteció la demanda de dólares en el mercado de cambio, nacionalizó la deuda privada de los grupos económicos locales (GGEE) y los conglomerados extranjeros (CE). La creciente importancia de la deuda fue paralela a una progresiva ingerencia de los organismos internacionales en la definición de la política económica del país. Las políticas económicas produjeron una doble transferencia: del trabajo al capital y dentro de éste último, al capital más concentrado. Lo cual disgregó los capitales nacionales, que orientados hacia el mercado interno, confluían en la alianza policlasista del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), allanando el camino a la configuración e implementación de un nuevo régimen social de acumulación de connotadas características divergentes.

Las políticas neoliberales aplicadas en los 90 profundizaron y consolidaron el régimen social de acumulación emergente en el 76, pues no sólo debilitaron instituciones y organismos que limitaban las transferencias desde el Estado hacia el capital concentrado interno, sino que crearon las reglas de juego que lo favorecieron aún más. En efecto, en un contexto de “caos económico y de graves tensiones sociales surgidas en torno a un agudo proceso de hiperinflación” (Sindicaro, 1995: 125), el candidato del Partido Justicialista (PJ), Carlos Saúl Menem triunfó en las elecciones y asumió anticipadamente la presidencia de la Nación en julio de 1989. El ascenso al poder del menemismo se llevó a cabo de la mano de una campaña electoral que articuló “los aspectos más plebeyos y tradicionales de la retórica peronista” junto con elementos *avant la lettre* como la proyección intencional de una imagen de triunfador en la vida (Nun, 1995). Una vez en el gobierno el Presidente aplicó con suma celeridad y profundidad¹⁶ un conjunto de políticas económicas inspiradas en

las recomendaciones formuladas por los organismos internacionales de crédito, que tienen su origen en los postulados del denominado “Consenso de Washington”¹⁷. El Estado perdió todo grado de autonomía frente a los grandes grupos económicos, desde su inicio el programa de gobierno del menemismo fue el impulsado por el gran capital local y transnacional.

En el año 1989 dos leyes sancionadas por el Congreso nacional operaron como los vehículos jurídico-institucionales que permitieron que el proceso de reformas estructurales diera inicio: la de Emergencia Económica (23.697) y la de Reforma del Estado (23.696). Mientras que la primera “suspendió” por 180 días (aunque luego se renovaría indefinidamente) la política estatal de los regímenes de promoción industrial, regional y de exportaciones así como otros subsidios y subvenciones a las empresas (art. 2), reformó la Carta Orgánica del Banco Central con el fin de otorgarle “independencia funcional” con respecto al Poder Ejecutivo (art. 3) y dio los primeros pasos en materia de flexibilidad laboral (art. 44), la segunda permitió una expandida política de privatizaciones¹⁸ y concesiones parciales o totales de las principales empresas públicas de propiedad estatal (Empresa Nacional de Telecomunicaciones, Aerolíneas Argentinas, Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Ferrocarriles Argentinos, complejos siderúrgicos, etc.). Tales transformaciones estructurales “generaron una redefinición de la relación entre el Estado y el mercado” (Boron, 1995: 22), de tal modo que, a la par que produjeron una formidable transferencia de capitales del sector público al privado, se modificó en detrimento del primero la distribución de responsabilidades asignadas a cada uno de los sectores. Su correlato en materia de educación fue el traspaso de la educación secundaria y terciaria no universitaria a los Estados provinciales (los cuales se encontraban con fuertes déficits presupuestarios), así como también el aumento de autorizaciones de funcionamiento a universidades privadas, todo lo cual no sólo produjo un deterioro pronunciado de la educación pública y un aumento de la matrícula en el sector privado, sino que cambió el eje de un sistema educativo que hasta la década del 70 estuvo inquestionablemente estructurado a partir del Estado nacional. En lo que respecta a la salud, se asiste a un notable incremento de la medicina prepaga y otras modalidades comerciales, lo que generó un virtual “mercado” de la medicina. En ambos casos el de-

nominador común es el deterioro manifiesto de las prestaciones estatales (Gambina y Campione, 2002).

Paralelamente, a partir de la supresión de gran parte de los mecanismos de protección de la producción local frente a la importada (fundamentalmente por medio de la rebaja de aranceles, la suspensión de subsidios y la adopción de otras medidas de igual signo) se promovió una mayor apertura y desregulación de la economía (esta última, vía reducción de las regulaciones estatales sobre precios, entre otras medidas).

A consecuencia de nuevos rebrotes inflacionarios el gobierno instauró en 1991 el llamado Plan de Convertibilidad, el cual estipuló la fijación del tipo de cambio en la relación uno a uno del peso con el dólar. En tal sentido: “Uno de los factores centrales en los que se apoyó el Plan de Convertibilidad fue una asimétrica apertura comercial, que reforzaba la pretensión de la ley de Convertibilidad de mantener estables los precios de los bienes transables de la economía” (Pierbattisti, 2008: 30). En ese marco, la sobrevaluación de la moneda local y la asimétrica apertura comercial estimularon el crecimiento de la demanda de bienes importados (principalmente, de consumo y de capital), lo cual perjudicó drásticamente a las pequeñas y medianas empresas; y al mismo tiempo, alentaron la importación por parte de grandes empresas de insumos, partes y piezas, y bienes finales de producción nacional, lo cual afectó notablemente a los proveedores locales de las mismas, quienes no pudieron competir frente a la competencia externa, lo cual operó desarticulando del mercado interno.

El nuevo funcionamiento de la economía sustentado en las privatizaciones, la desregulación económica, la reestructuración del Estado, la apertura importadora y el régimen de convertibilidad consolidó la tendencia a la desindustrialización y reestructuración sectorial puesta en marcha en la última dictadura militar y fomentó una creciente concentración y centralización de capitales en las grandes empresas con predominancia de la valorización financiera y pérdida de importancia del sector industrial dentro de la estructura productiva (Basualdo, 2006; Giosa Zuazua, 2000).

En un mercado completamente abierto y desregulado, las empresas se vieron obligadas a mejorar su competencia y aproximarse a los patrones internacionales para poder subsistir. En tal sentido, la especialización y desverticalización productiva se volvieron ejes

centrales en la lógica de acumulación puesta en marcha por las grandes empresas industriales. Estas transformaciones “no se efectuaron teniendo como base la modernización tecnológica de la base industrial sino a partir de la racionalización productiva y de la mano de obra” (Giosa Zuazua, 2000: 65). En el marco de este proceso “las grandes empresas industriales expulsan empleo formal hacia el desempleo abierto y hacia el SIU [el sector informal urbano], y en la medida en que subcontratan actividades informales para reducir costos, generan un nuevo espacio dentro del SIU -el SIU productivo- cuya existencia es necesaria para que los oligopolios incrementen su productividad. Es en ese sentido que desempleo abierto y precariedad laboral deben ser entendidos como estructurales, en la medida en que forman parte de una nueva dinámica de acumulación” (Giosa Zuazua, 2000: 65)¹⁹.

Las grandes empresas industriales al ser propietarias de los establecimientos de mayores dimensiones, logran las mayores productividades sectoriales y alcanzan las mayores tasas de rentabilidad, lo cual posibilita que paguen los mejores salarios. Los factores mencionados explican que las mismas lideren el Sector Formal (SF). Asimismo, los mayores salarios hacen posible que los asalariados destinen una porción de su gasto de consumo a la adquisición de bienes y/o servicios producidos en el marco de las actividades de menor productividad y rentabilidad relativa que conforman el Sector Informal Urbano (SIU). Este mecanismo explica por qué la dinámica que adopte el mercado de trabajo queda definida por la dinámica de acumulación de las grandes empresas. En este sentido “sus decisiones de inversión influyen en el nivel y composición del empleo” (Giosa Zuazua, 2000: 64). De allí que los procesos de racionalización productiva y de la mano de obra que las mismas instrumentaron produjeran un drástico deterioro y precarización del mercado de trabajo (expresado en el aumento exponencial de las tasas de desempleo abierto y subempleo) y con él del mercado interno. Como parte de ese proceso, las grandes empresas tercerizaron muchas de sus actividades informales (como por ejemplo las actividades de limpieza), lo cual conformó un nuevo espacio dentro del SIU, el SIU productivo.

Asimismo influyó en el aumento del desempleo abierto la remoción de trabajadores de las empresas públicas privatizadas, ya sea a partir de los denominados “retiros voluntarios”²⁰, las jubilaciones

anticipadas y los despidos masivos. En el caso de la privatización de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL), la cual por su centralidad permeó el resto de las privatizaciones, al momento en que se privatizó contaba con alrededor de 42.000 trabajadores mientras que en menos de diez años de transcurrido el proceso de su privatización la misma paso a contar con sólo 20.000. Los efectos devastadores no tardarían en llegar, dado que “la crisis del mercado de trabajo avanzó aun en las etapas de mayor crecimiento económico pero su regresividad se profundizó cualitativamente a medida que se desaceleró la actividad económica” (Basualdo, 2006: 319).

El incremento del desempleo abierto y el subempleo, que en mayo de 1995 alcanzaron las cifras de 18,4 y 11,3 por ciento respectivamente (ver **Cuadro D** en Apéndice), fue facilitado por el avance de las reformas neoliberales en el ámbito de la legislación laboral. En efecto, la sanción de la “Ley Nacional del Empleo” (24.013/91) facilitó, otorgándole el marco legal a la desprotección del trabajador, la profundización de un conjunto de prácticas empresariales -que ya se estaban realizando- tendientes a la precarización de las relaciones laborales: supresión de las indemnizaciones, fomento de las prestaciones temporarias, etc. Paralelamente, en el proceso productivo mismo se fomenta la polivalencia de funciones de la fuerza de trabajo, junto con la variabilidad de la jornada de trabajo y del régimen de licencias, etc.

Para los sectores que se encontraban en mejores condiciones relativas (estabilidad laboral, mayores niveles de protección social, salario en “blanco”, etc.) se promueve “el individualismo centrado en su propia estabilidad laboral y capacidad de consumo, junto con la identificación con la ‘empresa’ en tanto conjunto social del que el trabajador es un asociado y no un dependiente. Y para el gran conjunto de precarizados y empobrecidos, se trata de instalar la resignación (el ‘privilegio’ de tener, al menos, en medio de las altísimas cifras de desocupación) y el miedo (a perder el trabajo, a caer en la indigencia), presentando al ajuste excluyente como la única solución posible, y la lucha social como un anacronismo, injustificable en las condiciones actuales” (Gambina y Campione, 2002: 199-200). Ello ha generado una situación que podemos caracterizar del siguiente modo: primero por la disminución relativa de la clase obrera industrial a partir del proceso de desindustrialización y la “simplificación” (que en algunas ramas se expresa como automati-

zación) de las nuevas estrategias productivas, proceso signado por la caída del empleo industrial y del trabajo asalariado, y caracterizado por la crisis de la cultura obrera y la pérdida de una identidad social; segundo, y ligado a lo anterior, la segmentación de la clase trabajadora a partir de la terciarización del trabajo, la “individualización” del trabajo (ocupaciones que por su naturaleza no permiten elaborar una experiencia laboral compartida), niveles de desocupación y subocupación inéditos en la historia como también de precarización laboral. La transformación de las clases sociales tradicionales, a partir de la fragmentación y heterogeneización social, se refleja en la consecuente pérdida en la capacidad de lucha y en el grado de autonomía política conquistado en el pasado. Las viejas identidades sociales, como las del movimiento sindical, permanentes y macizas, se reemplazaron por identidades fluidas y precarias, tan precarias como el mercado de trabajo. Siguiendo a Ariel Ogando, podemos afirmar que no existe ya un centro que organice la sociedad y permita explicarla. El nuevo terreno es “gelatinoso, borroso, incierto” y se hace difícil vislumbrar horizontes de futuro que permitan diferir las expectativas del presente (Ogando, 2001).

De tal modo que en un contexto de avance y colonización del mercado de nuevas áreas, conjuntamente con una intencionada desideologización de lo social y lo político, los sectores populares se vieron sumidos en procesos de desc ciudadanización y despolitización (tales como la electoralización y/o espectacularización de la política), lo cual acrecentó su fragmentación.

Como señala Joachim Hirsch (2000), el concepto de lo político en este marco se redujo cada vez más a la simple administración de las cosas, la gestión más o menos eficiente dentro del orden existente, la adecuación a objetivos inamovibles, resultado de un proceso que por su carácter global deviene todopoderoso, incontrolable. La democracia y la política se vaciaron de contenido transformador, los medios de comunicación se volvieron actores centrales en la generación de consenso y subordinación de las masas: su papel fue el de reproducir a gran escala la glorificación del mercado y de dos valores nodales de la cultura dominante en los noventa: el individualismo y el consumismo. En efecto, se fetichizaron los valores constitutivos del “rey” mercado (competencia, ganancia, individualidad, etc.) en detrimento de otros que son el potencial plafón de todo tejido colectivo: solidaridad, compañerismo, altruismo, etc.

En el marco decididamente adverso, no sin profundas carencias y dificultades, en el campo popular “lenta e imperceptiblemente, nuevos actores (jóvenes y mujeres), nuevos ejes articuladores (derechos humanos, lo cultural-comunicacional, lo territorial o lo barrial) y nuevos métodos para la lucha y la protesta social aparecieron en la escena del conflicto y fueron conformando diversos tipos de movimientos que resistieron la despolitización” (Filadoro, Giuliani y Mazzeo, 2006: 423). Paralelamente surge en el movimiento sindical, una central con características novedosas, nos referimos a la central de Trabajadores Argentinos (CTA). La misma ha articulado y articula gran cantidad de acciones de protesta con movimientos sociales de base de arraigo territorial.

Lo positivo y alentador de la conformación de movimientos sociales contra-hegemónicos no debe ocultar que la característica de las acciones de resistencia de las clases subalternas es, principalmente, su discontinuidad y dificultad para manifestarse en el campo político (Campione, 2000). El panorama actual se distingue por la ausencia de un conflicto central, antes representado por la oposición entre el capital y el trabajo, como consecuencia de la fragmentación del conflicto, ahora disgregado en una multiplicidad de antagonismos que se muestran sin relación unos con otros. Lo cual tiene su correlato en una diversificación del espacio en el que se expresa el conflicto social: las tomas de tierra iniciadas en 1981 en el sur del conurbano bonaerense (junto a otras experiencias) permiten pensar que el conflicto de clases ya no se encuadra exclusivamente en los límites de la fábrica.

POSFORDISMO, IDENTIDAD Y TERRITORIO

Las transformaciones estructurales han operado cambios notables en las condiciones sociales sobre las que se conformaron las identidades colectivas contrahegemónicas. Sin negar la importancia que aún posee la fábrica en la construcción y constitución de subjetividades y actores políticos colectivos, hoy hay otro espacio de socialización política que ha adquirido gran centralidad: el barrio. Con ello no queremos obviar el papel relevante que ha tenido históricamente el barrio como un espacio condensador de tradiciones, aglutinador de experiencias de clase y reducto para la construcción de una memoria colectiva de las clases subalternas²¹; sólo queremos destacar que en los últimos años adquiere una mayor

centralidad, al punto que se ha convertido en muchos casos en la fuente principal de la identidad política de gran cantidad de organizaciones populares. Por ejemplo, esto se aprecia con nitidez en el gran número de organizaciones territoriales que surgieron durante las últimas décadas²².

Es en el barrio donde se asumen formas de conformación identitaria ligadas a la continua (re)creación de la política (entendida como praxis), nuevas prácticas políticas que en gran medida se anidan y gestan al calor de las luchas político-reivindicativas en torno a la “cuestión territorial”.

La adquisición de una mayor centralidad en la construcción política y social cotidiana por parte del barrio, se inscribe dentro de un proceso de cambio de gran magnitud que produjo (y aún produce y reproduce) un sinfín de transformaciones, tanto de orden micro como macrosocial. Este cambio se expresa en la crisis terminal del Estado populista argentino²³, y con él, también el fin del modelo de acumulación ligado a la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) y al fordismo como método sistemático de organización de la producción. Con el menemismo se asiste en nuestro país a la consolidación del neoliberalismo, paralelamente a la profundización del modelo de acumulación basado en la valorización del capital financiero, se flexibilizan las formas de organización de la producción y algunas ramas se automatizan. Se ha transformado la totalidad social: cambian las relaciones en el proceso de trabajo, en la vida cotidiana, se da forma a nuevas subjetividades, se transforman las viejas identidades.

El modelo de sociedad populista se caracterizaba por un patrón de distribución del ingreso progresivo, funcional a la expansión de un régimen de acumulación basado en el mercado interno. Su forma de Estado era la de un Estado interventor-benefactor, el cual para velar por la reproducción del capital requiere ampliar no sólo la esfera económica sino también la política y la social. Así, se trata de un Estado distribucionista, que aumenta la participación de los asalariados en el ingreso neto total²⁴. Bajo las condiciones sociales del estado populista los sectores trabajadores nucleados en las fábricas lograron construir una fuerte cohesión de clase, lo cual les permitió gozar de una sólida identidad colectiva (fundada en la conciencia de clase) junto con una organización sólida y con poder de confrontación. El sindicalismo de masas fue una expresión genuina de todo ello.

Con la etapa fordista que quedó atrás, también se han ido (o en algunos casos se han debilitado) un conjunto de instituciones y prácticas que justamente constituían su condición de tal.

Así, ya han caído los pilares que sostenían a la “sociedad salarial fordista”, caracterizada por la presencia de un Estado intervencionista activo y “presente” (valga la redundancia) en la sociedad civil, presencia que se extendía a través del funcionamiento de una red de instituciones que “penetraban” en la sociedad civil y el mercado –nos referimos, por ejemplo, a las medidas de regulación de las relaciones capital-trabajo, o al impulso de las políticas públicas– y que impedían la mercantilización de ciertos espacios de la vida pública. Una sociedad salarial que también se fundaba sobre la construcción de una ciudadanía incluyente que era titular de derechos políticos y sociales; los cuales eran sostenidos con la participación activa y cotidiana de los trabajadores por medio de dos canales tradicionales: los sindicatos de masas y los partidos políticos.

Pero el capitalismo de la etapa actual ha cambiado sus características, “ha arrojado por la borda las medidas (...) impulsadas tanto por la necesidad de disciplinar a los trabajadores a los modos organizativos del fordismo como por la necesidad de competir ventajosamente con los ‘países socialistas’. Ambos requerimientos han caducado” (Campione, 2003: 77). Hoy, la fábrica en su forma tradicional, ha perdido su ubicación frente al avance de un nuevo modelo de acumulación.

Luego de la caída del Estado regulador asistimos a la contraofensiva del capital. Esta forma de Estado pasó a ser criticada por el gran capital, el mismo capital que en otro contexto menos afin a sus intereses en gran parte fue quien lo construyó. En lugar de éste se trató de conformar un Estado “que sea ágil y eficaz para responder a las necesidades del gran capital [tanto local como foráneo], incluyendo en esto el control social y la represión abierta” (Idem). La contraofensiva neoliberal también avanzó en el marco de la organización de la producción al interior de las fábricas. En efecto, el toyotismo²⁵ es el método de organización de la producción que expresa ese avance. El método Toyota articula una nueva ingeniería de producción que tiene como objetivo “producir a bajos costos pequeñas series de productos variados” contrariamente al modelo fordista que utiliza “un método de reducción de costos por medio de la producción (...) en cantidades constantemente crecientes y en una

variedad cada vez más restringida” (Coriat, 1998: 21). De allí que postule como vital aumentar la productividad sin aumentar las cantidades. Para lograr esta meta se propone la creación de una “fábrica mínima”, una fábrica reducida a las funciones, los equipos y el personal estrictamente necesario para satisfacer la demanda diaria o semanal, que evite todo lo “superfluo”, lo cual engloba “el exceso de hombres empleados en relación con el nivel de demanda solvente y efectivización despachada” (Ibíd.: 23).

Los dos pilares que hacen posible el funcionamiento de ésta fábrica mínima son: la producción en el momento preciso (el famoso “just in time”) y la “autoactivación” de la producción. El primer principio queda ilustrado a partir de una analogía con lo que ocurre en las góndolas de los supermercados²⁶, en las que habitualmente se genera la siguiente secuencia: el trabajador del puesto de trabajo “corriente abajo” (tomado aquí como el cliente) se nutre con unidades (los “productos comprados”) en el puesto de trabajo corriente arriba (el “estante”) cuando lo necesita. En lo sucesivo, en el puesto corriente arriba sólo se pone en marcha la fabricación para realimentar al almacén (el “estante”) con unidades (productos) vendidas, de tal modo que no se genera stock (como sí ocurre en el caso de los métodos tayloristas y fordistas).

En lo relativo al segundo principio, se encuentra íntimamente ligado a lo que se denomina “autonomatización”, neologismo surgido de la fusión entre los términos de autonomía y automatización. La “autonomatización” no es más que la introducción en las máquinas de un dispositivo que permite dotarlas de la autonomía necesaria para detenerse en el instante en que detecten un problema en su propio funcionamiento. La introducción del principio de “autonomatización” permitió que un mismo obrero maneje y administre simultáneamente distintas máquinas. La posterior extensión del principio de “autonomatización” a situaciones de trabajo y operaciones que no necesariamente involucran máquinas, impulsó la “linealización” de la producción y afianzó una concepción de la organización del trabajo que implicaba la introducción de una doble operación en torno a la subjetividad de los obreros: la desespecialización de los trabajadores, en tanto condición de posibilidad de su conversión en obreros polivalentes, multifuncionales.

La magnitud de los cambios operados en la organización y administración de la producción habilitan afirmar que el advenimiento

del “espíritu Toyota” es no sólo un formidable cambio a nivel de la relación capital-trabajo²⁷ sino que incluso impacta de modo caótico en el entramado de las ciudades. Veamos por qué. El método toyotista se caracteriza por su alto grado de descentralización y desconcentración de la producción, ello se desprende de la lógica intrínseca del modelo: para reducir al mínimo las existencias, para deshacerse de todo lo sobrante y paralelamente producir “justo a tiempo” se requiere de una masa relevante de subcontratistas y proveedores que provean de “productos comprados”, “productos vendidos”, “productos pedidos”. En la casa matriz de Toyota sólo “el 26,5% de los componentes se fabrican internamente (...) fábrica ‘delgada’, ‘mínima’ -habíamos dicho- que se deshace de todo lo que no considera estrictamente necesario” (Coriat, 1998: 107). El vínculo entre las grandes empresas (en este caso Toyota) y las medianas y pequeñas empresas subcontratistas (proveedoras) se constituye sobre una asimetría radical, lo que permite que desde la gran empresa se fomente la competencia entre varios proveedores que rivalizan entre sí²⁸.

La fábrica toyotista es pequeña, a la medida del capital, casi monopoliza, aborrece producir más de lo necesario. A la par que implementa en el interior de la misma el método “just in time” (que abjura de la “concepción occidental del tiempo” expresada en el taylorismo y el fordismo) elimina todo lo sobrante (lo cual impide la posibilidad de acumular stock). La fábrica mínima contrasta con la ciudad posfordista²⁹, la que se expande inconmensurable y desfiguradamente, dado que el sistema toyotista impulsa de forma exponencial la circulación de un constante flujo de transportistas que trasladan los productos que las empresas subcontratistas generan diariamente para abastecer “just in time” a la empresa de matriz toyotista. La territorialidad neoliberal no puede pensarse sin incorporar a su análisis los efectos de la lógica y prácticas posfordistas en nuestras ciudades. La territorialidad neoliberal deviene un palimpsesto caótico, pletórico en productos “en tránsito”, agobiados sus transportistas por llegar a tiempo. La proliferación de autopistas, pero también de accidentes de tránsito, no puede desvincularse de ello.

Lo cual es otro eje que permite comprender la dimensión de la transformación que el mapa del suelo social argentino ha sufrido en las últimas décadas, provocando cambios drásticos en toda la

cartografía y espacialidad social de nuestro país. La fuerte caída que durante las últimas tres décadas ha sufrido la participación del salario en el ingreso nacional es un dato sintomático que ilustra este proceso (ver Cuadro A en Apéndice). Es alrededor de esa “nueva cartografía argentina” donde se dirige nuestra atención. En fin, un encadenamiento de metamorfosis que transformaron múltiples dimensiones, pero que también produjeron las condiciones de posibilidad de nuevas prácticas y la vuelta de otras que se creían ya superadas.

Las características que asume en el presente el espacio público³⁰ es una muestra de los efectos que produjeron aquellas transformaciones. A partir del fenómeno peronista la plaza pública se convirtió en el espacio nodal para la expresión política y simbólica de las multitudes. Si bien hoy ya no ocupa ese sitio de privilegio, los sucesos del 19 y 20 de diciembre del 2001 lograron revitalizar la politicidad histórica de ese espacio.³¹ Sumado a ello, el movimiento asambleario de los sectores medios y la irrupción de las protestas públicas de “los de abajo” permitieron pensar en una vuelta a la deliberación y acción política en medio del espacio público. Suceso que obliga a interrogarnos: ¿cuáles son en estos días las características de los espacios que se utilizan en la creación de la praxis colectiva? Entendemos que el conflicto de clases excede ya de modo holgado las fronteras fabriles y se expande hacia otros sitios: sin duda, el territorio es uno de ellos. Esto, no porque la clase obrera se encuentre en un proceso de extinción, sino porque ha cambiado su morfología a caballo de las transformaciones que ya hemos descripto.

Las transformaciones en el mundo del trabajo han modificado el mapa de la acción colectiva, a tal punto que es posible sostener que estamos frente a una diversificación de la protesta social. Lo novedoso de estos últimos años ha sido la capacidad creativa y de acción que los sectores desocupados han desplegado utilizando un método de protesta -el piquete- de forma novedosa, cortando las rutas. No menos relevante es la forma de organizarse que los mismos adoptan, sustentada en formatos horizontalistas como la asamblea, entendida como un espacio privilegiado para la toma colectiva de las decisiones y el ejercicio de formas de democracia directa.

Notas

12- En otro trabajo se define a la valorización financiera como “la colocación del excedente de parte de las grandes empresas en diversos activos financieros (títulos de la deuda, bonos, etc.) en el mercado interno e internacional” (Arceo y Basualdo, 1999: 64-65).

13- Retomando a Nun, tal régimen está compuesto por un complejo conjunto históricamente situado de instituciones, reglas y prácticas públicas y privadas que inciden (de forma externa) en el proceso de acumulación del capital. De modo tal que los marcos institucionales, las prácticas y las representaciones compartidas a la vez que dan sustento y apoyo al régimen social de acumulación aseguran a los agentes económicos determinados niveles elementales de coherencia y previsibilidad en el contexto en el que operan. Al respecto ver Nun (1995).

14- Como sostiene Adolfo Canitrot “La concepción generadora de esta idea es la representación ideal del mercado como lugar de convergencia y compatibilización global de innumerables decisiones individuales. Debido a esa cualidad el mercado aparece como un regulador de las conductas de los agentes económicos que somete a todas y cada una de las negociaciones particulares a reglas objetivas, impersonales y no discriminatorias. Se lo visualiza, así, como incompatible con la existencia de corporaciones y sus modalidades operativas de gestión: la presión, el enfrentamiento y la concertación” (Canitrot, 1981: 133).

15- Retraso cambiario generado por un aumento mayor de los precios de los bienes y servicios en relación con el aumento del tipo de cambio.

16- Las políticas económicas aplicadas fueron continuamente (auto)legitimadas por las autoridades a partir de la invocación discursiva a la crisis hiperinflacionaria. Su magnitud -se argumentaba- tornaba imperioso no sólo realizar los cambios anunciados, sino hacerlo de forma acelerada y profunda. Ese mecanismo discursivo de legitimación ha sido denominado como el “discurso de la urgencia económica” (Sidicaro: 1995, 125).

17- Para luchar contra el “estatismo” y el “populismo” (a los cuales consideran los causantes de las crisis de la región) los expertos del “Consenso de Washington” promovieron como objetivos a corto plazo la estabilización económica y el equilibrio fiscal, mientras que para el a largo plazo, consideraron que era necesario “achicar” el Estado, liberalizar los mercados locales y el comercio exterior, desregular la economía y promover las exportaciones de bienes con ventajas comparativas naturales, y favorecer una legislación que facilitará las inversiones externas. Al respecto ver Boron (1995), Vilas (2000) y Gambina y Campione (2002).

18- Es de destacar que ya en la última dictadura militar se efectuaron lo que la literatura especializada denomina con el término de “privatizaciones periféricas”, esto es, la infiltración selectiva de la inversión privada en las empresas estatales de pequeñas dimensiones a través de concesiones y tercerización de actividades selectas. Al respecto véase (Sirlin, 2006). Por lo tanto, si bien el menemato genera un salto cualitativo en este aspecto, es otro elemento de continuidad con la política económica de la última dictadura militar.

19- Las características específicas que adopta la dinámica del funcionamiento del capitalismo en los países dependientes produce y reproduce fundamentalmente dos sectores: el Sector Formal (SF), caracterizado por su estructura propiamente capitalista donde predomina el trabajo asalariado formal, y cuyo eje fundamental lo constituyen las grandes empresas, y el Sector Informal Urbano (SIU), un espacio donde conviven actividades de mayor grado de heterogeneidad, de baja productividad y de alta precariedad. Su desarrollo y reproducción se efectúa en forma subordinada a los movimientos de las grandes empresas. Al respecto ver Giosa Zuazua (2000).

20- En el caso de las empresas de telecomunicaciones Telecom y Telefónica, se debe destacar que a partir del año 1995 (momento en que el desempleo llegó a su techo) se produce el pasaje -no sólo semántico- de los “retiros voluntarios” a los “retiros voluntarios inducidos”, es decir, la generación intencionada por parte de la empresa de condiciones y mecanismos tendientes a generar humillación y presiones psicológicas en los trabajadores (como por ejemplo, no otorgarle ninguna tarea al trabajador, que por lo tanto pasaba sentado ocho horas en la oficina sin realizar papel alguno) con el fin de que acepten los retiros. Al respecto ver Pierbattisti (2008).

21- Al respecto ver, por ejemplo, Ernesto Salas, *La huelga del frigorífico Lisandro de la Torre*, CEAL, Buenos Aires, 1990.

22- Lo territorial emerge en las siglas de identificación de diversas organizaciones populares como Barrios de Pie, Federación de Tierra y Vivienda (FTV), Movimiento Territorial de liberación (MTL).

23- Ver Tarcus, Horacio, *La crisis del Estado Populista Argentino 1976-1990* en Realidad Económica, N° 107, 1992.

24- Cabe aclarar que las mejores condiciones de vida de las clases subalternas también son producto de las luchas políticas y sociales por ellas protagonizadas.

25- Se denomina toyotismo dado que la primera empresa que utilizó este método innovador (frente al taylorismo y fordismo) de organización y administración de la producción ha sido la empresa automotriz de origen japonés Toyota, la cual comenzó a desarrollarlo en el sector productivo en los años cincuenta. El principio de la producción en el preciso momento (“just in time”) fue adoptado por los ejecutivos de Toyota del sistema que en ese momento comenzaba a ser utilizado por los supermercados norteamericanos para administrar las existencias (los productos), cuya característica nodal era que el pedido de los productos de replazo se hacía sólo a partir de los productos vendidos en las cajas.

26- La analogía es tomada de Coriat (1998).

27- Dado que las modificaciones introducidas en las formas de organización de la producción tienden a expropiar y atacar el saber complejo de los trabajadores calificados, fueron resistidas por los mismos a partir de extensas huelgas.

28- Lo que se denomina la estrategia de “dobles vendedores” (double vendors policy), es una de las formas que utilizan las grandes empresas para hacer competir a diversas empresas subcontratistas entre sí. Al respecto ver, Coriat (1998).

29- Debe dejarse en claro que el término “posfordismo”, si bien procede del ámbito de la producción, no hace referencia, solamente, a un cambio tecnológico en la forma en que producen las sociedades capitalistas, sino, en un sentido más amplio, también refiere a un cambio fundamentalmente cultural.

30- Eduardo Rinesi ha ilustrado con su mirada filosa las transformaciones de orientación mercantil que ha sufrido la Ciudad de Buenos Aires (entendida como el territorio donde se inscribe el espacio público) a lo largo del siglo XX. Al respecto ver, Rinesi, Eduardo, *Buenos Aires Salvaje*, Ediciones América Libre, 1994.

31- Para una lectura más extensa acerca de ese fenómeno remitimos al lector a Martuccelli, D. y Svampa M., *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada, 1997.

**CUADRO 1. MODELO DE ACUMULACIÓN Y CONFLICTO SOCIAL
(1930 EN ADELANTE)**

Modelo de acumulación	1930-76	1976 en adelante
	Modelo Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI)	Modelo de acumulación sustentado en la valorización financiera
Principales actores sociales movilizados	<ul style="list-style-type: none"> • Clase obrera industrial. 	<ul style="list-style-type: none"> • Trabajadores ocupados (empleados estatales, docentes, industriales, de servicios). • Sectores pauperizados. • Trabajadores desocupados.
Espacio privilegiado de expresión del conflicto de clases	<ul style="list-style-type: none"> • Fábrica / Sindical. 	<ul style="list-style-type: none"> • Sindical. • Territorial.
Características del período	El proceso de industrialización iniciado en los años 30 se trasluce en una alta concentración obrera urbana y por establecimientos productivos.	El quiebre en el modelo de acumulación significó la emergencia de distintos actores sociales a través de quienes se canalizó la protesta. En tal sentido se verifica una ampliación y complejización de la matriz del conflicto.
Hitos en la protesta	<ul style="list-style-type: none"> • 17 de octubre de 1945. • Toma del Frigorífico Lisandro de la Torre en 1959 (Resistencia Peronista). • Organizaciones revolucionarias que optan por la lucha armada. • Revueltas populares en el interior del país ("Cordobazo", "Rosariazo", "Tucumana-azo"), en 1969. 	<ul style="list-style-type: none"> • Resistencia obrera en las fábricas. • Derechos Humanos ("nuevos movimientos sociales"). • Comienzan las tomas de tierras en el GBA. • "Santiagazo" en 1993. • Marcha Federal convocada entre otros por la CTA, MTA y CCC. • Cortes de ruta en Cutral-Co y Plaza Huincul (1996) y en Mosconi y Tartagal (1997). • 19/20 de diciembre de 2001.

Capítulo IV

Nuevas formas del espacio público

Cuando se unan hombre y técnica, lugares y sucesos,
En un sutil enlace sobre el final tumulto
Alabaremos sus trabajos con una voz más pura y más alegre.
Solo perdurará el fascinante pavor del nacimiento y de la muerte.

Raúl González Tuñón

Una de las características del posfordismo es la supremacía de la comunicación como principal recurso productivo. Es esto lo que nos lleva, como apunta Paolo Virno, a indagar la propia substancia de la comunicación y prestar atención a la filosofía del lenguaje.

Nos serviremos de algunas herramientas del clásico trabajo de Hannah Arendt, *La condición humana*. Aquí la autora se propone destacar con particular interés lo que atañe a la *vita activa*, las actividades del hombre que diferencia entre labor, trabajo y acción. Las dos primeras (*labor*, actividad que corresponde al proceso biológico del cuerpo ligado a la vida, y *trabajo*, actividad que proporciona un mundo de cosas artificiales)³³ se relacionan con la reproducción de la vida humana; la *acción*, en cambio, con la relación entre los hombres donde se pone en juego la pluralidad, esto es, la condición de ser diferentes en tanto humanos, en tanto seres capaces de *acción* (praxis) y *discurso* (lexis).

Tomaremos a la acción como categoría privilegiada, buscando divisar cómo se da la aparición del hombre en determinados espacios públicos, de qué manera esos espacios reflejan las sociedades en las que están implicados.

En principio Arendt toma el modelo de los griegos que surge de una concepción de la política que enseña a los hombres a sacar a luz lo que es grande, la acción y el discurso, los mayores logros de que es capaz. Y, si bien ni la acción ni el discurso dejan tras de sí ninguna obra, nada sensiblemente tangible, tienen, asimismo, una disposición a la memoria: esto los hace en cierta forma inmortales. Aquí está presente el concepto aristotélico de *realidad*, aquello que no deja trabajo tras de sí y sólo encuentra significado en la actuación: este es el fundamento de la importancia que cobra la apariencia en el pensamiento arendtiano. En la filosofía griega la *inmortalidad* fue en principio de suprema importancia. Los mortales accedían a la verdad en tanto sus trabajos, actos y palabras lograban ser imperecederos. De aquí el valor otorgado a la arquitectura como forma de trascender la vida en una obra: a través de sus actos alcanzaban su propia inmortalidad. Sin embargo, desde Sócrates lo *eterno* comienza a ser el núcleo de la verdad y, puesto que la experiencia del filósofo sobre lo eterno se produce al margen de los asuntos humanos, el pensamiento se ve relegado a una experiencia alejada de la *vita activa* donde prima la contemplación.

Continuemos con la idea de acción en Arendt. La política es comprendida como un fin en sí mismo, no como medio para resolver necesidades. Recordemos que para los griegos sólo pueden tomar parte de la vida política (es decir, sólo son capaces para la acción) quienes tengan resuelto el ámbito de las necesidades. La centralidad de la condición política se funda en la igualdad de sus miembros, en el hecho de tener en común una misma condición (lo cual, por cierto, en la sociedad griega equivalía a ser no-esclavo). Sólo hay política entre iguales, por lo tanto necesito que los demás me reconozcan (lo cual implica una estimación del otro por ser igual a mí). Me preocupo porque me reconozcan mis iguales, pero la igualdad no es natural sino en tanto miembros del espacio público de la polis donde todos son libres de necesidad. La acción política implica la exposición a los ojos de los demás. Ahora bien, toda acción (praxis), toda política, necesita de un espacio público donde los hombres puedan revelarse, mostrar a los demás “quiénes son”. Recor-

demos que la política, para los griegos, es el arte de definir los límites. La esfera pública es el lugar donde los hombres aparecen ante los demás, el lugar donde pueden ser libres.³⁴ Es aquí donde todos, en tanto iguales, pueden ser vistos (en la acción) y oídos (en el discurso) por otros. Sólo en la esfera pública, nos dice Arendt, los hombres pueden mostrar y publicitar aquello que quieren salvar del paso del tiempo. Por esto, tanto la *polis* griega como la *res publica* romana fueron intentos de trascender la vida terrena.

Subyace una noción de poder como resultado del discurso y la acción conjunta de los hombres. En esta concepción, el poder no es algo que se tenga o se acumule, sino que es producto de la acción política. El espacio público surge sólo a través del poder. La misma palabra “poder” indica su carácter de potencia (su equivalente en latín es *potentia*).

Asimismo, John Holloway (2002) establece una diferencia entre lo que él llama poder-hacer (*potentia*) y poder-sobre (*potestas*) para establecer la ruptura en el capitalismo entre el hacedor y lo hecho, es decir, entre el productor y el producto de su trabajo. En este sentido afirma que “el capital no se basa en la propiedad de las personas sino en la propiedad de lo hecho y, sobre esta base, del repetido comprar el poder-hacer de las personas”. Por eso “la existencia del poder-hacer como poder-sobre significa que la inmensa mayoría de los hacedores son convertidos en objetos del hacer, su actividad se transforma en pasividad, su subjetividad en objetividad” (Holloway, 2002: 54 y 58). Desde la perspectiva de Arendt:

“El poder es lo que mantiene la existencia de la esfera pública, el potencial espacio de aparición entre los hombres... El único factor material indispensable para la generación de poder es el vivir unido del pueblo... Lo que mantiene al pueblo unido después de que haya pasado el fugaz momento de la acción (lo que hoy llamamos “organización”) y lo que, al mismo tiempo, el pueblo mantiene al estar unido es el poder” (Arendt, 1998: 223-224).

Sin embargo, hay que señalar que el espacio público en la actualidad tiene otro sentido que en la Antigua Grecia. El espacio público burgués tiene su origen en la Ilustración, tal como lo señalan J. Habermas y R. Koselleck. Surgió en la transición de la Edad Media a la Modernidad como la institucionalización de una crítica moral para reducir o modificar la dominación pública en la

medida en que los ámbitos en donde se toman las decisiones se van secularizando. Koselleck explica cómo desde el siglo XVI, a partir de la amenaza de estallidos religiosos, fue surgiendo la necesidad de mantener una institución moderna al margen de una opinión o de una creencia, sin la necesidad de contradecir a la autoridad: “la conciencia individual debe ser privatizada en calidad de fuero interno sacrosanto mientras que el dominio público *ideológicamente neutro*, está dirigido a una razón nueva, diferente de la opinión” (Ferry, 1992).

Detengámonos entonces a señalar: para Arendt, la esfera pública es el “espacio de aparición” de los hombres. Es aquí donde pueden ser libres, es éste el ámbito de la acción (praxis). Y el espacio público es por definición político. Sin embargo, las reflexiones de Arendt sobre espacio público remarcan cómo la posibilidad de acción del hombre se va perdiendo en la Modernidad pues advierte que los hombres sólo se muestran o aparecen en el ámbito privado. Dicho en otros términos, esto significa la pérdida de todo carácter político de la acción y es un aspecto, para usar palabras de Marx, de deshumanización y alienación. Creemos, no obstante, que las últimas décadas en nuestro país nos han demostrado un proceso ambivalente: por un lado, asistimos a una ampliación de los espacios privados, una extensión de los márgenes del mercado; pero también, debemos señalar una metamorfosis en la esfera de lo público, una transformación de los ámbitos de aparición, el surgimiento de nuevos espacios públicos no estatales.

En un hecho que resulta corriente, suele emparentarse esta esfera pública con el Estado. La vida pública queda así restringida a las instancias del devenir del Estado. Por eso, al pensar lo público nos remitimos usualmente a los marcos estatales: el acto individual de concurrir a votar (la conducta ciudadana y abstracta de depositar el voto en una urna), una plaza, una calle, son todos ámbitos fiscalizados y controlados por el Estado, aunque debemos advertir que cada vez en menor medida.

En ocasiones se habla de un desdibujamiento de los límites entre lo público y lo privado. Creemos sin embargo que, si bien son límites que muchas veces se confunden, con la implementación fundamentalista de políticas neoliberales asistimos a un proceso en donde lo privado invade ámbitos antes exclusivos de lo público. Un ejemplo a mano para ilustrarlo son las leyendas que advierten: “A

esta plaza la cuida la EMPRESA y Ud.”. Asimismo no parece casual que, en un capitalismo que hace de la circulación su primer mandamiento, se privaticen las vías de comunicación de mayor caudal (rutas, avenidas, autopistas, transporte). El verdadero elemento de cambio lo constituye una paulatina privatización de la antigua esfera pública (bajo la égida de la eficiencia, seguridad, optimización, etc.) que busca una maximización de ganancias del capital (por ejemplo, a partir de la exención de impuestos). Las transformaciones de las últimas décadas en la relación público/privado dan cuenta de una creciente subsunción de los espacios a la lógica de valorización. El proceso privatizador que muestra su ofensiva a comienzos de los 90, no es otra cosa que la colonización de nuevos espacios bajo la lógica del capital. Lo público, a su vez, adquiere nuevas formas. Las viejas modalidades de lo público son reemplazadas por otras ya no sujetas a las beneficencias del Estado.

Pensar las nuevas formas que adquiere el espacio público por fuera de la lógica estatal, es pensar también por fuera de la lógica de los partidos políticos sistémicos. En este sentido, los acontecimientos del 19/20 de diciembre de 2001 en Argentina son un ejemplo del surgimiento de formas de organización popular que desconocen las jerarquías que organizan la vida política institucional. Esto no significa, por cierto, teñir de romanticismo el análisis coyuntural del 19/20. Desconfiamos de las interpretaciones que ven una situación prerrevolucionaria en aquellas jornadas. Entendemos, en cambio, que marcan un punto de inflexión en la protesta social. En términos de León Rozitchner, los acontecimientos del 19/20 de diciembre significaron la ruptura de la “cadena de terror” impuesta a la población por las prácticas genocidas; en este sentido, creemos puede interpretarse el 19/20 como una reapropiación del espacio público, como una resignificación de los espacios de politicidad.

Es en estas experiencias de resignificación de lo público donde pueden abrirse espacios de aparición. Sin embargo, nuestro interés está puesto en señalar cómo desde el territorio se abren brechas, nuevos espacios de lo político. Las acciones colectivas que surgen en el marco de las organizaciones territoriales, desde las tomas de tierras hasta los movimientos de desocupados, son una referencia obligada para pensar un nuevo espacio público no estatal. De hecho, en uno y otro caso, la base de la organización está sustentada en la democracia asamblearia.³⁵

Las tomas “ilegales” de tierras en el conurbano bonaerense iniciadas en los 80, la búsqueda por constituir “asentamientos” urbanos, se ubican en ese marco. El asentamiento constituye una acción colectiva de los sectores populares para contrarrestar, por un lado, el problema habitacional, pero al mismo tiempo puede pensarse como un proceso de recomposición de un lugar social del cual esos sectores habían sido expropiados. El objetivo por crear un barrio desde donde desarrollar un mundo-de-vida (donde hábitat, estilo de vida e identidad social se asocian) representa a su vez una nueva forma de emergencia de lo público. Es en los barrios que constituyen los asentamientos desde donde los sectores populares buscan recomponer los lazos de integración social de los que fueron desposeídos, el espacio público del que habían sido marginados.

Pero el proceso de tomas de tierras, dado el contexto de pauperización en el que se inscribe, también está atravesado por la resolución inmediata de los problemas acuciantes:

“Era todo la necesidad de hacer las cosas rápidas. No como hace el Movimiento Sin Tierra, que construye núcleos, hace el acampamento y después recién hace el asentamiento. Acá vos tenías algún dato de alguna tierra que estaba en situación conflictiva, te ibas y lo tomabas con dos o tres audaces. Encima dentro de dos o tres audaces había dos o tres punteros que medían los terrenos y te cobraban para la luz que nunca venía, un gran negocio, había unos agrimensores de la toma de tierra. Y eso hacía que la organización fuera muy débil, aunque surgía democráticamente, manzana por manzana, rápidamente era cooptada y porque también creo que había como cierta señal desde los municipios que te daba el guiño para que vos lo hicieras. Los que te daban los datos eran ellos. Y donde no querían que tomaras las tierras, no las tomabas. No es tampoco que era cualquier tierra, había algún dato que te permitía hacer eso. Entonces esa ayuda, digamos, del Estado terminaba siendo cooptada. Y porque no construían núcleos ideológicamente fuertes para sostener un proyecto a largos años (...) Igualmente yo creo que fue un proceso positivo. Miles de compañeros obtuvieron la tierra de esa manera, si no, no la hubieran tenido. Y creo que la conducción de los movimientos de desocupados tuvo mucho que ver con eso, porque precisamente, donde más fuertes son es donde se construyeron en esos asentamientos, esa era la base.”³⁶

Asimismo, a mediados de los 90, primero en el interior del país y luego en el conurbano, se consolida como herramienta de acción

colectiva el “piquete” de rutas que, si bien nace como elemento de interrupción de los flujos de circulación por aquellos que están excluidos del proceso de producción, constituye fundamentalmente un nuevo espacio público donde también aparecen todos aquellos aspectos del mundo-de-vida: se come en la olla popular, se delibera y toman decisiones en la asamblea, se organiza la seguridad, se promueven formas de comunicación y se lucha por reivindicaciones concretas. El piquete condensa todo un trabajo territorial que se desarrolla en los barrios y se expresa como un espacio público desde donde los sectores populares aparecen, se vuelven visibles e interpelan al Estado.

“Sin embargo, la construcción se expresa también en los cortes de ruta, ya que en estos se implementa un ‘control propio del territorio’, a cargo de los piqueteros y las familias que integran el Movimiento. Así, en los piquetes se llevan a cabo ollas populares, se realizan actividades temáticas y de formación popular, se disponen unidades de primeros auxilios, etcétera. En suma, se traslada, por así decir, el barrio a la ruta. Es la construcción diaria, entonces, la que se materializa en el momento del piquete, que expresa un caso particular, y no la totalidad de la lucha” (MTD Alte. Brown, 2002).

La acción que produce el piquete fija un nuevo umbral en el planteo de los conflictos sociales insertándolos en la dimensión de la vida material. Su modalidad interpela a la realidad desde una nueva perspectiva. De esta manera la acción política que organiza nuevos espacios públicos parte desde el territorio y desde allí interroga a los sujetos. No son quienes tienen resuelto el ámbito de las necesidades quienes toman las decisiones, sino que es la urgencia la que los mueve. Son los propios sectores expropiados quienes necesitan consumir nuevas formas de lo público a partir de las cuales entablar la acción política.

Notas

33- Es cierto que a partir de las relaciones capitalistas de producción, esta distinción cobra un nuevo sentido en tanto debe diferenciarse el trabajo que crea *valores de uso* y se determina cualitativamente [work], del trabajo que crea *valor*

y sólo se mide cuantitativamente [labour]. Véase Marx, Karl, *El Capital*, Tomo I, cap. I.

34- Hagamos notar en esta parte que <necesidad> y <libertad> mantienen una relación dialéctica. En la superación de esta contradicción adoptamos entonces una noción de libertad en términos sartreanos que escapa a un estado ideal, monolítico, una instancia que se alcanza de una vez para siempre, entendiéndola más bien como el propio camino de su búsqueda.

35- Sobre el modelo territorial implementado en los asentamientos, Denis Merklen (1991) diferencia tres estructuras básicas de marcada continuidad con la experiencia sindical: comisión directiva, cuerpo de delegados y comisiones especiales, todas ellas sustentadas en las “asambleas” por manzana. Asimismo, sobre las premisas de las organizaciones autónomas de desocupados, en un anterior trabajo (Stratta y Barrera, 2003) se señalan: la democracia de base, la horizontalidad y la autonomía.

36- Entrevista realizada en enero de 2005 a militante del Movimiento de Trabajadores Desocupados de (MTD) La Matanza. En la actualidad, uno de los principales referentes del MTD, Héctor “Toty” Flores, es diputado nacional por la Coalición Cívica.

Capítulo V

Itinerario del conflicto

Si el hombre es capaz de acción,
cabe esperar de él lo inesperado.

Hannah Arendt

Hay un fenómeno que se desarrolló en los últimos años y puede brindarnos algunas claves para analizar lo dicho hasta aquí. Para dar cuenta del mismo debemos mirar a través de la historia el proceso de transformación de la protesta social en nuestro territorio.

La genealogía de la constitución y el despliegue de las formas capitalistas de producción en nuestro país no es, ni nunca fue, ajeno a ciclos de intensa protesta y agitación político-social protagonizados por las clases subalternas. Sin embargo, la dinámica y el devenir del conflicto social lejos de adquirir un desarrollo lineal y uniforme ha ido metamorfoseándose a través del paso del tiempo. La pretensión de este apartado es dar cuenta de esas transformaciones en el período que se extiende desde la formación del Estado nacional hasta nuestros días. Para ello analizaremos de un modo diacrónico quiénes han sido y son los actores centrales de la protesta, sus repertorios de confrontación³⁷, los elementos que accionaron la protesta popular y la acción colectiva, y por último el carácter de sus reivindicaciones (Suriano y Lobato, 2003).

Desde mediados del siglo XIX nuestro país se transformó de tal modo que pasó a convertirse en una nación capitalista cuya base

económica se articulaba sobre la producción de bienes primarios para la exportación al continente europeo. La Argentina se insertaba en la división internacional del trabajo como exportador de materias primas (fundamentalmente carnes y cereales) e importador de productos manufacturados. Pero el proceso de desarrollo económico estuvo acompañado paralelamente por el desarrollo de la expansión y penetración de la administración política central por sobre la suma de los territorios provinciales, lo cual finalizó en la consolidación de la constitución del Estado Nacional en la década del ochenta del siglo XIX. Al calor de la extensión de la economía capitalista, y con ella el despliegue de las relaciones salariales, va consolidándose en nuestro país un movimiento obrero que, desde sus comienzos, mostró altos niveles de confrontación y organización. Facilitó tal cosa la experiencia de tradiciones y luchas que portaban las decenas de miles de trabajadores extranjeros que provenían de diversas regiones Europeas (fundamentalmente de Italia y España, pero también de Alemania, Francia, Polonia, etc.), que llegaban a nuestro país alentados por dos razones: por un lado la crisis económica que azotaba en esos años a Europa, y por otro, las políticas estatales impulsadas por los diversos gobiernos locales de aquella época que promocionaban y fomentaban la llegada de la inmigración europea (Suriano y Lobato, 2003).

El movimiento de los trabajadores albergaba en su seno fundamentalmente expresiones ideológicas de tradición anarquista y socialista, a las que luego se agregarían sindicalistas revolucionarios (1905) y comunistas (1918). Estas tendencias dotaron a los trabajadores de un perfil ideológico y político que apuntaba a la defensa y consolidación de sus intereses como clase. Frente al avance en solidaridad, organización y conciencia de clase de los estratos subalternos, los sectores dominantes reaccionaron sancionando leyes con el fin de controlar y diezmar su integración y sus estructuras organizativas (pensemos en la Ley de Residencia de 1902 o la Ley de Defensa Social de 1910). Paralelamente, para tal fin también recurrieron a la represión directa, como lo atestiguan los acontecimientos ocurridos en los Talleres Metalúrgicos Vasena de Parque de los Patricios en la denominada Semana Trágica en 1919 o lo acontecido en la Patagonia con los peones rurales masacrados por las huestes del coronel radical Héctor Benigno Varela en el año 1921.

En este período un segmento de la protesta social tenía como causa

fundamental las pésimas condiciones de trabajo, entre ellas se encontraban el hacinamiento, la extensión de la jornada laboral (que en muchos casos era de once horas y más), la ausencia del descanso dominical, los bajos salarios, la gran cantidad de accidentes de trabajo, etc. En este plano, la protesta de los trabajadores perseguía como objetivo revertir esa situación al lograr una mejora sustancial en sus condiciones laborales. Sin embargo, hay que remarcar que la protesta no se ceñía a una dimensión reivindicativa, sino que tenía como horizonte la emancipación político-social. En los populares y populosos mítines anarquistas y manifestaciones obreras los discursos encendidos de los oradores inscriptos en las distintas vertientes políticas emancipatorias, más allá de sus divergencias en lo referente al modo de lograrlo, abogaban por la necesidad imperiosa del cambio social radical.

El reciente proletariado fue delineando distintas y novedosas formas de protesta y repertorios de confrontación, tales como las huelgas, el boicot, los sabotajes, el abandono de las tareas, las manifestaciones callejeras, los actos en las plazas públicas. Todas estas modalidades sirvieron para ejercer presión sobre los empresarios y las autoridades estatales, tanto para mejorar sus condiciones laborales como así también para exigir derechos vinculados a sus intereses de clase, como por ejemplo el derecho a la organización y su reconocimiento institucional. Las clases subalternas crearon una red de instituciones obreras de autodefensa y de lucha como las sociedades mutuales, gremiales, cooperativas, como así también nuevos espacios de sociabilidad alternativos a los dominantes. Nos referimos a los sindicatos, las asociaciones, los mítines, espacios colectivos de recreación, los círculos culturales, las bibliotecas populares. En ellos se recreaba un abanico de experiencias asociativas, prácticas y construcciones culturales autónomas que apuntaban a consolidar los cimientos sobre los que se edificaba la identidad de clase. Un tejido compuesto por relaciones sociales que a un mismo tiempo permitió consolidar colectivamente una identidad compartida y consiguientemente identificar los intereses de clase, pero también al sujeto antagónico (la burguesía). Este tejido asociativo devino terreno fértil para la emergencia y apuntalamiento de diversas organizaciones de clase.

Bajo ese período la huelga fue la herramienta de lucha más utilizada por los trabajadores y sus organizaciones, pero por cierto no

fue la única. Sin embargo, mientras el trabajo y la producción fueron componentes principales del desarrollo de la economía, la huelga fue la herramienta fundamental en la protesta de la clase obrera “y se convirtió en la característica saliente de la protesta popular durante todo el siglo XX, aunque en las últimas dos décadas su peso ha declinado sensiblemente a causa de la notable desestructuración y reconversión del aparato productivo” (Suriano y Lobato, 2003: 38). Las formas de lucha expresan también un tipo de organización concreta en los distintos momentos históricos. Existe una íntima relación entre las formas que adopta la protesta y el desarrollo de las fuerzas productivas, como así también de la capacidad subjetiva que los actores sociales desarrollan en lucha como proceso de aprendizaje. Es decir que las formas que asumen la protesta y la acción colectiva van cambiando de acuerdo a la experiencia acumulada y a las condiciones materiales en que se produce y despliega el conflicto.

En los años de la década infame (1930-1943), la crisis económica mundial, la profundización del proceso de industrialización y, sumado a ello, una mayor intervención estatal contribuyeron a modelar la protesta social. En esta dirección, es de destacar que se produjo una institucionalización del conflicto a través de la canalización de la protesta por medio de la negociación con los sindicatos más proclives al diálogo (como la CGT, fundada en 1930). En esos años la desocupación se mantenía en un registro alto (como efecto de la crisis internacional del 29), lo cual operó como un obstáculo para las acciones colectivas de protesta, los indicadores registran una tendencia decreciente de la movilización. Sin embargo, el sector de los desocupados lejos estuvo de mantenerse ajeno al conflicto social, “[las] protestas de desocupados fueron frecuentes en la zona aledaña al puerto de Buenos Aires y en la provincia de Buenos Aires se conformó una coordinadora de desocupados. La desocupación impulsó la organización de ollas populares con el doble sentido de mitigar el hambre y protestar por la falta de trabajo” (Suriano y Lobato, 2003: 65). Sin embargo, a medida que la crisis se veía superada, la desocupación como motor de la protesta fue desapareciendo (y junto con ella el nuevo actor social que contenía); consecuentemente, el mundo del trabajo continuó siendo el espacio central desde el cual se manifestaban las contradicciones sociales que alimentaban las huelgas y demás acciones de lucha.

Los años transcurridos desde el primero al último derrocamiento del peronismo (1955-1976) fueron cruzados por una infinidad de conflictos sociales. Junto con la difusión de la protesta se ampliaron los repertorios de confrontación³⁸, se practicaron formas de protesta hasta ese entonces menos utilizadas, como las ocupaciones fabriles, las marchas de hambre y métodos de acción directa como el sabotaje y los atentados. La radicalización que implicaba la utilización de la violencia en los métodos de protesta se vinculaba centralmente con el carácter ilegítimo y represivo de la mayoría de los gobiernos de esos años. El mosaico de la protesta se complejizó, los trabajadores establecieron alianzas con otros actores sociales, como los estudiantes universitarios, pero también surgieron del seno de la organización fabril nuevas formas y tendencias de lucha, como el clasismo sindical, las organizaciones armadas revolucionarias, etc. Fruto de la amalgama de experiencias sociales y políticas que protagonizó en esos años el campo popular se produce en mayo del año 1969 el Cordobazo, insurrección popular protagonizada por obreros industriales sindicalizados junto con estudiantes universitarios. El Cordobazo actuó como catalizador y condensador de un proceso de alianzas y luchas previas, pero también, dado que ilustró a las clases subalternas acerca de su poder de confrontación, operó como un potenciador para el desarrollo y radicalización de las luchas ulteriores.

Es importante destacar que en el marco de un patrón de acumulación del capital sustentado en la producción industrial, el conflicto capital-trabajo junto con las estrategias de protesta (tales como la huelga, la interrupción del trabajo, el abandono de las actividades) se despliegan fundamentalmente en el propio ámbito donde se producen las mercancías, es decir, el ámbito fabril.

El golpe militar de 1976 modificó sustancialmente el patrón de acumulación. Destruyó la tradición de intervención estatal que se había forjado a lo largo del siglo XX e impulsó un mercado de capitales a corto plazo y con movilidad sin trabas en las divisas, girando el patrón de acumulación en torno al sector financiero. Una consecuencia central de la política económica “fue la disminución notable del nivel de actividad de los sectores automotor, metalúrgico, siderúrgico y textil, y el achicamiento de los niveles de producción de otros, con la sensible reducción del personal ocupado y el cierre de numerosas fábricas” (Suriano y Lobato, 2003: 117), datos

que, para el conurbano bonaerense, pueden consultarse en el **Cuadro C.1 y C.2** en Apéndice.

Las medidas económicas, políticas y sociales adoptadas durante la última dictadura produjeron cambios importantes en el mundo del trabajo, vinculados al descenso de la mano de obra industrial y una abierta represión al interior de las fábricas. Este es el período en que comienzan a aparecer de manera incipiente formas de protesta más ligadas a una matriz comunitaria, como los “vecinazos”³⁹ o las ollas populares, formas ilustrativas de una territorialización de la protesta. Fruto de este proceso son las acciones colectivas producidas en el cordón suburbano de Buenos Aires a comienzos de la década del ochenta, las cuales se cristalizaron en diversas tomas de tierras, como los barrios El Tala y 2 de Abril en la zona sur, o la cooperativa El Tambo en zona oeste. Tal como afirma Denis Merklen (2002), “nosotros en lugar de adscribir y aferrarnos a lo novedoso de este movimiento preferimos observar la continuidad en la que aquel se inscribe. En efecto, las formas que se utilizan hoy en los cortes de ruta, son las mismas que observamos después de veinte años de movilizaciones en el seno de los barrios en respuesta a la crisis social”.

El período menemista (1989-1999) continuó y completó el proceso de desindustrialización, y de apertura indiscriminada de la economía, al que sumó un plan de privatizaciones devastador. De allí que los gremios estatales (docentes, administración pública, telefónicos, ferroviarios, etc.) devinieran protagonistas de las luchas de resistencia frente a este proceso.

La tasa de desocupación abierta urbana trepó al 13,8 % en 1999, pero la suma de trabajadores desocupados y subocupados ha oscilado desde fines de 1994 en torno al 30% (ver **Cuadro D** en Apéndice). A fines de la década del noventa, “emergieron otros repertorios de confrontación, vinculados al fenómeno de la desocupación en un contexto de fragmentación de los actores sociales y de multiplicación de las demandas sectoriales por la continua aplicación de las políticas neoliberales: los cortes de ruta y el movimiento piquetero” (Suriano y Lobato, 2003:144).

Pese a que en los últimos años la protesta de los trabajadores desocupados abarcó gran parte de la escena del conflicto social, conviene no perder de vista la continuidad que existe con modalidades previas de lucha: “la dicotomía huelga (de trabajadores), cortes de

ruta (de desempleados) nos puede hacer perder de vista el encadenamiento de las emergentes formas de protesta durante los 90 con otras predominantes durante los 80” (Auyero, 2002: 193). Si bien cortes y paros, campamentos y huelgas conviven y se potencian, es importante destacar que el “piquete”, aunque otrora fuera utilizado como método de lucha, se erige en la actualidad como la herramienta paradigmática de un nuevo repertorio de protesta.⁴⁰ El mismo tiene como protagonistas a esa enorme masa de trabajadores que el modelo no necesita (expulsados sin más de la estructura productiva) que se focalizan en el corte de rutas o de los accesos a las grandes ciudades, es decir, en interrumpir la comunicación, en detener la circulación (en un sentido amplio) en un mundo que desearía prescindir de ellos, borrar esa mala imagen que estorba el mapa feliz de la globalización. Si durante el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, que se extiende desde la década del 30 hasta mediados de los 70, el conflicto transcurre fundamentalmente dentro de los marcos de la fábrica, con el advenimiento de profundos cambios en el mundo del trabajo, el aumento significativo del desempleo y el subempleo, y la expropiación de cuantiosos derechos laborales y sociales las condiciones de reproducción de los sectores populares se deterioran, el eje del conflicto se expande a otros espacios de lo social. Es aquí donde cobra sentido la frase de la CTA “la nueva fábrica es el barrio”, es a partir de los cambios mencionados que pensamos que el conflicto se amplía, con más intensidad y relevancia que en otras épocas, al territorio.

Lo que caracteriza a este proceso es una territorialización de la protesta, es decir, el eje de la confrontación excede el espacio del trabajo productivo y coexiste en los lugares y espacios de vida cotidianos “extra-productivos”. Se diversifican los espacios de conflicto: la fábrica, el barrio, la ruta. “Antes, en un contexto en el cual la vida misma de los trabajadores giraba en torno a la producción, la fábrica era el locus privilegiado para la lucha de clases (...) Con la dislocación de este locus (...) la fábrica dejó de ser un determinante y el barrio dejó de ser un lugar subordinado al orden que le imponía la primera (...) La desconexión entre la fábrica y el barrio hace que éste ya no cuente como “soporte”. El barrio es algo cualitativamente diferente a lo que era. Ha adquirido centralidad. Expresa de modo distinto (a la fábrica) los antagonismos de clase. El barrio, (o el territorio) a diferencia de la fábrica se convierte en espacio público”

(Mazzeo, 2004: 102-3). Al cambiar las condiciones materiales y el espacio en donde se desarrollan los actores colectivos, cambia también el centro del conflicto y las modalidades de protesta. Nos interesa particularmente trabajar este aspecto de la territorialización de la protesta para dar cuenta de las transformaciones que se produjeron y las nuevas formas de sociabilidad que surgen. Creemos, con Raúl Zibechi, que en el nuevo ciclo de protestas iniciado a mediados de los 90 predominan las formas de acción colectiva autoafirmativas donde los sujetos ponen el cuerpo. En tal sentido, cabe señalar la importancia que re-cobraron en las últimas décadas expresiones populares como la murga, donde se conjugan la centralidad del cuerpo y la identidad barrial, elementos fundamentales del nuevo repertorio de protesta. El resurgir de estas expresiones populares se inscribe en el proceso de territorialización de la protesta. El dominio y el uso del cuerpo de un modo libre, contrapuesto al movimiento rígido y mercantilizado deseado por los sectores dominantes es una forma de resistencia a la dominación. En la necesidad de salir del ocultamiento al que son relegados, los piqueteros ensayan una forma nueva de apropiación del espacio en donde se pone en juego el cuerpo (Zibechi, 2003: 56). El “piquete”, por lo tanto, como espacio de aparición de esos muchos, se configura durante la década del 90 como paradigma en la emergencia de nuevos espacios públicos.

En la masiva insurrección popular que se produjo el 19 y 20 de diciembre de 2001 cobra visibilidad un largo proceso de transformaciones que asume la protesta social en la actualidad.⁴¹ En aquellos acontecimientos se observó la reapropiación del espacio público por parte de diversos actores colectivos, quienes utilizaron el piquete y las barricadas como los repertorios centrales de protesta, en los cuales el uso comprometido del cuerpo es nodal. Sin duda, en la insurrección popular convergieron buena parte de las experiencias acumuladas por las clases subalternas durante las últimas décadas; en las mismas conviven, de un modo en que se potencian, elementos residuales de la lucha obrera más “tradicional” con los nuevos repertorios de protesta. La protesta, el movimiento social, quiebran la rutina, establecen una ruptura de las relaciones habituales y generan la necesidad de experimentar nuevas formas de relación (Schuster, 2004). Esto es lo que Alberto Melucci llama laboratorio de vida. El movimiento social es al mismo

tiempo una construcción orientada a demandas y un laboratorio de vida; es decir, una experiencia en la cual se experimentan formas novedosas de interacción social, nuevos esquemas de creación, percepción y reproducción de códigos y símbolos no tradicionales.

Ahora, cabe en esta parte preguntarnos qué elementos se ponen en juego para llevar adelante una acción colectiva. En busca de una respuesta podemos seguir a Sidney Tarrow, para quien son los cambios de las “estructuras de oportunidades políticas” los incentivos para la acción colectiva, en tanto que “la magnitud y duración de las mismas depende de la movilización de la gente a través de las redes sociales y en torno a símbolos identificables extraídos de marcos culturales de significado” (Tarrow, 1997: 25). Para el autor, el “principal factor de activación” de la acción colectiva es un elemento externo, la “estructura de oportunidades políticas” en que se desarrollan, es decir el “entorno político, que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente” (Tarrow, 1997: 49). Estas estructuras promueven la formación de movimientos que despliegan determinado “repertorio de acciones”. En efecto, a mediados de los 90, como respuesta a las transformaciones estructurales fruto de la aplicación, siempre ortodoxa, de políticas neoliberales, entra en juego un nuevo repertorio de acciones –corte de rutas, olla popular, abrazo simbólico, escrache, piquete– que abre un “ciclo de protestas” donde nuevos y viejos actores protagonizan acciones colectivas.

Desde una posición constructivista⁴², James Jaspers considera, sin embargo, que no hay recursos ni estructuras de oportunidades de forma “objetiva”, pura, sino que siempre son leídas por los actores a través de la cultura. En este sentido, Alberto Melucci sostiene que “los factores circunstanciales pueden influir en la estructura de oportunidades y en sus variaciones, pero la forma en que estas oportunidades son percibidas y usadas depende del acceso diferencial de los individuos a los *recursos de identidad*” (Melucci, 1994: 174, *italica nuestra*). Esto parece corroborarse, en Argentina, con la resignificación de la condición de desocupado por parte de los trabajadores hacia 1996, en donde “la acción colectiva produjo una importante transformación en los criterios de identificación, a partir de la recreación de un nuevo polo identitario en torno a la categoría de ‘piquetero’” (Svampa y Pereyra, 2003: 134).

Es por esto que creemos indispensable vincular las transformaciones estructurales iniciadas hace tres décadas, con los cambios

producidos en la cultura de las clases subalternas. Ambos aspectos son inescindibles para estudiar la acción colectiva en que se involucran los actores sociales. Como sugiere Eduard P. Thompson al estudiar los “motines de subsistencia” en Inglaterra, no es posible comprender estos procesos de lucha apelando sólo al deterioro económico en las condiciones de vida de los sectores populares. El empobrecimiento de la población no es suficiente para explicar los procesos de acción colectiva porque eso nada nos dice acerca de cómo su conducta es modificada “por la costumbre, la cultura y la razón” (Thompson, 2000: 215).

Ahí donde los análisis economicistas sólo ven conductas de reacción violenta frente al aumento de la pauperización, Thompson observa que la respuesta de los sectores en lucha no es mecánica ni natural, sino racional, y tiene lugar “no (...) entre las personas desamparadas o sin esperanza, sino entre los grupos que se percatan de que tienen un poco de poder para ayudarse a sí mismos”. El motín, entonces, es “una compleja pauta de comportamiento colectivo, una alternativa colectiva a las estrategias de supervivencia individualistas y familiares” (Thompson, 2000: 300-302).

Por esto mismo, la organización de los trabajadores desocupados en nuestro país no se explica por el aumento en los índices de desempleo. En este sentido es pertinente el aporte de Raúl Zibechi cuando afirma que, en la década del 90 en Argentina, “a los cambios estructurales se sumaron cambios culturales que habilitaron nuevos comportamientos, nuevas actitudes que son las que dan forma a un movimiento naciente. Los agravios, las humillaciones y las injusticias, por sí solos, no producen movimiento, son insuficientes para que un sector social se ponga en movimiento; para eso es necesario que los sectores populares consigan *elaborar una visión* de esos cambios que le permita intuir cómo deben actuar para enfrentar esos cambios” (Zibechi, 2003: 121, *itálicas nuestra*).

Como bien señala el historiador inglés, analizar qué elementos se ponen en juego para llevar adelante una acción colectiva, cobra sentido si se comprende que es en el *proceso de lucha* donde los actores sociales ganan conciencia:

“...la gente se encuentra en una sociedad estructurada en modos determinados (...), experimenta la explotación (...), identifica puntos de interés antagónicos, comienza a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubre como clase, y llega a conocer este des-

cubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso histórico” (Thompson, 1989: 36-37).

Durante los últimos años, Latinoamérica⁴³ vivió el surgimiento de nuevos conflictos, de larga incubación, centrados en el territorio. Desde el MST en Brasil, pasando por los movimientos indígenas en Ecuador y Bolivia, con el zapatismo en el sureste mexicano hasta llegar al movimiento piquetero en la Argentina. Como afirman Svampa y Pereyra, éste último reconoce dos afluentes fundamentales: “por un lado, reenvía a las *acciones disruptivas*, evanescentes y por momentos unificadoras, de los piquetes y puebladas en el interior, resultado de una nueva experiencia social comunitaria vinculada al colapso de las economías regionales y a la privatización acelerada de las empresas del Estado realizada en los 90; por otro lado, remite a la *acción territorial* y organizativa gestada en el conurbano bonaerense y ligada a las lentas y profundas transformaciones del mundo popular, producto de un proceso de desindustrialización y empobrecimiento creciente (...) que arrancó en los 70” (Svampa y Pereyra, 2003: 17, *itálicas nuestras*). Es necesario advertir que estos afluentes, la ruta y el barrio, se conjugan, son inseparables y constituyen un acervo de experiencias del que se vale el movimiento. Asimismo, es el emergente de un largo proceso, iniciado con las tomas de tierra de los 80 en el conurbano bonaerense, de reorganización de las clases subalternas caracterizadas en “la expresión de una nueva territorialidad, manifiesta en el espacio urbano y geográfico” (Zibechi, 2003: 164).

A partir del proceso de desindustrialización se desarticula toda una fuerte identidad obrera con una larga tradición de luchas. La aparición del movimiento piquetero ocurre allí donde los cambios estructurales económicos, pero también culturales se sienten con mayor impacto. No resulta contingente que sea fundamentalmente en Salta y Neuquén –regiones donde se produjo el desmantelamiento de una de las empresas estatales más relevantes como Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF)– y la zona sur del conurbano bonaerense –un literal cementerio de fábricas– los lugares geográficos en donde surgen las experiencias más significativas de organización de los trabajadores desocupados.

Notas

37- El concepto de “repertorio de confrontación” fue elaborado por el historiador norteamericano Charles Tilly, quien lo entiende cómo un conjunto de rutinas beligerantes que son aprendidas, compartidas y ejercitadas mediante un proceso de selección deliberado, pero que también son influenciadas por los procesos macrosociales. El modelo de análisis propuesto por este autor tiene la virtud de incluir en un mismo esquema conceptual tanto las macro-estructuras como los micro-procesos, lo cual permite indagar de modo simultáneo y dialéctico los distintos niveles que conforman todo proceso de acción colectiva.

38- Es de destacar el alto grado de “imagería popular” y el inédito proceso de protesta espontánea que protagonizaron las bases sociales en el período de la resistencia peronista.

39- Ver, por ejemplo, Iñigo Carrera, N., Cotarelo, M., Fernández, F. y Tarditi, R., *De la protesta vecinal al “motín” popular, Lanús 1982, CICSO, Buenos Aires, 1992.*

40- Para una crónica “desde adentro” del proceso de conformación de las organizaciones de trabajadores desocupados, fundamentalmente del sur del conurbano bonaerense, ver Mariano Pacheco, *Del piquete al movimiento. Parte 1: De los orígenes al 20 de diciembre de 2001*, cuadernos de la FISYP n° 11.

41- Sobre este proceso de visibilidad resulta sintomática la consolidación y, en algunos casos, el surgimiento de una buena cantidad de colectivos de documentalistas al calor de los acontecimientos del 19/20 de diciembre, como por ejemplo la Asociación de Documentalistas de la Argentina, Ojo Obrero, Contraimagen, Cine Insurgente, Boedo Films o Alavío. La necesidad de “mostrar” todo un proceso de luchas que se venía incubando en los sectores populares parece haber encontrado respuesta en estas experiencias.

42- El esfuerzo de los constructivistas radica en no separar la “estructura” del “sujeto”. Esto se emparenta con el concepto de “dualidad de estructura” de A. Giddens por el que explicaba que “una estructura es producida *por* el obrar humano, y al mismo tiempo es el *medio* mismo de esta constitución” (Giddens, 1997: 150, *italicas en el original*). Desde esta posición puede comprenderse a los sujetos como productores de significados que crean todo aquello que conocen, puesto que son constructores de los marcos interpretativos a través de los cuales filtran la experiencia.

43- Al decir de Perry Anderson, el continente latinoamericano es uno de los focos de resistencia decisivos para enfrentar la nueva hegemonía mundial, pues conluga aspectos culturales, pero también sociales y nacionales en lo que constituye un nuevo tipo de organización de la sociedad (Anderson, 2003).

Capítulo VI

Defender la ciudad

El urbanismo es la realización moderna de la tarea ininterrumpida que salvaguarda el poder de clase: el mantenimiento de la atomización de los trabajadores que las condiciones urbanas de producción habían reagrupado peligrosamente.

Guy Debord

Puede servir a nuestro análisis efectuar una mirada sobre los cambios demográficos que se sucedieron en las últimas décadas en torno al AMBA (Área Metropolitana de Buenos Aires), en especial el proceso de crecimiento y migración interna de población, para enseguida detenernos en la distribución de los cuerpos, observar sus contornos y aglomeraciones que nos permitan analizar la lógica a que responde esa distribución.

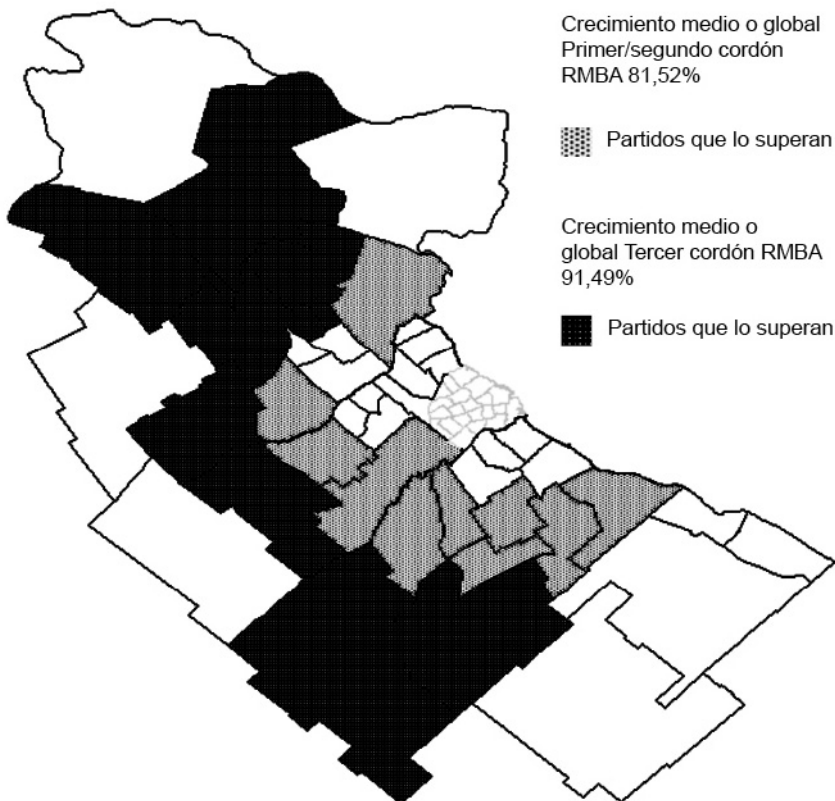
A partir de la última dictadura se inicia un proceso de desplazamiento (expulsión) de los sectores populares del centro urbano e industrializado hacia la periferia de la ciudad. Como bien señala Oscar Oszlak, el gobierno militar tenía por fin “modificar profundamente el patrón de estructuración urbana” (Oszlak, 1991: 72). Esta reorganización del espacio en la ciudad se realizaría a través de la instrumentalización de un conjunto articulado de mecanismos jurídicos y políticos aplicados en diversa escala.⁴⁴

A nivel *municipal* (ciudad de Buenos Aires) mediante la promulgación del Código de Ordenamiento; la ley de Locaciones Urbanas

sancionada en junio de 1976 que provoca la liberalización general de los alquileres; la erradicación compulsiva de Villas de Emergencia por ordenanza municipal del año 1977; y la expropiación de viviendas para construcción de obra pública (por ejemplo, autopista 25 de Mayo).

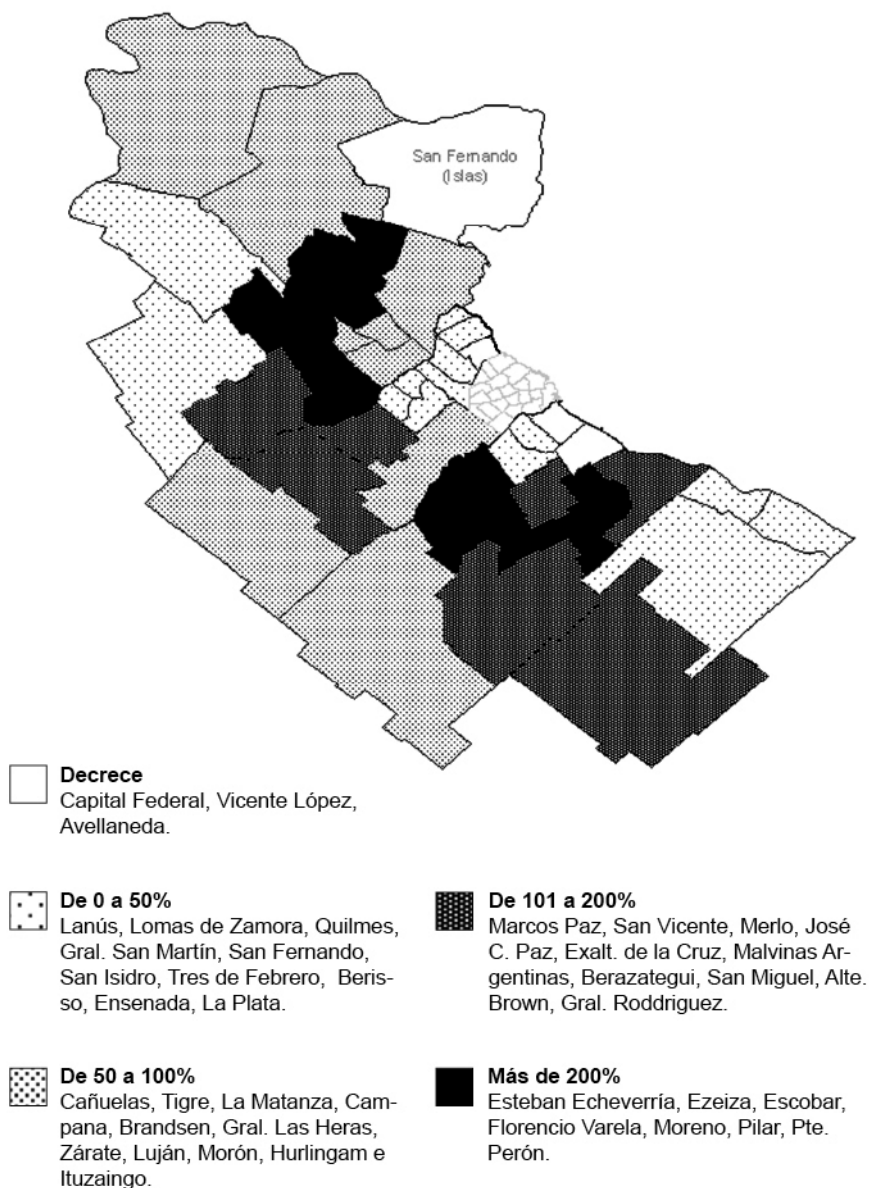
A nivel *provincial* (conurbano) con la suspensión de loteos en el año 1976; la sanción de la ley 8912 de Ordenamiento Territorial que reguló la producción de loteos obligando a la producción de infraestructura y, consecuentemente, encareciendo el costo de las urbanizaciones; y las políticas de relocalización industrial a través del régimen de promociones en el interior del país. “La adopción de estas políticas, puso crudamente de manifiesto la vigencia, a nivel de las distintas instancias de decisión del estado, de una nueva concepción sobre la jerarquía del espacio urbano, la función de la ciudad y el lugar que debían ocupar en ella los sectores populares” (Ibid: 29).

Las consecuencias demográficas de este proceso pueden observarse en el **Mapa 1**, en donde, tomando el período de 1970-2001 según datos censales, se establecen los partidos que superan la *media* o promedio de crecimiento poblacional del primer/segundo cordón del conurbano, como así también los partidos del tercer cordón⁴⁵ que superan la media de crecimiento. El gráfico destaca a simple vista cómo el crecimiento de la población tiene una dirección “hacia fuera” orientada desde el centro hacia el segundo y tercer cordón, conformando un anillo alejado de la Capital Federal y sus límites. Siguiendo los **Cuadros B.1** y **B.2** (en Apéndice) puede notarse en cifras el decrecimiento de población de algunos partidos (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Avellaneda, Vicente López), o bien el estancamiento de otros con un crecimiento muy por debajo de la media para el período (Gral. San Martín, Lanús, San Fernando, San Isidro, Tres de Febrero), en el área que se extiende del centro al primer cordón.

MAPA 1 - PROGRESIÓN POBLACIONAL EN LA RMBA. AÑOS 1970/2001

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Censo Nacional de Población y Vivienda 1970, 1980, 1991 y 2001. Ver Cuadro A en apéndice.

MAPA 2 - AUMENTO DE LA POBLACIÓN EN LA RMBA, SEGÚN PORCENTAJES. AÑOS 1970/2001



Al mismo tiempo se acentúa un acelerado incremento de la población en el segundo y tercer cordón; la ilustración de estos datos puede verse en el **Mapa 2**, donde se destacan los partidos de Florencio Varela, Moreno, Esteban Echeverría, Pilar, Escobar, con el mayor aumento poblacional del período 1970-2001, superior al 200%, y los partidos de Berazategui, Alte. Brown, Pte. Perón, San Vicente, Merlo, Gral. Rodríguez y Marcos Paz, con un crecimiento superior al 100%.⁴⁶

De esta manera se puede observar una imagen que trasluce geográficamente este proceso de desplazamiento espacial de población hacia la periferia, y más precisamente de expulsión de sectores populares del área de mayor valorización territorial. Nada responde por cierto a migraciones y/o desplazamientos naturales, sino a todo un conjunto de políticas, normas y decisiones sancionadas y operativizadas por el Estado en dirección a una política impuesta para el área a partir de mediado de los años 70, que tiene como uno de sus fines crear sectores de exclusividad en los centros urbanos, desechando grandes contingentes de población que quedan por fuera de esa esfera. La migración hacia los márgenes de la ciudad de sectores medios y altos de la población explica (no en su totalidad, pero sí parcialmente) el aumento censal en algunos partidos de la zona norte del conurbano. Este proceso de “gentrificación”, es decir, de recambio de la población de un área mediante la introducción de grupos sociales portadores de mayor capital económico (atraídos por inversiones inmobiliarias o urbanas), es lo que caracteriza a las nuevas ciudades de los márgenes, relacionadas principalmente con la vida en barrios privados (countries)⁴⁷.

Pero, fundamentalmente, el proceso que nos encontramos analizando responde a una estrategia de desestructuración de relaciones sociales de los sectores populares, quienes son desalojados-rearticulados, perdiendo de ese modo relaciones sociales construidas a lo largo del tiempo (personales, laborales, sindicales, familiares, políticas, de educación, vivienda, salud, etc.). En este sentido seguimos el análisis de Izaguirre y Aristizábal (1988), en tanto comprendemos que “el desalojo o desposesión de un territorio refiere a la destrucción de relaciones sociales existentes, lo que a su vez implica violencia, coacción sobre los desposeídos” (p.32). Esta estrategia de desarticulación del campo popular busca romper todo lazo que pueda convertirse en resistencia de estos sectores al nuevo ré-

gimen hegemónico, imposibilitar la construcción de una fuerza social antagónica capaz de cuestionar la hegemonía burguesa en su conjunto, constituyendo lo que las autoras denominan un “proceso expropiatorio de relaciones sociales”.

En este marco, podemos apuntar el paralelismo que encontramos en el proceso de ocupaciones de tierra iniciado con los Asentamientos -a partir de 1981 en Quilmes y 1986 en La Matanza-, y, por otro lado, el Movimiento de Villas y Barrios de Emergencia de Capital Federal (MVBC) de 1987.

Puede señalarse como dato sintomático de este proceso el hecho de que la secuencia de tomas de tierra iniciada en los 80 en los partidos de Quilmes y La Matanza, se establecen en el límite o bien por fuera de esa división, real e imaginaria, que puede trazarse a partir del corredor semicircular que constituyen el “cinturón ecológico” junto a la “Autopista del Buen Aire”, verdadero dispositivo producto de una efectiva función estratégica llevado a cabo durante el período de gobierno militar, que demarca un límite social dividiendo el conurbano en dos partes con características que se irán acentuando en las décadas siguientes. En tal sentido, vale recordar, con Zygmunt Bauman (2001), que toda sociedad establece de acuerdo a sus necesidades lo que constituyen verdaderas “herramientas sanitarias”, como lo son las fronteras del delito. La criminalización de la pobreza no genera culpas en una sociedad de consumidores, porque el pobre, el marginado, quien no tiene recursos para el consumo, no forma parte de esa sociedad, está por fuera de los muros que la protegen y resulta así sencillo despreciarlo, expulsarlo y, si es necesario, extirparlo. Las clases marginadas se convierten frecuentemente en el basural donde se arrojan los demonios que acosan al alma atormentada del consumidor de los estratos medios y altos.

El complejo dispositivo de expulsión de los sectores populares se articula en torno a profundas modificaciones: “el traslado de los cuerpos, su redistribución y la reestructuración física del espacio, son parte de un proceso prolongado y estratégico, que intenta imponer territorialidades sociales diferentes a uno y otro lado del arco semicircular mencionado. Inmediatamente habría que advertir que esas territorialidades sociales, por formar parte de un mismo proceso de desarrollo, del mismo movimiento estratégico, si bien son diferentes, son parte de una misma cosa” (Bermúdez, 1985: 13).

Resulta interesante el análisis de Eduardo Bermúdez en tanto no sólo aborda los efectos negativos del poder, esto es, impedir u obstaculizar la realización de determinadas acciones, segregar, reprimir y expulsar a vastos sectores de la población, neutralizar la sociedad a través del terror impuesto por el genocidio, sino que simultáneamente a estos procesos inhibitorios da cuenta de los aspectos constructivos del poder que implicaron impulsar e internalizar en los sujetos (individuales y colectivos) nuevos comportamientos, acciones, formas productivas, es decir, nuevas relaciones sociales congruentes con el proyecto hegemónico que se buscaba instaurar. “Los procesos que significaron el genocidio, la expulsión y la redistribución de la población en el Gran Buenos Aires, también fueron acompañados de su proceso contrario: la construcción de una nueva territorialidad social, que incluye, por supuesto, la complicidad con el genocidio, la neutralización por el miedo, la corrupción, la delación, etc.” (Ibid: 21). Es necesario remarcar en este punto que las transformaciones económicas y demográficas que venimos señalando -en lo que constituye un fuerte proceso de “desciudadanización” que implica la pérdida de conquistas sociales establecidas- cobran sentido en el marco explicativo de la emergencia de diferentes territorialidades construidas a partir de un proceso expropiatorio de relaciones sociales. No resulta casual el hecho de que las respuestas que los sectores populares dieron a este proceso expropiatorio, coincidan, geográficamente, con las áreas urbanas donde incidieron claramente estos cambios estructurales. Sin embargo, como venimos sosteniendo, no son los cambios en la estructura social los que aseguran una respuesta de los sectores perjudicados (lo cual abonaría la muy discutible teoría de “cuanto peor, mejor”), sino que es donde se logran recomponer los lazos sociales devastados donde la respuesta organizada se hace posible.

Por otra parte, los **Cuadros C.1** y **C.2** son demostrativos del proceso de desindustrialización⁴⁸ iniciado a mediados de los 70. La disminución relativa de la clase obrera industrial es consecuente, geográficamente, con un proceso de desmantelamiento del bastión industrial del conurbano bonaerense, y es a su vez un índice de la descentralización del conflicto obrero que se manifestaba con una mayor densidad en los cordones fabriles más concentrados. Es interesante lo que plantea Juan Carlos Cena (2003) cuando afirma que el desmantelamiento de la red de ferrocarriles puede verse como

una estrategia de fragmentación territorial sobre la subjetividad del ferroviario: al quitarle el ferrocarril se pierde esa relación social cotidiana que le daba sentido. Sin el ferrocarril que es su propio territorio, la relación social se ve desaparecida.

Es así que para el período de 1974-1994, tomando datos de los censos económicos, la mano de obra industrial descende en el orden del 34% en el partido de Vicente López, el 42% en Avellaneda y Quilmes, 46% en Lanús, 52% en San Isidro y 57% en Berazategui. De manera más acentuada, la estrategia de disolución del conflicto obrero industrial se manifiesta en partidos históricamente combativos, como es el caso de Berisso y Ensenada, caracterizados por un alto índice de concentración de obreros por unidad productiva (a raíz de grandes establecimientos frigoríficos y de astilleros), donde la caída del empleo industrial para el mismo período ronda el 85% y el 73%, respectivamente.

Refiere un militante:

“Berisso tenía dos frigoríficos, el Swift y el Armour, que juntaban cinco mil obreros cada uno. Y el Armour a veces más. Diez mil obreros, con una familia de cuatro o cinco personas, son cincuenta mil personas. Y Berisso tenía sesenta mil habitantes. Así que prácticamente era una ciudad obrera. Y después tenía astilleros, tenía YPF. YPF pasó de, no sé, cuatro, cinco mil obreros, a quinientos. En Berisso se hizo una encuesta hace unos años, en el '84 creo, y la fábrica más grande era una curtiembre donde trabajaban 40 personas”.⁵⁰

Al mismo tiempo, se asiste a un acelerado incremento de la productividad del trabajo por obrero, particularmente en la fábrica aunque también extensivo al resto de los asalariados. Esto se relaciona directamente a la intensificación de la jornada de trabajo como también al desarrollo en tecnología de las distintas ramas. Un ejercicio para dar cuenta de los índices de productividad, aunque no estrictamente correcto metodológicamente, es comprobar el descenso en número de obreros por establecimiento que se corrobora en cada uno de los partidos. Por caso, si en Avellaneda, en el año 1974 existían cerca de 19 obreros por fábrica, en 1984 la cifra era de 17 y en el '94 caía a 13 obreros por establecimiento productivo. El caso de Berisso es nuevamente extraordinario, en tanto que en 1974 se concentran un promedio de 41 obreros por fábrica, descende a casi 13 en el '84 y llega a 8 obreros por establecimiento en el '94.

Es precisamente en estas zonas drásticamente afectadas por las políticas neoliberales (en tanto aumento acelerado de la población, desmantelamiento industrial, aumento exponencial de la desocupación, descenso del ingreso, agravamiento de la situación habitacional y de servicios) donde surgen las respuestas de las clases subalternas. Siguiendo a Svampa y Pereyra, podemos decir que “este proceso de pauperización de las clases populares aparece ilustrado por las tomas ilegales de tierras, que se desarrollan desde fines de la dictadura militar y durante los primeros años del gobierno de Alfonsín. (...) Ahora bien, como sostiene [Denis] Merklen, los asentamientos expresan la emergencia de una nueva configuración social que señala el proceso de inscripción territorial de las clases populares. Una de las primeras consecuencias de esta inscripción territorial es que el barrio aparece como el espacio natural de acción y organización” (Svampa y Pereyra, 2003: 73).

A partir de la expulsión de población que tiene lugar en los centros urbanos organizadores del capitalismo financiero, se inicia un proceso de inscripción territorial de las clases subalternas en la periferia en donde se comienza a dar respuestas desde los sectores populares.

“De este modo, debe reconocerse a la pobreza urbana, con toda su carga de heterogeneidad, y a las condiciones del hábitat de ese sector, como una condición en el proceso de toma de tierras y formación de los asentamientos, si consideramos a estos últimos, como una estrategia de los sectores populares, con la cual hacer frente a la característica dominante del proceso de urbanización vigente en el área metropolitana de Buenos Aires. Puede caracterizarse el último periodo, desde 1970, como relocalización de la población, en la que los pobres urbanos están siendo expulsados hacia una periferia cada vez más lejana, en términos espaciales por su distancia a la Capital Federal, y en términos socio-habitacionales, por la mayor carencia de servicios de los lugares disponibles” (Merklen, 1991: 99).

Las organizaciones de base con arraigo territorial constituyen, por sobre todas las cosas, una dimensión subjetiva de reconstrucción de relaciones sociales comunitarias en los sectores populares que tienden a la recomposición de lazos sociales.

Como comenta un militante popular:

“En relación al trabajo concretamente territorial, más allá de la cuestión teórica o de la discusión política que se pueda, hay una cuestión que es bien práctica: vos vas a un barrio hoy, en donde hace cinco años no había un movimiento, y en ese barrio vas a ver mínimamente una cuestión construida, un espacio comunitario que se ganó y se fue armando. Ahí antes había un basural, ahora hay un comedor, una biblioteca, un merendero. Después están las crisis coyunturales de los movimientos, de los barrios, pero me parece que ese es el aporte histórico, como el gran cambio del movimiento piquetero”.⁵¹

Arraigarse en el territorio, haciendo del propio lugar de vida un espacio de aparición, posibilita el desarrollo de un proyecto integral que abarque diferentes aspectos y necesidades comunitarias. Sostenemos que puede trazarse una línea de continuidad en tanto el proceso de tomas ilegales de tierras en el conurbano, a pesar de no haber generado a largo plazo formas permanentes de autoorganización de los sectores populares, constituye sin embargo la experiencia previa, el desarrollo embrionario de organizaciones comunitarias que luego son retomadas, en tanto suerte de modelos legítimos, por algunos sectores del movimiento piquetero autónomo.

Las organizaciones territoriales otorgan espacios permanentes de socialización desde donde puede establecerse un nuevo patrón de acumulación del espacio, por fuera de la racionalidad dominante. La potencialidad de estas nuevas formas de organización y de acción colectiva de las clases subalternas radica en la posibilidad de fundar un nuevo espacio anclado en relaciones sociales autónomas.

Notas

44- Para un estudio detallado de este proceso remitimos a María Cristina Cravino, *La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, mimeo; y Aristizabal e Izaguirre (1987).

45- Para una descripción de los partidos que denominamos como primer/segundo cordón y tercer cordón de la Región Metropolitana de Buenos Aires, ver **Mapa de Referencia** en Apéndice. Debido a que los índices de crecimiento varían sensiblemente, para una mejor diferenciación metodológica optamos por es-

tablecer dos medias de crecimiento poblacional diferentes.

46- Ver, asimismo, el **Gráfico 1** en Apéndice.

47- Al respecto ver Giandoménico Améndola (2000) y Maristella Svampa (2005).

48- Para abordar los índices de desarrollo industrial seguimos en esta parte los estudios de Milciades Peña compilados en *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Hyspamérica, 1986.

50- Entrevista realizada en noviembre de 2005 a militante del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Berisso. Hoy este MTD integra el Frente Popular Darío Santillán (FPDS).

51- Entrevista realizada en septiembre de 2004 a militante del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) Almirante Brown. Hoy este MTD integra el Frente Popular Darío Santillán.

Capítulo VII

Del repliegue a la identidad

Así como el corcel indómito eriza las crines, cocea la tierra y se debate impetuosamente en cuanto le aproximan el bocado, mientras que un caballo domado soporta con paciencia la fusta y el estribo, el hombre bárbaro no doblega su cabeza bajo el yugo que el hombre civilizado lleva sin rechistar y prefiere la más tempestuosa libertad a un sometimiento tranquilo.

Jean Jacques Rousseau

Con el genocidio perpetrado por la última dictadura militar (1976-1983) se asiste a la apertura de un período de expropiación material y simbólica de las clases populares en el que, por un lado, se avanza desde el poder sobre las conquistas logradas durante décadas, y a un mismo tiempo se asiste a una etapa de aculturación, de pérdida de solidaridades y destrucción de identidades subalternas. En suma, un largo proceso de “desafiliación” de grandes sectores de la población a partir de una desarticulación del sistema social mediante la contracción del mercado interno, la desindustrialización y el desmembramiento y reestructuración del Estado (más Estado-represor, menos Estado-social). Al respecto, un documento señala: “El territorio es el lugar donde se esperaba que la pobreza y la marginación se aglutinara y no afeara el paisaje (...) Allí debíamos sobrevivir o morir, dentro de esa burbuja de exclusión. No sólo nos despojaron del trabajo, la vivienda, la alimentación, la salud y la educación, tam-

bién intentaron cercenarnos la posibilidad de pensar, expresar-nos, organizarnos y pelear”.⁵²

El proceso de empobrecimiento y pauperización en la Argentina tiene su origen en la desarticulación de algunas formas de integración social. Esto puede constatare al observar el aumento descomunal de los índices de desempleo, subempleo, pobreza y desindustrialización de las últimas dos décadas, que afectan las condiciones mínimas de vivienda, salud, alimentación, educación, acceso a los bienes culturales, recreación, a los derechos de demanda y participación política de la mayor parte de la población del país.

En este contexto, el territorio periférico a la ciudad, lugar de exclusión y marginación de los sectores populares, pasa a cobrar una importancia central en el proceso de reinscripción de esos sectores. Los barrios del conurbano, que constituyen territorios delimitados, demarcados, con una historia propia, cuyo tamaño les permite convertirse en sedes específicas de solidaridades, devienen fuente posible de cohesión y organización, se convierten en el locus desde donde recomponer una matriz identitaria autónoma de las clases subalternas y elaborar demandas colectivas. Ante el proceso de desafiliación que provoca la desocupación y la pobreza, el barrio se convierte para muchos en el lugar de repliegue, de refugio y de inscripción colectiva (Sigal, 2005; De Ípola, 2003). Es a este proceso efectivo de “reafiliación” al que, con Denis Merklen, denominamos *inscripción territorial* de los sectores populares, en tanto respuesta al proceso expropiatorio al que fueron sometidos. A partir de su afincamiento en sedes territoriales, los sectores del campo popular despliegan un proceso de repliegue que se inicia por la reconstitución de lazos de solidaridad: en el barrio comienza la recomposición del tejido social y surgen las posibilidades de reorganización desde donde efectuar sus demandas e interpelar al Estado. En este sentido, creemos que la inscripción territorial se presenta como una precondition necesaria (aunque no suficiente) para la acción colectiva.

Siguiendo a Guillermo Cieza, podemos afirmar que toda construcción territorial de base requiere la presencia activa de un *grupo promotor* que conjuga la perseverancia, el impulso, junto con la capacidad de producir síntesis, esto es, mensurar políticamente los logros y las dificultades que emergen de la praxis cotidiana. Al respecto se afirma:

Un grupo promotor es un grupo de activistas o de militantes con una idea de organización, con capacidad de aprender de los errores, capacidad de proyectarse (...) Yo creo que un grupo promotor, de hecho, objetivamente, actúa como vanguardia, es como una vanguardia interna.⁵³

Sin embargo, esta mirada no debe identificarse mecánicamente con ciertas concepciones vanguardistas que sostienen la necesidad de que un pequeño grupo, portador en una “conciencia más elevada”, irradie e imprima su radicalidad autorreferencial a la totalidad.

En efecto, podemos ensayar una distinción entre *grupo de vanguardia* y *grupo promotor*, basada en tres aspectos: quiénes integran estos grupos, en qué posición se ubican en relación al conjunto de los vecinos y qué tipo de acción promueven. Así, el grupo de vanguardia está integrado por sujetos que buscan constituirse en líderes de los procesos de lucha; en cambio, el grupo promotor se conforma por sujetos que se vuelven referencia en el barrio, y es esta referencia lograda en lo cotidiano lo que les permite incidir en los procesos de lucha. A su vez, el grupo de vanguardia se posiciona por delante del conjunto, su característica es la externalidad en relación al todo; el grupo promotor, por el contrario, construye a la par del conjunto, edifica una totalidad desde adentro. Asimismo, el grupo de vanguardia opera como foco irradiador de conciencia; el grupo promotor, en contraste, actúa promoviendo una síntesis, un proceso de aprendizaje basado en la reflexión sobre la práctica que deviene en la capacidad de elaborar una visión propia de los hechos y de evaluar los avances y retrocesos de la lucha.

Ahora bien, la centralidad de las construcciones de base puede rastrearse en el proceso de desafiliación que mencionábamos antes: la respuesta de los sectores populares a esta ofensiva, es un largo proceso de inscripción territorial en el que las construcciones mencionadas tuvieron como tarea reelaborar verdaderas tramas de reafiliación para quienes sufrieron las consecuencias económicas, sociales, culturales y políticas del último genocidio en nuestro país.

Para abarcar en toda su longitud este proceso de inscripción territorial, es necesario remarcar la continuidad existente entre las tomas ilegales de tierras que se llevan a cabo a inicios de los 80 (y que se incrementan masivamente a fines de la década) en el conurbano bonaerense y las experiencias de organización territorial que coagulan, a mediados de los 90, en el movimiento de trabaja-

dores desocupados autónomo. Así lo expresa un militante que protagonizó esas experiencias:

“Para mí, el MTD es un proceso objetivo. No estuvo en la voluntad de alguno construirlo, surgió. Pero había condiciones objetivas para construirlo porque la necesidad llevaba a eso. Había base como para construir. Y la otra es que se partía de historias comunes. La historia de la clase obrera no se rompía ahí. Yo creo que en ese sentido fue más avanzada la construcción de los movimientos de desocupados, en ese sentido, que las asambleas, porque casi todas las asambleas eran como si empezaba la historia ahí, a partir de. Nosotros veíamos una continuidad histórica, ‘esto viene de acá, hay que pedir esto, hay que organizarse de esta manera’”.⁵⁴

Denis Merklen precisa algunas características de este proceso de tomas de tierras:

La situación común a los hogares que forman el Asentamiento es la de ser no-propietarios, es un grupo social que también puede definirse por los no, por la exclusión. La tierra, el lugar de pertenencia, la consolidación del hogar, la discriminación y la segregación urbana; muchas cosas están contenidas en éstos hombres cuando enuncian la necesidad de un lugar propio. Evidentemente existe un fenómeno de “aculturación”, de pérdida de identidad, que comienza con el proceso inmigratorio hacia la “gran ciudad” y culmina con los golpes de la marginación urbana. Si los Asentamientos no consiguen construir espacios nuevos de identificación habrán quedado a mitad de camino” (Merklen, 1991: 114 y 115).

A partir de las experiencias de tomas de tierras se registra la constitución de barrios construidos en torno a un “modelo territorial”, con una estructura que apelaba fuertemente a la experiencia sindical de las décadas anteriores. Así, los “asentamientos” constituían barrios en donde no faltaban muchas de las formas de organización obrera: comisión directiva, cuerpo de delegados, comisiones especiales y toma de decisiones a través de asambleas. Estas ocupaciones de tierras constituyen un proceso colectivo en el que un sujeto social busca reconstituir sus lazos de integración. En este sentido las nuevas formas de acción colectiva que fundan los “asentamientos” se comprenden como un intento de resistencia frente a los procesos de vulnerabilidad y como una tentativa de reconstrucción de vínculos en la búsqueda por recuperar la integración social.

Los asentamientos, entonces, guardan un doble aspecto: en tanto *acción colectiva*, son un modo de reconstruir el lugar perdido en la estructura social; en términos *subjetivos*, expresan una batalla simbólica por recuperar la identidad amenazada. Ese ámbito urbano que constituye el mundo-de-vida de los sectores excluidos está representado en la figura del barrio.

Si bien los asentamientos no lograron mantener su organización originaria, pues el modelo territorial con el que surgieron no consiguió perdurar en el tiempo, conforman la experiencia previa, el tejido de prácticas que, una década más tarde, es retomada desde el movimiento de trabajadores desocupados o movimiento piquetero. La herencia de estas organizaciones territoriales que en buena medida logran traducir las luchas sindicales de la sociedad salarial al ámbito del barrio en la periferia urbana, son el bagaje desde el que parten las organizaciones piqueteras.

Trazar un puente entre estas experiencias tiene al menos dos connotaciones. Por un lado, significa marcar el desarrollo en la constitución de una *población excedente relativa* que es expulsada del centro hacia la periferia del conurbano, teniendo en cuenta que es esta masa expropiada de población la que participa, primero en las tomas ilegales de tierras, y más tarde en las organizaciones de desocupados. Pero, por otro lado, plantea trazar una continuidad en el *proceso de acumulación* del campo popular que sirve de asiento a las nuevas experiencias. Esto quiere decir que las organizaciones de las clases subalternas no pueden comprenderse sino en el marco de la historia de sus propias luchas, en un proceso de aprendizaje y acumulación de experiencias. Así, por ejemplo, no podremos comprender el proceso de inscripción territorial al que venimos haciendo referencia, sin tener en cuenta las coordinadoras interfabriles de los 70 o el trabajo de las comunidades eclesiales de base ligadas a la Teología de la Liberación, que tuvieron un fuerte anclaje en la zona sur y oeste del conurbano bonaerense. Desde el punto de vista de la localización en la que surgen las primeras organizaciones de trabajadores desocupados, no resulta casual la coincidencia geográfica con las anteriores experiencias mencionadas. Y esto es así porque en ambas experiencias pueden encontrarse elementos de continuidad (situados en la crítica a todo vanguardismo, en la crítica a la distinción entre base y dirigentes, en las formas delegativas del ejercicio de la política, etc.) en el proyecto de construcción

de hegemonía de los trabajadores, no a partir de un partido, sino mediante el desarrollo de organizaciones autónomas y la creación de poder popular, entendido como “espacio prefigurativo e inaugural de la nueva sociedad y como momento de la creación histórica –siempre parcial, siempre inconclusa– de la utopía absoluta. Esta noción reconoce que la utopía no es nada si no apunta al ‘aquí y ahora’” (Mazzeo, 2007: 79).

El territorio, como también lo es la fábrica, deviene un lugar de pertenencia desde donde se restablecen los actores subalternos. La respuesta inicial del proceso de recomposición popular es la reorganización de los recursos existentes para hacerle frente a la pobreza.

En un trabajo escrito por el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) Almirante Brown, se destaca:

“Por eso, más allá de la desintegración sociocultural, política y económica en que nos encontramos los desocupados, la apuesta diaria y permanente es la de rescatar una cultura del trabajo, en la que hombres, amas de casa y jóvenes, podamos tener un sentido de pertenencia a la clase a la que pertenecemos. Es en este sentido que hablamos de la construcción territorial, ya que el lugar de organización no son los lugares tradicionales de trabajo, ya que este escasea, además de ser temporario. Por eso, el lugar de organización es el territorio, los barrios que habitamos, que demás está decir, son precarios, repletos de carencias” (MTD Almirante Brown, 2001).

Sin embargo, no debemos omitir que en un marco signado por la precariedad material extrema junto con la violencia física y simbólica cotidiana, las organizaciones territoriales representan núcleos de resistencia que deben lidiar con la indiferencia de muchos vecinos pero también con la violencia que emana de los punteros políticos (brazo local, extensión micro-política de las redes de control social funcionales gran capital).

Cuando se afirma que la nueva fábrica es el barrio, se está diciendo que en la actualidad un lugar central de socialización de los sujetos (luego de un proceso de expulsión de población, de desindustrialización y desempleo y de pérdida de identidades fuertes como la del trabajador asalariado), se expresa directamente en el mundo-de-vida y atraviesa la vida cotidiana de las personas. Y ese mundo-de-vida es el territorio, que en el conurbano bonaerense es el barrio. Si los sectores populares son marginados o desafiados del mundo

del trabajo, también, y consecuentemente, desarrollan un proceso de inserción o re-afiliación en el propio territorio que habitan. Es en los barrios, entonces, espacios delimitados cuyo tamaño les permite convertirse en una red social articulada de solidaridades desde donde se desarrollan organizaciones a través de la acción colectiva. Sin embargo, cuando la lucha reivindicativa llega al punto de convertirse en una lucha por la vida, al partir de tales condiciones materiales, la construcción o recomposición de una identidad puede llevar a la organización de nuevas formas de vida. Nuestra hipótesis, que hemos venido esbozando a lo largo de estas páginas, es que al proceso histórico de expropiación los sectores populares responden mediante la organización de nuevas territorialidades.

Como sostiene Raúl Zibechi:

“Las nuevas territorialidades son el rasgo diferenciador más importante de los movimientos sociales latinoamericanos y lo que les está dando la posibilidad de revertir la derrota estratégica. A diferencia del viejo movimiento obrero y campesino (en el que estaban subsumidos los indios), los actuales movimientos están promoviendo un nuevo patrón de organización del espacio geográfico, donde surgen nuevas prácticas y relaciones sociales. La tierra no se considera sólo como un medio de producción, superando una concepción estrechamente economicista. El territorio es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen, instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente” (Zibechi, 2003a).

Al hablar de las organizaciones territoriales del movimiento de desocupados es común remitirse a la unidad de un barrio. Sin embargo, los movimientos no alcanzan a la totalidad del barrio sino a un núcleo ligado por razones de vecindad, amistad o parentesco. Es decir, tiene una localización territorial (4 ó 5 manzanas) y una extensión por vínculos. Resulta conveniente entonces considerarlos como *núcleos territoriales* que se organizan en un barrio.

La construcción territorial desarrollada a partir de estos núcleos puede analizarse tomando la definición conceptual que adelantamos al comienzo de nuestro trabajo. En término de **relaciones sociales**, esta nueva territorialidad de los sectores subalternos se expresa objetivamente en la subversión de los valores de las clases dominantes, valores y prácticas contrahegemónicas que se “materializan” en la labor cotidiana y se refuerzan mediante la reflexión colectiva, la

capacidad autocrítica y la formación permanente. En definitiva, relaciones sociales que son el terreno de la emancipación del sujeto:

“horizontalidad en la estructura organizativa, la autogestión en las unidades de trabajo, el desarrollo del trabajo en un ámbito territorial y la producción de nuevos valores y nuevas formas de sociabilidad (solidaridad, compañerismo, discusión colectiva), que plantean una alternativa a la ruina social generada por el capitalismo” (MTD Almirante Brown, 2002).

Es desde estas relaciones sociales autónomas que buscan la constitución de un **sujeto** social activo en permanente recreación. Asimismo, puede señalarse en esta nueva territorialidad la emergencia de un nuevo patrón de acumulación del **espacio** en estos núcleos territoriales, basado en la centralidad que ocupan los lugares de reunión colectiva (MTD, galpones, talleres, plazas). Por añadidura, también es constatable una **temporalidad** diferente, ajena a la esquizofrenia de los flujos urbanos. Por último, cabe señalar la generación de nuevas **técnicas** de (re)producción social, fundamentalmente en la búsqueda por autosustentar emprendimientos productivos.

Las prácticas de las organizaciones populares de base con arraigo territorial tienen por resultado, en principio, reconstruir lazos sociales: ahí está la tarea cotidiana, el día a día de la organización.

“El laburo territorial sostiene en el tiempo esos lazos solidarios que se pueden generar en una lucha, por ejemplo, y es lo que empieza, en un plano un poco más teórico, a generar esa especie de autogobierno que es lo que planteamos nosotros como proyecto político. Es decir, es en el trabajo territorial donde se expresa la capacidad de los sectores populares de poder definir qué hacer de su propia vida. Y bueno, en el día a día, en el trabajo del comedor, en el trabajo de los proyectos productivos, en los trabajos de formación, en las asambleas, son los distintos aspectos que componen lo que es el trabajo del movimiento (...) Ahí está el desafío que nunca pudimos destrabar bien que es cómo romper el gueto de los organizados, es decir, cómo nos abrimos al conjunto de la comunidad en cada lugar. Siempre estuvo la concepción pero nunca lo hemos podido lograr, igual hubo muchos intentos”.⁵⁵

Pero su objetivo va más allá de esto, al plantearse generar relaciones sociales autónomas que subvierten el fragmentado entramado

social sobre el que trabajan. La experiencia cotidiana apunta a crear nuevos valores, distintos y opuestos a los hegemónicos: de ahí el esfuerzo por la construcción integral de un nuevo sujeto a través de talleres de formación, educación popular, de historia, capacitación o la resignificación de las políticas de asistencia social del Estado para la organización. Como afirma un militante “La formación tiene un sentido amplio. Este taller, por ejemplo, es una actividad de formación. Pero un corte de ruta también, porque discutimos cómo lo hacemos, qué pasó, qué falló. Cotidianamente hacemos formación”. (Entrevista realizada por el Colectivo Situaciones, 2003).

Atraviesa a estas experiencias una noción fuerte de praxis, como síntesis entre lo pensado y lo actuado, la teoría y la práctica de los movimientos:

“Nuestras ideas surgen, principalmente, de nuestra práctica y nuestra reflexión. Pero éstas también se nutren de las luchas de los trabajadores y los pueblos oprimidos, a lo largo del mundo y de la historia”.⁵⁶

De esta forma, los núcleos territoriales de los sectores subalternos, al reconstruir lazos sociales desarrollando relaciones sociales alternativas a las dominantes, centran su estrategia en el sujeto y en la construcción colectiva de una visión del mundo (cosmovisión) opuesta a la del capital. Promueven así nuevos valores, contrahegemónicos, basados en la solidaridad, el compañerismo, la confianza en el otro. En esta tarea radica el trabajo de una profunda transformación subjetiva. Asumen el cambio social desde la construcción cotidiana, como acción prefigurativa. No luchan para que un día cambien las relaciones de dominación, sino que construyen relaciones alternativas “en el hoy”, promueven relaciones sociales autónomas para la lucha. Por eso entienden que el objetivo de la emancipación se construye desde la cotidianeidad de los sujetos oprimidos.

Al respecto, un documento sintetiza de esta forma:

“Como consecuencia, entonces, de una articulación en la búsqueda de estrategias para resolver colectivamente las dificultades colectivas, se comienza a formar un poder local y popular que, por un lado, plantea una alternativa política concreta para abordar las proble-

máticas del barrio y, por otro, hace más contundente y eficaz la re-asignación de recursos desde la administración gubernamental (...) El poder popular aparece entonces bajo un aspecto de promoción de mejoras en las condiciones de vida de la comunidad, a través de organizaciones democráticas, que intentan producir nuevas formas de relación y subjetividad, en un contexto territorial específico” (MTD Alte. Brown, 2002).

En definitiva, las experiencias de organización de determinados núcleos territoriales desarrolladas en el Gran Buenos Aires construyen espacios societales de carácter alternativo en cuanto a la conformación de formas plebeyas de autogobierno, de acumulación de poder popular y de transformación radical de la vida cotidiana. Espacios que dinamizan socio-políticamente el campo popular.

Notas

52- MTD 26 de Junio, *Por qué la lucha territorial*.

53- Entrevista realizada a militante del MTD Berisso, *op. cit.*

54- Entrevista realizada a militante del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de La Matanza, *op. cit.*

55- Entrevista a militante del MTD de Almirante Brown, *op. cit.*

56- MTD Aníbal Verón. *Nuestro objetivo: el cambio social*.

Conclusiones

Luchas prefigurativas y formas emancipatorias

La organización de la clase por sí misma y su lucha contra el capitalismo, esboza progresivamente lo que será la sociedad posrevolucionaria.

Jean Paul Sartre

En la segunda parte del trabajo nos hemos remitido particularmente a los efectos sociales y políticos que el acelerado proceso de transformaciones estructurales produjo en el área del conurbano bonaerense. Y, al mismo tiempo, hemos intentado dar cuenta de lo que consideramos fueron las respuestas desde los sectores subalternos a estos cambios.

Sostenemos que el mayor aporte de las organizaciones de base con arraigo territorial es la reconstitución del tejido social fuertemente desgarrado, principalmente, en tres momentos históricos: el último genocidio militar; la corrida hiperinflacionaria que se desató en el mes de febrero de 1989; y, por último, las desocupación estructural y masiva registrada desde mediados de la década del noventa (ver **Cuadro D** en Apéndice). El primero de ellos viene a destruir un verdadero proceso de organización de las clases subalternas y tiene por objeto normalizar la sociedad (en el sentido más foucaultiano del término) en medio de una crisis hegemónica de los sectores dominantes. A partir de entonces se asiste a un doble proceso: por un lado, el quiebre que introduce el genocidio en la so-

ciabilidad de los sectores populares tras aniquilar todo un conjunto de relaciones sociales solidarias; pero también, las consecuencias altamente disciplinadoras y desarticuladoras operadas en primer término por la hiperinflación acaecida a finales de la década del 80 y luego por la desocupación masiva, la cual produjo un impacto altamente atemorizante, dado la amenaza constante que entraña la misma a la posibilidad de reproducción de las condiciones de vida.

Así, hay que notar que los efectos de los tres “momentos” antes mencionados se conjugan en lo que puede denominarse un proceso de expropiación que reconfigura las condiciones materiales en las cuales se asentaban las tradiciones de lucha de la clase expoliada y dan forma a un nuevo período caracterizado, fundamentalmente, por la imposibilidad de reconstruir ese entramado de solidaridades elaborado durante décadas por los sectores populares.

En este sentido, creemos posible afirmar que el genocidio condiciona la fragmentación del campo popular a la que asistimos durante las últimas décadas en la Argentina. El doble proceso que señalábamos antes, al destruir las condiciones materiales y simbólicas en donde se asentaban fuertes identidades, dificulta notablemente la posibilidad de reelaborar aquellas relaciones de solidaridad. La búsqueda por reconstruir esas identidades requiere ampliar los lugares de afianzamiento, ligadas ahora a otros espacios de socialización. En este contexto adquiere una importancia significativamente novedosa el territorio como principal espacio de socialización. Estas nuevas identidades, aunque más acotadas que las anteriores, tienen por delante un largo camino por constituirse como identidades de clase. La actual fragmentación que vive el campo popular radica en buena medida en la imposibilidad de recomponer aquellas relaciones sociales solidarias destruidas por el genocidio.

El papel de las organizaciones populares a partir de las construcciones territoriales ha sido promover relaciones sociales que involucren la autonomía y solidaridad de los sujetos. Y, en tanto el territorio está conformado por las relaciones sociales que se asientan y articulan en un espacio, al calor de la reconstrucción identitaria promueven nuevas territorialidades desde los sectores subalternos.

Las construcciones de base con arraigo territorial son el modo que asumió la organización de las clases subalternas frente a la reconfiguración de su mundo laboral y social. En esta línea es posible afirmar que son construcciones que se realizan en un terreno antes relegado, al margen de la impronta estrictamente fabril. Tal como afirma metafóricamente un compañero:

“Por eso te digo, nos cambiaron la cancha, te pusiste a trabajar a la intemperie, nosotros teníamos la experiencia de un Estado Benefactor que vos lo presionabas y le sacabas cosas, ahora tenés que empezar a construir de cero.” (MTD Berisso, 2005).

Pero ni la ruptura del patrimonio histórico beligerante acumulado, como así tampoco la dislocación desorientadora que implica la intemperie son totales. En tal sentido, es destacado resaltar que las experiencias de construcción territorial encuentran puntos en común con un conjunto de experiencias de organización social y política previas. El hilo conductor que anuda el derrotero de estas formas de autoorganización subalterna es el hecho de ser construcciones que recuperan instancias de representación democrática de las bases a través de canales organizativos autónomos.

Sostenemos que una virtud trascendente de las experiencias en análisis se encuentra en la cotidiana construcción de autonomía y poder popular. Lejos de las cercanas fronteras que implica el uso de la retórica vacía, o el acogedor microclima de los grandes aparatos, las organizaciones construyen en el terreno de las prácticas, así la autonomía se vuelve el corolario de un proceso dialéctico (no exento de contradicciones y/o mediaciones que imponen avances y retrocesos) en el que convergen diversos elementos, la lucha reivindicativa frente al Estado, la constitución de emprendimientos productivos, la elaboración horizontal de la identidad colectiva, la subversión de los valores dominantes y la constitución de otros novedosos, fundados en una ética y una moral radicalmente distintas, como así también la puesta en acto de prácticas prefigurativas que tiendan a construir en el marco de esta sociedad relaciones sociales fundantes de una poscapitalista. Así es percibida y definida la problemática de la autonomía por los propios actores sociales: “Nosotros siempre hablamos de la autonomía como una mesa de cuatro patas que son: la lucha, la formación, la democracia interna y la autogestión económica. Ésta última, incluso a pesar de que

los recursos se consiguen del Estado, luego uno los maneja. (Se es autónomo) cuando se empiezan a manejar esas cuatro cosas, y se hacen todas, porque ninguna por sí sola resuelve nada, ni el luchismo, ni la formación sin lucha. Hay que buscar un equilibrio entre todo eso (...)” (MTD Berisso, 2005). Es una concepción totalizante de la autonomía, que remite tanto a factores objetivos como subjetivos, en esa totalización se encuentra su mayor acierto, el cual permite pensar a la autonomía como condición de posibilidad de lo nuevo.⁵⁷

Al calor del proceso de confrontación activa que implica el terreno unificante de la resistencia junto con la lucha política y social se forja no sólo la auto-organización y la auto-conciencia del sujeto colectivo, sino también la forma y el contenido de aquello por venir.

El hecho de que la toma de decisiones sea el producto de una mediación colectiva, participativa y plural, como lo es la asamblea de base, posibilita una dinámica interna horizontal, en la cual es la totalidad de la organización y no una minoría ilustrada⁵⁸, la que asume el peso de las decisiones y con ello se vuelve protagonista de su realidad. Lo cual permite evitar la escisión perjudicial tantas veces reproducida en el seno de otras experiencias de lucha entre dirigidos y dirigidos. Como lo expresan los propios protagonistas: “Lo que te permite la asamblea de base es una ubicación política donde la misma gente dice ‘no, mira...’, te da esa línea gruesa. Y después viene todo un armado. Ahora, si vos no tenés asamblea de base, entonces es todo lo mismo (...) Te da un marco general de tu política” (MTD Berisso, 2005).

La constitución de emprendimientos educativos alternativos por parte de los movimientos sociales, es una apuesta que tiende a la construcción a futuro de un nuevo sujeto que sea el protagonista de nuevas relaciones sociales. Incidir directamente en el proceso de socialización formal a través de la construcción de nuevos valores, marca un desarrollo radical de estas organizaciones.

Ahora bien, valiéndonos de un interrogante planteado por Slavoj Žizek, podemos preguntarnos, “¿son estos espacios autónomos gérmenes de una organización por venir de la sociedad entera, o sólo fenómenos que surgen en las hendiduras e intersticios del orden social?” (Žizek, 2004: 48). En la respuesta a este interrogante se encuentran, en buena medida, las potencialidades y los límites de las experiencias de construcción territorial.

La reivindicación por la autonomía es sumamente positiva, sin embargo, no debe ocultar como fin estratégico que el Estado puede ser combatido o reformado, pero nunca ignorado. La arena estatal conforma un espacio de lucha en el cual es posible disputar hegemonía. En su interior también se desarrolla la lucha de clases. De allí que el vínculo con/contra el Estado deba ser objeto de análisis por parte de los movimientos. Creemos que la “cuestión Estatal” aún no ha sido lo suficientemente abordada por los movimientos.

Coincidimos con Claudio Katz cuando afirma que “el proyecto de expandir islotes económicos colectivistas dentro del universo capitalista nunca prosperó. Desde los falansterios hasta los kibutzim y las comunidades rurales contestatarias, todos los experimentos de economía solidaria han aportado ideas sobre la organización futura de la sociedad, pero no soluciones al desempleo, la explotación y la miseria” (Katz, 2005). Tal como afirma Marx: “... el trabajo cooperativo, por excelente que fuese su línea teórica como útil en la práctica, si está limitado a la restringida esfera de intentos ocasionales de obreros aislados, no está en condiciones de detener el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, de liberar a las masas y ni siquiera de aliviar tan sólo el peso de su miseria...” (Citado en Riazanov: 2004)

Estamos de acuerdo en que la importancia de las construcciones territoriales autónomas no radica en la posibilidad de disputarle espacios al mercado o constituirse en una competencia frente al despliegue del capital, por el contrario su potencia se encuentra al anudar lo social con lo político. Las prácticas prefigurativas plasman esa capacidad al transformar las luchas reivindicativas en políticas. Sin embargo, esa potencialidad muchas veces se ve truncada por la dificultad por parte de las organizaciones populares autónomas de exceder los límites territoriales que las contienen. La dificultad de articular junto con otras expresiones en el marco de un espacio político por fuera del propio territorio es el límite que deben resolver para construir un proyecto político emancipatorio.

Al prefigurar prácticas contrahegemónicas las organizaciones territoriales remiten a aquello que Borges mencionaba acerca de uno de sus personajes: “el propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con

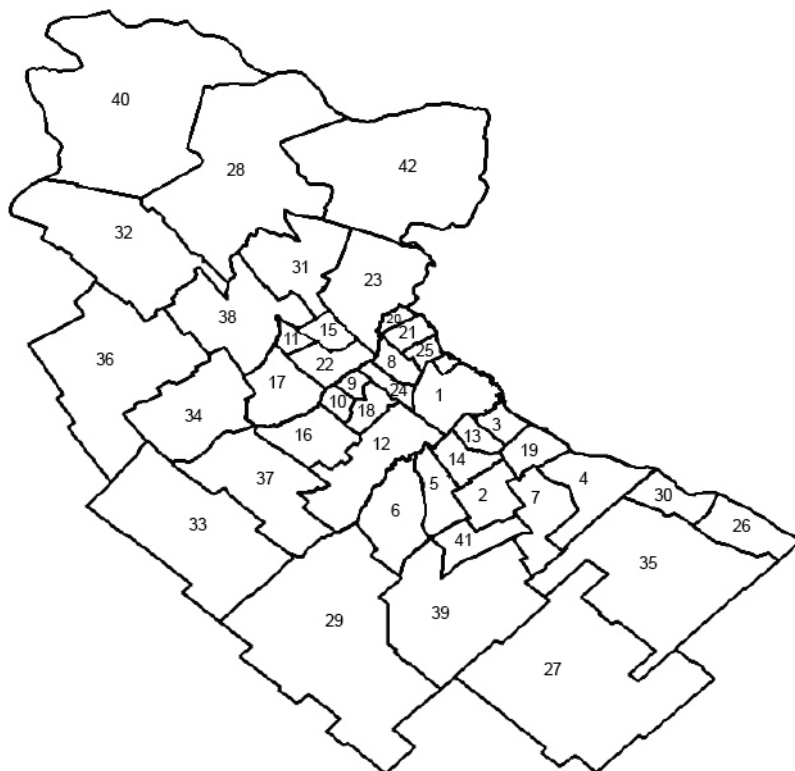
integridad minuciosa e imponerlo a la realidad” (Borges, 2005: 483). En esos sueños, no siempre claros, no pocas veces contradictorios, se configura nada menos que la utopía que alumbra el camino de la emancipación.

Notas

57- Sin embargo, la autonomía no puede confundirse con aislamiento, mientras que la primera se liga al deseo por ampliar la capacidad de autoafirmarse y autodeterminarse, el segundo no hace más que impedir la concreción de ese deseo, ya que corta los lazos con la sociedad civil y con ello debilita la posible expansión de la autoafirmación.

58- Cuya auto-percepción es la de constituirse en una vanguardia actuante como un farol luminoso que alumbra la oscuridad que lo rodea.

Apéndice

REFERENCIAS. REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES (RMBA)

- | | | |
|-----------------------|-------------------------|--------------------------|
| 1. Capital Federal | 15. Malvinas Argentinas | 29. Cañuelas |
| 2. Almirante Brown | 16. Merlo | 30. Ensenada |
| 3. Avellaneda | 17. Moreno | 31. Escobar |
| 4. Berazategui | 18. Morón | 32. Exalt. de la Cruz |
| 5. Esteban Echeverría | 19. Quilmes | 33. Gral. Las Heras |
| 6. Ezeiza | 20. San Fernando | 34. Gral. Rodríguez |
| 7. Florencio Varela | 21. San Isidro | 35. La Plata |
| 8. Gral. San Martín | 22. San Miguel | 36. Luján |
| 9. Hurlingham | 23. Tigre | 37. Marcos Paz |
| 10. Ituzaingó | 24. Tres de Febrero | 38. Pilar |
| 11. José C. Paz | 25. Vicente López | 39. San Vicente |
| 12. La Matanza | 26. Berisso | 40. Zárate |
| 13. Lanús | 27. Brandsen | 41. Pte. Perón |
| 14. Lomas de Zamora | 28. Campana | 42. San Fernando (Islas) |

**CUADRO A - PARTICIPACIÓN DEL SALARIO EN EL INGRESO NACIONAL (PBI).
AÑOS 1950/2001. EN PORCENTAJE**

Año	Masa salarial	Año	Masa Salarial	Año	Masa Salarial
1950	49,69	1969	44,66	1988	-
1951	47,44	1970	45,83	1989	-
1952	49,75	1971	46,54	1990	-
1953	49,69	1972	42,74	1991	-
1954	50,84	1973	46,88	1992	-
1955	47,68	1974	48,46	1993	40,14
1956	45,34	1975	44,03	1994	37,96
1957	43,77	1976	30,39	1995	36,78
1958	44,43	1977	30,66	1996	31,19
1959	37,73	1978	34,47	1997	31,09
1960	38,03	1979	33,23	1998	32,56
1961	40,85	1980	30,83	1999	33,49
1962	39,79	1981	29,39	2000	31,94
1963	38,85	1982	22,56	2001	32,05
1964	38,68	1983	26,10	2002	25,44
1965	40,58	1984	30,31	2003	22,90
1966	43,78	1985	29,60	2004	23,87
1967	45,51	1986	30,54	2005	-
1968	44,91	1987	29,58	-	-

Fuente: Lindemboim, Graña y Kennedy, Distribución funcional del ingreso en Argentina. Ayer y hoy, CEPED Doc. de Tbjo. N°4, junio 2005.

CUADRO B.1 - POBLACIÓN DE LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES, POR PARTIDOS. 1970/2001. PRIMERA PARTE

	1970	1980	1991	2001
Capital Federal	2.972.453	2.922.829	2.965.403	2.776.138
Alte. Brown	245.017	331.919	450.698	515.556
Avellaneda	337.538	334.145	344.991	328.980
Berazategui	127.740	201.862	244.929	287.913
Esteban Echeverría ¹	111.150	188.923	273.633	362.781
Ezeiza ²	-	-	75.298	118.807
Florencio Varela ³	98.446	173.452	254.940	348.970
Gral San Martín	360.573	385.625	406.809	403.107
Hurlingham ⁴	-	-	166.935	172.245
Itzaingó ⁵	-	-	142.317	158.121
J. C. Paz. ⁶	-	-	186.681	230.208
La Matanza	659.193	949.566	1.121.298	1.255.288
Lanús	449.824	466.980	468.561	453.082
Lomas de Zamora	410.806	510.130	574.330	591.345
Malvinas Argentinas ⁷	-	-	239.113	290.691
Merlo	188.868	292.587	390.858	469.985
Moreno	114.041	194.440	287.715	380.503
Morón ⁸	485.983	598.420	643.553	639.746
Pte. Perón ⁹	-	-	41.299	60.191
Quilmes	355.265	446.587	511.234	518.788
San Fernando	119.565	133.624	144.763	151.131
San Miguel ¹⁰	-	-	212.692	253.086
San Isidro	250.008	289.170	299.023	291.505
Tigre	152.335	206.349	257.922	301.223
Tres de Febrero	313.460	345.424	349.376	336.467
Vicente López	285.178	291.072	289.505	274.082
Total	5.064.990	6.340.275	8.378.473	9.193.801

Continúa

**CUADRO B.1 - POBLACIÓN DE LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES,
POR PARTIDOS. 1970/2001. SEGUNDA PARTE**

	1970	1980	1991	2001
Berisso	58.833	66.152	74.761	80.092
Brandsen	12.568	15.361	18.424	22.515
Campana	44.297	57.839	71.464	83.698
Cañuelas ¹¹	21.430	25.391	32.275	42.575
Ensenada	39.154	41.323	48.237	51.448
Escobar	46.150	81.385	128.421	178.155
Exalt. De la Cruz	10.630	12.859	17.072	24.167
Gral. Las Heras	7.480	9.371	10.987	12.799
Gral. Rodríguez	23.596	32.035	48.383	67.931
La Plata	408.300	477.175	541.905	574.369
Lujan	58.909	68.689	80.645	93.992
Marcos Paz	15.070	20.225	29.104	43.400
Pilar	47.739	84.429	144.670	232.463
San Vicente	39.187	55.803	75.708	104.720
Zárate	61.546	78.046	91.600	101.271
Total	894.889	1.126.083	1.413.656	1.713.595

Elaboración propia.

Fuente: INDEC. Censo Nacional de Población y Vivienda.

Nota: con el fin de posibilitar la comparación entre los censos 1991 y 2001 los datos que corresponden al año 1991 fueron procesados según la división política-administrativa vigente al año 2001.

¹ Partido cuya superficie ha sido modificada, cede tierras a los partidos de Cañuelas y San Vicente y para la creación de los partidos de Ezeiza y Presidente Perón. Leyes provinciales sancionadas el 11.550 del 20/10/1994 y 11.480 del 25/11/1993.

² Se crea con tierras del partido de Esteban Echeverría. Ley provincial 11.550 sancionada el 20/10/1994. Los datos de 1991 y 2001 se exponen modificados en este cuadro para su comparación, sin disgregar en el otro partido que lo componía (Ezeiza).

³ Partido cuya superficie ha sido modificada, cede tierras para la creación del partido de Presidente Perón. Ley provincial 11.480 sancionada el 25/11/1993.

⁴ Se crea con tierras del partido de Morón. Ley provincial 11.610 sancionada el 28/11/1994.

⁵ Se crea con tierras del partido de General Sarmiento. Ley provincial 11.551 sancionada el 20/10/1994.

⁶ Se crea con tierras del partido de General Sarmiento e incorpora un sector del partido de Pilar. Ley provincial 11.551 sancionada el 20/10/1994.

⁷ Partido cuya superficie ha sido modificada, cede tierras para la creación de los partidos

de Hurlingham e Ituzaingó. Ley provincial 11.610 sancionada el 28/12/1994. Los datos de 1991 y 2001 se exponen modificados en este cuadro para su comparación, sin disgregar en los partidos que lo componían (Hurlingham e Ituzaingó).

⁸ Se crea con tierras de los partidos de Alte. Brown, Esteban Echeverría y Florencio Varela. Ley provincial 11.480 sancionada el 25/11/1993.

⁹ Se crea con tierras del partido de General Sarmiento. Ley provincial 11.551 del 20/10/1994.

¹⁰ Partido cuya superficie ha sido modificada, incorpora un sector del partido de Esteban Echeverría. Ley provincial 11.550 sancionada el 20/10/1994.

¹¹ Partido cuya superficie ha sido modificada, cede tierras para la creación del partido de Malvinas Argentinas e incorpora un sector del partido de General Sarmiento. Ley provincial 11.551 sancionada el 20/10/1994.

¹² Partido cuya superficie ha sido modificada, cede tierras para la creación del partido de Presidente Perón e incorpora un sector del partido de Esteban Echeverría. Ley provincial 11.480 sancionada el 25/11/1993. Los datos de 1991 y 2001 se exponen modificados en este cuadro para su comparación.

CUADRO B.2 - POBLACIÓN DE LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES, POR PARTIDOS. 1970-2001. EN PORCENTAJES (BASE 1970=100).

PRIMERA PARTE.

	1970/80	1970/91	1970/2001
Capital Federal	-1,67	-0,24	-6,60
Alte. Brown*	35,47	83,95	110,42
Avellaneda	-1,01	2,21	-2,54
Berazategui*	58,03	91,74	125,39
Esteban Echeverría*	69,97	146,18	226,39
Ezeiza	-	-	-
Florencio Varela*	76,19	158,96	254,48
Gral San Martín	6,95	12,82	11,80
Hurlingham	-	-	-
Ituzaingó	-	-	-
J. C. Paz	-	-	-
La Matanza*	44,05	70,10	90,43
Lanús	3,81	4,17	0,72
Lomas de Zamora	24,18	39,81	43,95
Malvinas Argentinas	-	-	-
Merlo*	54,92	106,95	148,84
Moreno*	70,50	152,29	233,65
Morón	23,14	32,42	31,64
Pte. Perón	-	-	-
Quilmes	25,71	43,90	46,03
San Fernando	11,76	21,07	26,40
San Miguel	-	-	-
San Isidro	15,66	19,61	16,60
Tigre*	35,46	69,31	97,74
Tres de Febrero	10,20	11,46	7,34
Vicente López	2,07	1,52	-3,89
Total	25,18	65,42	81,52

Continúa

CUADRO B.2 - POBLACIÓN DE LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES, POR PARTIDOS. 1970-2001. EN PORCENTAJES (BASE 1970=100).

SEGUNDA PARTE.

	1970/80	1970/91	1970/2001
Berisso	12,44	27,07	36,13
Brandsen	22,22	46,59	79,15
Campana*	30,57	61,33	88,95
Cañuelas	18,48	50,61	98,67
Ensenada	5,54	23,20	31,40
Escobar*	76,35	178,27	286,03
Exalt. De la Cruz*	20,97	60,60	127,35
Gral. Las Heras	25,28	46,89	71,11
Gral. Rodríguez*	35,76	105,05	187,89
La Plata	16,87	32,72	40,67
Lujan	16,60	36,90	59,55
Marcos Paz*	34,21	93,13	187,99
Pilar*	76,86	203,04	386,95
San Vicente*	42,40	93,20	167,23
Zárate	26,81	48,83	64,55
Total	25,83	57,97	91,49

Fuente: INDEC. Censo Nacional de Población y Vivienda.

* Partidos que superan la media de crecimiento en cada aglomerado.

**CUADRO C1 - UNIDADES INDUSTRIALES Y PERSONAL EMPLEADO EN LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES
(POR PARTIDOS) Y TOTAL DEL PAÍS. PRIMERA PARTE.**

	Censo 1974			Censo 1985			Censo 1994		
	Unid. Prod	Pers. Empl.	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.	Pers. Empl.
Total país	126388	1525221	1525221	111765	1359519	1359519	93156	1061528	1061528
Capital Federal	23838	336912	336912	15864	230799	230799	16244	198461	198461
Alte. Brown	472	5490	5490	486	5514	5514	584	5820	5820
Avellaneda	2390	45694	45694	2125	36386	36386	1977	26320	26320
Berazategui	400	19344	19344	372	10426	10426	429	8348	8348
Esteban Echeverría	474	10553	10553	491	9833	9833	529	8465	8465
Florencio Varela	257	5775	5775	238	7188	7188	313	6595	6595
Gral San Martín	4381	61650	61650	3747	54897	54897	3763	45526	45526
La Matanza	3791	64615	64615	3914	58847	58847	3929	44520	44520
Lanús	3255	45308	45308	2969	37303	37303	2528	24635	24635
Lomas de Zamora	1554	20355	20355	1455	18572	18572	1333	14183	14183
Merlo	528	5095	5095	446	6766	6766	487	6379	6379
Moreno	324	4067	4067	264	4773	4773	312	3832	3832

Continúa

**CUADRO C1 - UNIDADES INDUSTRIALES Y PERSONAL EMPLEADO EN LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES
(POR PARTIDOS) Y TOTAL DEL PAÍS. SEGUNDA PARTE.**

	Censo 1974			Censo 1985			Censo 1994		
	Unid. Prod	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.	
Morón	1843	28089	1774	26066	1929	19797			
Quilmes	1832	28786	1587	25465	1360	16541			
San Fernando	618	8988	553	8322	546	7572			
San Isidro	1187	29598	1005	20419	1067	14197			
Tigre	718	22935	767	23382	723	20909			
Tres de Febrero	2899	32259	2903	32687	2695	30168			
Vicente López	2311	46358	2084	38443	2195	30802			
Total	29234	484959	27180	425289	26699	334609			
Berisso	150	6147	127	1596	110	905			
Brandsen	53	1730	59	1028	48	1092			
Campana	174	7464	187	10778	133	7685			

Continúa

CUADRO C1 - UNIDADES INDUSTRIALES Y PERSONAL EMPLEADO EN LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES (POR PARTIDOS) Y TOTAL DEL PAÍS. ÚLTIMA PARTE.

	Censo 1974			Censo 1985			Censo 1994			
	Unid. Prod	Pers. Empl.	Unid. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.	
Cañuelas	92		891	89		1524		69		1278
Ensenada	99		14004	64		8862		65		3827
Escobar	203		3600	263		5978		208		4376
Exalt. de la Cruz	48		301	50		599		36		715
Gral. Las Heras	20		54	52		403		31		675
Gral. Rodríguez	90		1354	99		2923		79		2776
La Plata	1184		13718	921		10971		909		8387
Lujan	428		6453	385		5126		285		3570
Marcos Paz	93		397	109		765		51		270
Pilar	198		4656	228		7282		193		7558
San Vicente	84		1138	79		1253		75		1008
Zárate	209		4256	158		3691		132		2726
Total	3125		66163	2870		62779		2424		46848

Elaboración propia.

Fuente: INDEC - Censo Nacional Económico.

CUADRO C.2 - UNIDADES INDUSTRIALES PRODUCTIVAS Y PERSONAL EMPLEADO EN LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES Y TOTAL DEL PAÍS. EN PORCENTAJES (BASE 1974=0). PRIMERA PARTE.

	1974/85		1974/94	
	Unid. Prod	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.
Total País	-11,57	-10,86	-26,29	-30,40
Capital Federal	-33,45	-31,50	-31,86	-41,09
Alte. Brown	2,97	0,44	23,73	6,01
Avellaneda	-11,09	-20,37	-17,28	-42,40
Berazategui	-7,00	-46,10	7,25	-56,84
Esteban Echeverría	3,59	-6,82	11,60	-19,79
Florencio Varela	-7,39	24,47	21,79	14,20
Gral San Martín	-14,47	-10,95	-14,11	-26,15
La Matanza	3,24	-8,93	3,64	-31,10
Lanús	-8,79	-17,67	-22,33	-45,63
Lomas de Zamora	-6,37	-8,76	-14,22	-30,82
Merlo	-15,53	32,80	-7,77	25,20
Moreno	-18,52	17,36	-3,70	-5,78
Morón	-3,74	-7,20	4,67	-29,52
Quilmes	-13,37	-11,54	-25,76	-42,54
San Fernando	-10,52	-7,41	-11,65	-15,75
San Isidro	-15,33	-31,01	-10,11	-52,03
Tigre	6,82	1,95	0,70	-8,83
Tres de Febrero	0,14	1,33	-7,04	-6,48
Vicente López	-9,82	-17,07	-5,02	-33,56
Total	-7,03	-12,30	-8,67	-31,00

Continúa

CUADRO C.2 - UNIDADES INDUSTRIALES PRODUCTIVAS Y PERSONAL EMPLEADO EN LA REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES Y TOTAL DEL PAÍS. EN PORCENTAJES (BASE 1974=0). SEGUNDA PARTE.

	1974/85		1974/94	
	Unid. Prod	Pers. Empl.	Unid. Prod	Pers. Empl.
Berisso	-15,33	-74,04	-26,67	-85,28
Brandsen	11,32	-40,58	-9,43	-36,88
Campana	7,47	44,40	-23,56	2,96
Cañuelas	-3,26	71,04	-25,00	43,43
Ensenada	-35,35	-36,72	-34,34	-72,67
Escobar	29,56	66,06	2,46	21,56
Exalt. de la Cruz	4,17	99,00	-25,00	137,54
Gral. Las Heras	160,00	646,30	55,00	1150,00
Gral. Rodriguez	10,00	115,88	-12,22	105,20
La Plata	-22,21	-20,02	-23,23	-38,86
Lujan	-10,05	-20,56	-33,41	-44,68
Marcos Paz	17,20	92,70	-45,16	-31,99
Pilar	15,15	56,40	-2,53	62,33
San Vicente	-5,95	10,11	-10,71	-11,42
Zárate	-24,40	-13,28	-36,84	-35,95
Total	-8,16	-5,11	-22,43	-29,19

Fuente: INDEC - Censo Nacional Económico.

CUADRO D - EVOLUCIÓN ÍNDICE DE DESEMPLEO EN CAPITAL FEDERAL, ÁREA METROPOLITANA Y TOTAL DEL PAÍS. 1981/2003.

Año	Ciudad Bs. As.		Área Metropolitana ¹		Total país ²	
	mayo	octubre	mayo	octubre	mayo	octubre
1981	3,5	3,9	4,2	5,6	4,2	5,3
1982	3,6	2,6	6,7	4,4	6,0	4,6
1983	-	-	-	-	5,5	3,9
1984	-	1,2	-	3,8	4,7	4,4
1985	3,7	2,8	6,5	5,9	6,3	5,9
1986	-	2,5	-	5,2	5,9	5,2
1987	4,1	3,2	5,9	6,1	6,0	5,7
1988	3,6	4,0	7,4	6,5	6,5	6,1
1989	5,2	4,1	8,7	8,3	8,1	7,1
1990	5,2	4,3	10,2	6,7	8,6	6,3
1991	5,4	4,4	6,7	5,7	6,9	6,0
1992	5,0	4,8	7,3	7,5	6,9	7,0
1993	9,2	7,5	11,2	10,5	9,9	9,3
1994	9,0	8,7	11,9	14,9	10,7	12,1
1995	14,3	13,3	22,6	19,0	18,4	16,6
1996	11,9	12,8	20,4	21,2	17,1	17,3
1997	13,1	11,1	18,6	15,6	16,1	13,7
1998	14,0	13,3	15,8	15,1	13,2	12,4
1999	15,6	14,4	17,5	16,1	14,5	13,8
2000	16,0	14,7	17,9	16,5	15,4	14,7
2001	13,4	14,3	18,7	21,0	16,4	18,3
2002	16,3	13,5	24,2	21,0	21,5	17,8
2003	11,4	-	18,4	-	15,6	-

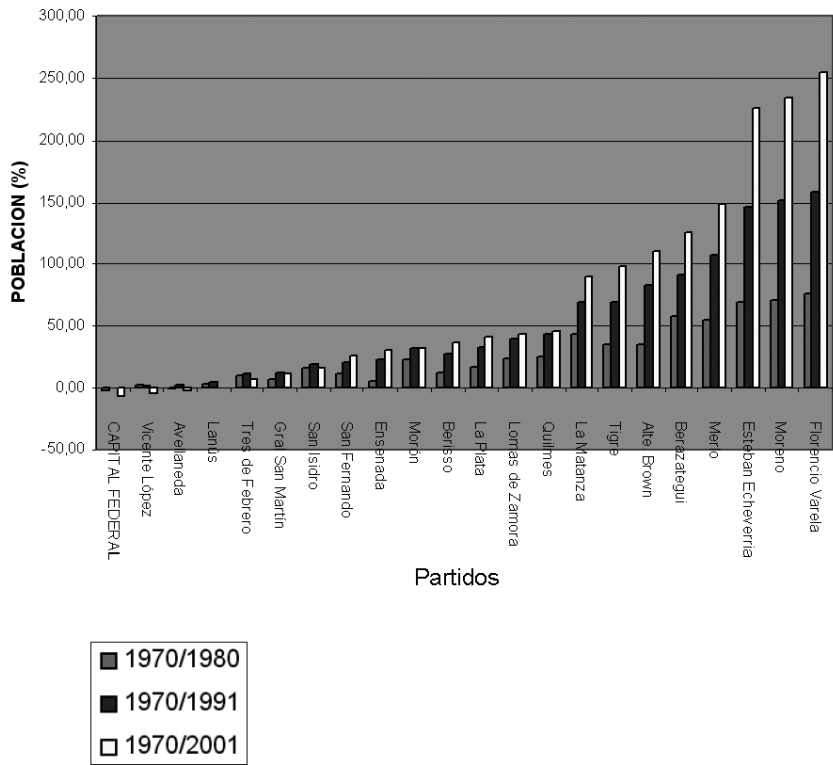
Elaboración Propia.

Fuente: INDEC. Encuesta Permanente de Hogares (EPH) Mediciones semestrales de mayo/octubre.

¹Se cuentan los 19 partidos del conurbano bonaerense.

²Se cuentan los 24 centros urbanos del país.

GRÁFICO 1 - CRECIMIENTO PORCENTUAL DE POBLACIÓN. CAPITAL FEDERAL Y CONURBANO, POR PARTIDOS. AÑOS 1970-2001



Bibliografía

LIBROS Y ARTÍCULOS

Améndola, Giandoménico (2000), *La ciudad posmoderna*, Celeste Ediciones, Madrid.

Anderson, Perry (2003), *La batalla de ideas en la construcción de alternativas*, conferencia pronunciada en la XXI Asamblea General de CLACSO y II Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba.

Arendt, Hannah (1998), *La condición humana*, Paidós, Barcelona.

Arceo, Enrique y Basualdo, Eduardo (1999), *Las tendencias a la centralización del capital y la concentración del ingreso en la economía argentina durante la década del noventa*, Cuadernos del sur, Buenos Aires.

Auyero, Javier (2002), “Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina”, en *Desarrollo Económico*, n° 166, Buenos Aires.

Basualdo, Eduardo (2006), *Estudios de Historia Económica Argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

Bauman, Zygmunt (2001), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona.

Bermúdez, Eduardo (1985), *La disputa por un territorio: los partidos del GBA*, Serie de Estudios n° 53, Cicso, Buenos Aires.

Boron, Atilio, (1995) “El experimento neoliberal de Carlos Saul Menem” en *Peronismo y Menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones el Cielo por Asalto.

Campione, Daniel (2003), “El Estado en la Globalización”, en Mazzeo, Miguel, *Dioses fracasados. Apuntes sobre los procesos de la globalización neoliberal*, Ediciones Macchi, Buenos Aires.

Campione, Daniel (2000), “Los problemas de la representación política y el movimiento social. Algunas reflexiones críticas”, en *Periferias*, n° 8, Buenos Aires.

Canitrot, Adolfo (1981), “Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981”, en *Desarrollo Económico*, n° 82, vol. 21, julio-agosto, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires.

Canitrot, Adolfo (s/f), *Orden social y monetarismo*, Estudios CEDES, n° 7, Vol. 4, Buenos Aires.

Castells, Manuel (2000), “La ciudad de la nueva economía”, en *La Factoría*, n°12, Barcelona.

Ceceña, Ana Esther (2001), “La territorialidad de la dominación. Estados unidos y América Latina”, en *Chiapas*, n° 12, México.

Ceceña, Ana Esther (2004), “Los desafíos del mundo en que caben todos los mundos y la subversión del saber histórico de la lucha”, en *Revista Chiapas* n° 16, México.

Cena, Juan Carlos (2003), *El Ferrocidio*, La Rosa Blindada, Buenos Aires.

Cieza, Guillermo (2004), *Borradores sobre la lucha social y la autonomía*, manuel suárez editor, Avellaneda.

Colectivo Situaciones (2003), *Conversaciones con el MTD de Solano*, Ediciones de mano en mano, Buenos Aires.

Coriat, Benjamin (1998), *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*, Siglo Veintiuno Editores, Madrid.

Cravino, María Cristina, *La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, mimeo.

De Ípola, Emilio (2003), “Política y sociedad. ¿Escisión o convergencia?”,

en Palomino, Héctor y Di Marco, Graciela (comp), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Jorge Baudino, Buenos Aires.

Durkheim, Emile (1998), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Alianza, Bs. As.

Filadoro, Ariel, Guliani, Alejandra y Mazzeo, Miguel (2006), “El retorno a la democracia (1983-1989)”, en AA.VV, *Pasados presentes. Política, economía y conflicto social en la historia argentina contemporánea*, Dialektik, Buenos Aires.

Feierstein, Daniel (2000), *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*, Eudeba, Buenos Aires.

Ferry, Jean Marc (1992), *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona.

Foucault, Michel (1992), *Microfísica del poder*, La Piqueta, Barcelona.

Gambina, Julio y Campione, Daniel (2002), *Los años de Menem. Cirugía mayor*, Ediciones del IMFC, Buenos Aires.

Giarraca, Norma (Comp) (2003): *Territorios y lugares. Entre las fincas y la ciudad. Lules en Tucumán*, La Colmena, Buenos Aires.

Giosa Zuazua, Noemi (2000), “Dinámica de acumulación y mercado de trabajo: las grandes empresas, el desempleo y la informalidad laboral en la Argentina de los años 90”, en *Época*, n° 2, Buenos Aires.

Harvey, David (2004), “El ‘nuevo’ imperialismo. Sobre reajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión”, en *Herramienta*, n° 27, Buenos Aires.

Hirsch, Joachim (2000), “¡Adiós a la política!”, en *Vientos del Sur*, n° 17, México.

Holloway, John (2002), *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, UAP/Herramienta, Buenos Aires.

Izaguirre, Inés y Aristizábal, Zulma (1988), *Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires. Una experiencia de poder popular*, CEAL, Buenos Aires.

Katz, Claudio (2005), *Los problemas del autonomismo*, mimeo.

Lindemboim, Javier, Graña, Juan M. y Kennedy, Damián (2005), *Distribución funcional del ingreso en Argentina. Ayer y hoy*, Centro de Estudios sobre Población, Empleo y Desarrollo (CEPED), Documento de trabajo n° 4, Buenos Aires.

Marín, Juan Carlos (1979), *Los hechos armados. Argentina 1973-1976 (2ª edición corregida y aumentada)*, La Rosa Blindada/P.I.CA.SO, Buenos Aires, 2003.

Martucelli, Daniel y Svampa, Maristella (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Losada, Buenos Aires.

Marx, Karl (1975), *Contribución a la crítica de la economía política*, Ediciones Estudio, Buenos Aires.

Marx, Karl (1999), *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México.

Mattos, Carlos (2002), *Redes, nodos y ciudades: Transformación de la metrópoli americana*, Instituto de estudios urbanos y territoriales, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Mazzeo, Miguel (2004), *Piqueteros. Notas para una tipología*, Ediciones Manuel Suárez, Buenos Aires.

Mazzeo, Miguel (2007), *El sueño de una cosa (Introducción al poder popular)*, El colectivo, Buenos Aires.

Melucci, Alberto (1994), “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”, en *Zona Abierta*, n° 69, Madrid.

Merklen, Denis (1991), *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*, Catálogos, Buenos Aires.

Merklen, Denis (2002), *Le quartier et le barricade. Le local comme lieu de repli et base du rapport au politique dans la revolte populaire en Argentine*, en *L'Homme et la Société* n° 143-144, Paris, 2002. [Hay traducción en castellano, Sobre la base territorial de la movilización popular y sobre sus huellas en la acción, en *Laboratorio* on line, año IV, n° 16, diciembre 2004].

Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Almirante Brown (2001), “A un año del primer piquete”, en *Acontecimiento*, n° 22, Buenos Aires.

Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Almirante Brown (2002), “Los Movimientos de Trabajadores Desocupados y la construcción del poder popular”, en *Herramienta*, n° 21, Buenos Aires.

Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (2003), *Dario y Maxi, dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación criminal de la masacre de Avellaneda*, Ediciones 26 de Junio, Buenos Aires.

Nievas, Flabián (1991), “Hacia una aproximación crítica a la noción de territorio”, en *Nuevo Espacio*, n°1, Facultad de Ciencias sociales, UBA, Buenos Aires.

Nun, José (1989), *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Nun, José (1995), “Populismo, representación y menemismo”, en *Peronismo y Menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Ediciones el Cielo por Asalto, Buenos Aires.

Ogando, Ariel (2001), “Viejas y nuevas identidades sociales. Desocupados y cortes de ruta en el noroeste argentino”, en *Herramienta*, n° 15, Buenos Aires.

Oliveira, Ariovaldo Umbelino (2001), “A Geografia Agraria e as transformações territoriais recentes no campo brasileiro”, citado en Martín y Fernández, “Movimiento socioterritorial e ‘globalização’: algumas reflexões a partir do caso do MST”, en *Lutas Sociais*, n° 11/12, San Pablo (Brasil).

Ortiz, Renato (1997), *Otro territorio. Ensayo sobre el mundo contemporáneo*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Oszlak, Oscar (1991), *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Humanitas-CEDES, Buenos Aires.

Pacheco, Mariano (2004), *Del piquete al movimiento. Parte 1: De los orígenes al 20 de diciembre de 2001*, Cuadernos de la FISYP, n° 11, Buenos Aires.

Piaget, Jean (1984), *El criterio moral en el niño*, Fontanella, Barcelona.

Pierbattisti, Damián (2008), *La privatización de los cuerpos. La construcción de la proactividad neoliberal en el ámbito de las telecomunicaciones, 1991-2001*, Prometeo, Buenos Aires.

Pinheiro, Jair (2002), “Comunidade versus classes na luta pelo espaço urbano”, en *Lutas Sociais*, n° 8, San Pablo (Brasil).

Porto Gonçalves, Carlos Walter (2001), *Geo-grafías*, Siglo XXI, México.

Riazanov, David (2004), *Los orígenes de la Primera Internacional*, Ediciones Rumbos, Buenos Aires.

Santos, Milton (2000), *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, Ariel, Barcelona.

Schuster, Federico (2003), “Algunas reflexiones sobre la sociedad y la política en la Argentina contemporánea”, en Palomino, Héctor y Di Marco, Graciela (comp), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Jorge Baudino, Buenos Aires.

Sidicaro, Ricardo (1995), “Poder político, liberalismo económico y sectores populares, 1989-1995”, en *Peronismo y Menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Ediciones el Cielo por Asalto, Buenos Aires.

Sigal, Silvia (2005), “Prefacio”, en Merklen, D, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática* (Argentina, 1983-2003), Gorla, Buenos Aires.

Sirlin, Ezequiel, (2006), “La última dictadura (1976-1983)”, en AA.VV., *Pasados presentes. Política, economía y conflicto social en la historia argentina contemporánea*, Dialektik, Buenos Aires.

Stratta, Fernando y Barrera, Marcelo (2003), *Las nuevas organizaciones populares: una metodología radical*, Ediciones del IMFC, Cuaderno de trabajo n° 15, Buenos Aires.

Suriano, Juan y Lobato, Mirta (2003), *La protesta social en la Argentina*, FCE, Buenos Aires.

Swampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires.

Tarcus, Horacio (1992), “La crisis del Estado Populista Argentino 1976-1990”, en *Realidad Económica*, n° 107, Buenos Aires.

Tarrow, Sidney (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Buenos Aires.

Thompson, E. P. (1989), *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona.

Thompson, E P. (2000), *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona.

Vilas, Carlos (2000), “¿Más allá del ‘Consenso de Washington’? Un enfoque desde la política de algunas propuestas del Banco Mundial sobre reforma institucional”, en *Revista del CLAD*, n° 18.

Zibechi, Raúl (2003), *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Nordan, Buenos Aires.

Zibechi, Raúl (2003a), *Los nuevos rostros de los de abajo*, 7 de Octubre, <http://peru.indymedia.org/news/2003/10/3287.php>

Zizek, Slavoj (2004), *La revolución blanda*, Atuel/Parusía, Buenos Aires.

DOCUMENTOS

MTD Aníbal Verón, *Nuestro objetivo: el cambio social*. Material elaborado por el MTD Berisso, septiembre de 2003.

MTD Lanús, *Ocupación de tierras para Centro comunitario y productivo – Barrio La Torre*, enero 2004.

MTD Solano, *Nuestra Dignidad*, agosto de 2003.

MTD La Matanza, *El jardín de infantes del Movimientos de Trabajadores Desocupados La Matanza*, noviembre de 2004.

Por qué la lucha territorial, documento elaborado por el MTD 26 de Junio, UTDOCH (Unión de trabajadores ocupados, desocupados y changarines) y MTR venas abiertas.

Ocupación de tierras y construcción de viviendas dignas para los vecinos de Villa Inflamable, en Avellaneda, comunicado de prensa, MTD 26 de Junio, UTDOCH, MTR venas abiertas y FUTRADEyO (Frente Único de Trabajadores Desocupados y Ocupados), 26 de mayo de 2004.

ENTREVISTAS

MTD Almirante Brown, septiembre de 2004.

MTD La Matanza, enero de 2005.

MTD Berisso, noviembre de 2005.

Se terminó de imprimir en octubre de 2009.
Buenos Aires, Argentina